

A pie de calle

José Rodríguez Infante

A PIE DE CALLE

José Rodríguez Infante



Capítulo 1



Sevilla, a veintiuno de diciembre de dos mil cinco; o sea, un día antes de que se juegue la lotería.

La lotería, esa cosa prima hermana de la casualidad, porque no me negaran ustedes que tiene mucho de casual, que salgan las cinco bolitas justas que tienen que salir, y además en el mismo orden que el de ese ridículo papel de setenta y siete centímetros cuadrados, con esa grotesca conmemoración del día del inmigrante. Y a mí qué leche me importa el inmigrante, para tener que recordármelo hasta en esa mijita de papel coloreado, y además seguro que será hasta ilegal, el inmigrante, claro, el papel espero que sea legal, después del trabajo que me ha costado agacharme para recogerlo del suelo, que hasta me he tenido que hincar de rodillas, porque el maldito se había metido en la rendija del desagüe, dispuesto a hacerme la puñeta.

En cuanto lo vi volar de la cartera de aquel barbudo, no le perdí ojo en ningún momento, para eso estaba yo allí puesto, espalda con espalda, de la farola, al lado de la frutería, diez pasos más allá de la oficina del bonoloto. Es que no falla, con las prisas, los nervios, las supersticiones y la hora en el culo para llegar a no sé que sitio. ¿Por qué andará siempre la gente correteando como las hormigas de un lado para otro?

Pues eso, lo vi como revoloteaba como si fuera una mariposa por el mes de mayo; suave y lenta fue llegando hasta los almendrados adoquines de la acera, para caer boca abajo – supongo que para llamar menos la atención –, y de milagro sin llegar a tocar ninguno de los excrementos caninos, que en distintos grados de dureza se encontraban en el acerado. Yo como profesional que soy en estos menesteres, seguía junto a mi farola pendiente, eso sí, de los ojos de todo ser humano que se encontraba próximo a la escena. ¡Nada!, cada cual estaba en lo que estaba y por fortuna, nadie se había fijado en el vuelo sincronizado de

aquel trozo de papel de cinco dígitos, que en breves momentos iba a pasar a mí poder, que para eso uno es lo suficientemente profesional. De su dueño anterior ya ni me acuerdo de la cara, lo único que le deseo – que uno también tiene su corazoncito – es que no se hubiese fijado en el número del décimo, por lo demás cabreo más o menos. Al fin y al cabo, qué perdía ¿veinte euros? Vaya usted a saber. Lo más seguro es que fuese compartido con la peña, con lo cual a la hora de hacer las cuentas (seguro que ni sabían que número jugaban), iban a tocar a una minucia, y a mí, si las bolitas se portan como se tienen que portar, me va a sacar de esta miserable vida de andar de farola en farola, que no sé ya en que administración ponerme, para que nadie desconfíe.

.../...

Capítulo 2



Eso si, a la ADMINISTRACIÓN con mayúsculas, le debo que pueda seguir tirando, no por la mierda de pensión que me pasa, que me da para la barra de pan y poco más, que ya se ha tenido uno que quitar hasta de los vicios; ya no fumo, me voy a los bares para fumadores, y dejo que se me llene la chaqueta de humo, o a la puerta de los trabajos donde hay mucha gente, un paseito y trago más que cuando estaba enviciado de verdad. Pero a lo que iba, el Estado con sacar tanta cantidad de juegos legales, me ha echado una manilla, mire usted, porque todos los días del año se juega algo, ya no es el caso del día de mañana, que antes era todo un acontecimiento nacional, o cuando acertaba una quiniela de fútbol la señora de ese pueblo dejado de la mano de Dios, medio perdido por entre los montes, y que como no tenía ni idea de eso del balompié, le ponía un uno al que le tenía que poner un dos, y una equis al que le tenía que poner un uno. Ahora no, ahora hay quinielas que te las hace la maquinita, y tu lo único que tienes que hacer es soltar los euros. Así que en ese sentido resulta más fácil mi trabajo, se ve más movimiento de gente, se hacen más colas en la puerta de los establecimientos autorizados y más follón de bolsos, carteras, bolsillos, monederos y refajos. Ahí es donde está la clave de mi éxito. Eso si, la espalda la tengo echa cisco, me identifico con la letra de aquella zarzuela que más o menos venía a decir: "que trabajo nos mando el señor, agacharse y volverse a agachar". Ahora bien, si el incauto benefactor se diera cuenta, de que se le ha caído el billete, antes de que le llegue el riego suficiente al cerebro, ya le he pegado el cambiazo, y le he recogido del suelo el billete que pasa a mi bolsillo, y al suyo otro de similares características, pero que ya pasó por la vergüenza de no haberse acercado ni de coña a la pedrea, ¿quién se va a fijar en ese momento si uno es profesional o no? La próxima vez que yo

vuelva por ese local, habrá llovido ya lo suficiente, como para que nadie se acuerde de mi jeta.

Así llevo ya no sé cuánto tiempo, y no es que dé para irme todos los veranos a Marbella, pero bueno; da para vivir, porque claro, como dice el cuponero de la esquina, esto de vez en cuando toca, y uno tampoco tiene tantos gastos ¡qué leche! Claro que hoy es un día distinto, esto no me había pasado antes y aquí seguro que hay tomate, si es que alguien no se ha dado cuenta de que al lelo ese se le ha caído el décimo; no he tenido que actuar a todo trapo, para que se me adelanten, tan sólo la molestia de sacarlo del desagüe, pero bueno, por lo menos me he ahorrado tener que convencer a nadie de nada, ni dar cambiazo, ni disimular, aquí seguro que hay un pelotazo de no te menees, porque hay demasiados presagios favorables a mi suerte y todos no iban a estar equivocados ¿no?, con que haya uno que acierte, ya está, me lo llevé, y entonces seguro que me echará cuenta la morena esa de pelo rizado que me trae loco, pero como en el barrio todo se sabe, seguro que más de una – y de uno – le habrá largado que soy un desgraciado, que estoy solo, que no tengo donde caerme vivo y que como de la misericordia.

.../...

Capítulo 3



.../...

¡Y un jamón con chorreras! Menuda paciencia le tengo yo que echar a la cosa, horas y horas de un lado para otro propiciando todo tipo de encontronazos, a ver si hay suerte y el numerito recién adquirido no da tiempo de guardarlo y cae al suelo.

Tiene unos ojos que parecen dos lagos con la luna reflejada. ¡Y con que garbo despacha los pimientos! Yo sé que es madre de un niño, porque uno también tiene oídos, pero también sé que anda sin marido, porque uno tiene pesqui, ahora bien, el hermano – el camionero – está cuadrado, así que tengo que andar con más tiento que apañando décimos, pero el dinero puede con todo, y si en lugar de tener yo esta pinta de no haber roto un plato, me engomino el pelo y tiro de las alhajas, la morena me despacha a mi el primero, por mucha cola que haya en la frutería, que uno ya tiene mucho mundo visto y peina canas entre otras cosas.

El número, que hay quien no quiere verlo, hasta mañana cuando los niños de San Ildefonso se estén tomando el bocata, lo voy a desgastar de tanto mirarlo. Dicen que trae mala suerte, aunque bien pensado lo de la mala suerte es una enorme tontería, porque a ver: dicen que la lotería regalada no toca, ianda que no! ¿Y todas las veces que he trincado algo – nunca demasiado, eso si – sin haber pasado por taquilla ni una sola vez? Este billete ha hecho demasiados malabarismos para caer en mis manos, y ese dos, ese cero, ese cero –otra vez- y ese cinco están tan bien puestos, que parece mentira que pueda salir otro número.

Mañana seré yo quien rompa la botella de champán en la puerta de la administración de lotería ¡seguro! Eso si, iré cuando haya pasado la bulla, no vaya a ser que por mo del demonio, al barbudo le dé por relacionar las

cosas, y vaya con el cuento a la Policía, ésta analice el video de la televisión, el de la caja de seguridad del banco de la esquina, y el del vecino que en ese momento también es mala leche! grababa el paso de la hibernación de las ánades camino de Doñana, pero que le ocurrió tomar una muestra aleatoria, de lo que estaba pasando en la calle, en ese momento tan crucial para los pájaros. La Policía - que para eso le pagan -, encaje el asunto y se queda la morena con los pimientos, y mi casera sin el sustento mensual que le proporciona este desgraciado, porque a mí, que me den por el culo, que para eso soy el malo de esta historia, ¡no te jode!

Yo no he querido echar cuentas, pero la décima parte de un billete de doscientos euros, premiado con el gordo, y además multiplicado por ciento sesenta y seis coma seis pesetas, esas son muchas pesetas sean antiguas o no. Antes sí que me salía a mí bien las cuentas, pero desde que regularon mi empresa, y me regalaron aquella jubilación anticipada, se me ha ido olvidando hasta la fecha de mi nacimiento, luego vino la felicitación de los amigos de lo bien que iba a vivir, lo mucho que iba a viajar, y lo de tiempo que iba a tener para dedicarme a mis cosas, además todavía eres joven para encontrar otro empleo, a mí que tan bien se me daban los números fueran contables o no, si hasta era gracioso.

Pues aquí me tienen, con unos cuernos que tengo señalado hasta el rellano de la escalera cuando doy la vuelta, los amigos tardaron bastante en darme el esquinazo; en cuanto fue pasando el tiempo y el trabajo no aparecía ni por asomo; ni en la peña ni en el bar de la panda, ni el club de la quiniela, cuando a uno le van las cosas mal, todo parece torcerse al mismo tiempo, me cansé de llamar a las puertas y me dejé las uñas de los dedos en el teclado del teléfono. Se ve queapestaba, aunque soy de los que se duchan, no a diario porque hay que mirar por el agua, pero sí que voy a las tiendas que antes eran de veinte duros a buscar gel de baño y desodorante, que uno es pobre pero honrado con la higiene. Tengo dos hijos, o al menos fui padre de ellos, según decía mi mujer, pero cuando les llegó la hora de coger puerta, de su puñetero padre nunca más se acordaron, con la cantidad de pañales que les tuve que cambiar, y la de cuentos que les interpretaba para que cogieran el sueño, pero uno se fue a la mili, se reenganchó en el ejercito, se hizo profesional del caqui, anduvo por esos mundos de Díos, y se ve que se le olvidó escribir porque ¡hasta hoy!, vísperas del sorteo. El otro se casó con una india, se puso una túnica de esas naranjas, y se le cerraron los ojos porque de vez en cuando me cruzaba con él, y parecía un iluminado, por más que lo saludaba y trataba de hacerle ver quien era yo, él a lo suyo: hermano para arriba y hermano para abajo, y venga a darme la tabarra con no sé qué cosas del espíritu. Total que entre uno y otro como para pedirles una ayudita para llegar a fin de mes.

.../...

Capítulo 4

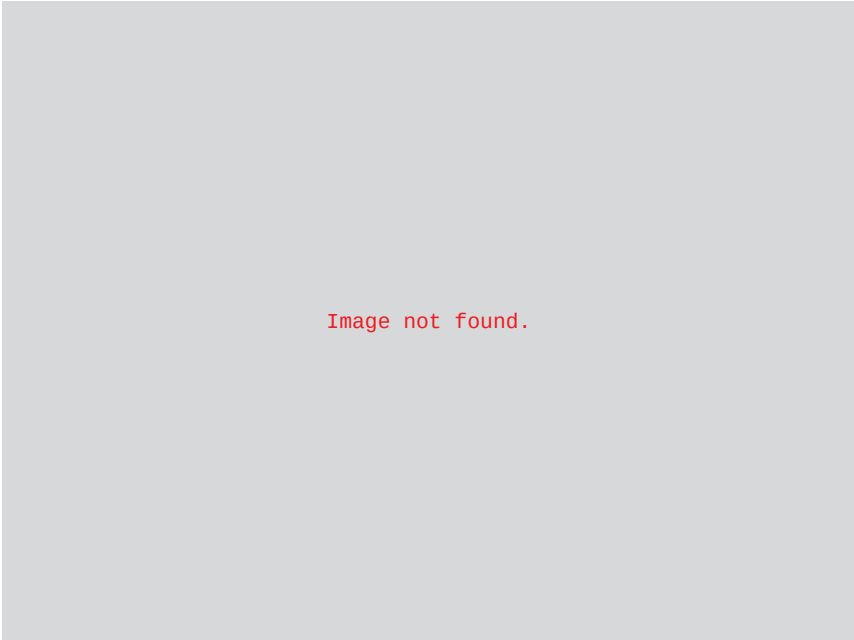


Image not found.

Así que yo a lo mío, a la puerta de las administraciones de loterías a buscarme la vida, y los domingos para descansar y desfogarme del estrés del trabajo, al fútbol. Le tengo ya cogido el puntito, a eso de dar vueltas alrededor del estadio, de tal manera que el día que veo una puerta abierta y el guardia distraído ni entro; además como no tengo colores definidos, un domingo me voy a Heliopolis y otro a Nervión, me siento un ratito, oigo el murmullo de la gente, me imagino los jugadores corriendo, las pañoladas, las broncas al arbitro, y sin necesidad de transistor sé como va la tarde casi oliendo el aire. No es mala vida, la verdad, un poco aburrida a veces, porque falta la compañía en momentos que se necesita, pero a todo se acostumbra uno, es cuestión de darle la vuelta y quedarse con lo bueno, con lo gratificante, no darle demasiada importancia a los sinsabores, y darle mucha importancia a esos momentos placenteros que de vez en cuando tenemos.

Cualquier día – como me va a pasar a mi mañana -, todo puede cambiar, y donde antes no había más que miseria, puedes encontrarte con lo mejor del mundo. Lo curioso de todas estas cosas que razono, es que hasta me las creo, ya no sé ni como tengo fuerzas para elucubrar tanto, después de los añitos que llevo, que tengo más pasao que El Pernaes.

Pero en fin va a ser cosa de ir terminando esta carta, que quiero dejar en el buzón del notario, por si le da el punto y quiere tenerla en cuenta a la hora de explicarle al mundo, cómo es posible que yo, el vecino del tercero, el dejado de la mano del Divino Redentor, ha pasado de la noche a la mañana, a tener tanto dinero sin cometer ningún delito legalmente reconocido, porque me ha tocado la lotería. Así por las buenas va a ser difícil de creer, sin conocer el celo profesional que pongo en mi trabajo, lo más fácil es que terminara en chirona o en un manicomio, y el dinero

repartido entre las hermanitas de la caridad, o alguna onegé punto org, que tanto proliferan hoy día.

Sevilla a veintidós de diciembre de dos mil cinco: no es que siga escribiendo desde ayer, no se trata de eso, es que ahora la carta se la voy a mandar a los Reyes Magos a ver si son capaces de explicarme ellos a mí – que para eso son magos -, cómo es posible que el número que guardaba con tanto celo, sea el gordo de este año, pero con la fecha del año pasado.

Capítulo 5



CAFETERÍA ESTEPONA

UNO

Tiene las mesas de plástico, de esas patrocinadas por la Coca –Cola, que al llegar las nueve de la noche se apilan unas encima de otras y se les ata con una gran cadena a la reja de una de las ventanas de la cafetería. Sillas de plástico de un tono azulado patrocinadas por Kas y que una vez apiladas son retiradas al interior del recinto, porque estas son ya más apetitosas que las mesas, y alguien podría pensar en sacarle más rendimiento lejos de allí. Es invierno, pero da igual, en el Sur a la temperatura se le combate desde todos los frentes, con tal de respirar aire de la calle y los clientes prefieren pasar algo de frío en la amplia acera exterior, que permanecer en el interior donde las palabras revocan en las paredes y columnas, se mezclan unas con otras y al final se produce un galimatías, que muchas veces no sabe uno si está en la conversación que está o en la de la mesa de al lado. Además este invierno el café tiene la novedad, de unas estufas de butano con un sombrero a modo de paraguas, que te dejan la cocorota como si llevases un gorro de lana. En la mesa más cercana al aparcamiento de coches, y próximo a un aligustre que aún conserva el vástago que le ayudó a crecer, se sienta un hombre mayor enfundado en su abrigo y con un cigarro entre sus dedos. Un café con leche humea en la mesa junto a un servilletero de plástico patrocinado por la Pepsi. En las servilletas en uno de sus ángulos puede leerse “Café Estepona, gracias por su visita”. Más allá tres marroquíes parlamentan en torno a un refresco y unas cuantas pastas de coco; a veces da la sensación de que están peleándose por lo altisonante de sus

voces, pero fijándose en sus rostros enseguida se ve que uno de ellos sonríe, con lo cual debe ser la forma de hablar. En otra mesa dos ciudadanos bielorrusos se muestran papeles uno a otro, y parecen estar rellenando una solicitud o algo por el estilo. Los mofletes destacan enrojecidos sobre su clara piel de muñecas de escaparate. Visten bien y los modales parecen finos. A su lado una reunión más amplia que ocupan dos mesas repletas de vasos y tazas, ríen a carcajadas ante las ocurrencias de una señora entradita en carnes, que no sabe cuanto tiene que abrir la boca para que le entre de una vez una succulenta mojama. El caballero que tiene frente a ella y que se presume su marido, zapatea con sus botas de media caña, dándole más énfasis si cabe a sus ganas de partirse de risa; tiene poco pelo pero una graciosa trenza rubia le cuelga desde la nuca sobre su chupa de cuero. Unos cuantos chiquillos corretean alrededor del grupo irritando sobremanera al caniche, que permanece atado a una de las sillas y que ladra como un condenado cada vez que pasan cerca de él. Dos jóvenes retan las leyes físicas, a lomos de una moto de pequeña cilindrada, con la que procuran hacer el mayor ruido posible, pasando una y otra vez por la proximidad de las mesas. Otras señoras muy metidas dentro de sus abrigo y bufandas, saborean el café mientras se tocan con las manos aquella parte de su anatomía donde tienen ese dolor clavado desde hace un mes por lo menos, y la cita del especialista sin llegar. "Puede que sea cosa del correo", apostilla una de ellas, pero las demás niegan con un gesto. La otra dice que ya se ha acostumbrado, y que lo peor es arrancar por las mañanas en frío, pero luego una vez que baja para buscar el pan, parece que se va calmando y hasta el otro día. Cuatro sudafricanos entretienen su tiempo en torno a unas bebidas de vasos largos y móviles de última generación. Cuando abren la boca se perfilan los dientes nacarados y la sonrosada lengua; llevan ropa elegante y zapatos de puntera fina, uno de ellos cubre su cabeza con una gorra de cuero negro. Hablan con sonidos graves, rápidos y en un idioma que ninguno de los convecinos de café logra entenderlos.

.../...

Capítulo 6

Image not found.

CAFETERÍA ESTEPONA

y DOS

.../...

Lo que parece una madre y un hijo hacen acto de presencia por entre las mesas, suplicando unas monedas para dar de comer a algún familiar y seguramente a ellos mismos. Ella es la que chapurrea algunas palabras sueltas en español, mientras que el mozo – algo desaliñado – teclea un instrumento musical del que salen unas notas enlatadas que suena a popular. No obtienen demasiado éxito, pero a ellos les gusta pasar por este Café, porque aquí no hay camareros que le recriminen su actitud, invitándoles a que dejen a la clientela en paz. Han llegado de centroeuropa, pero aún no consiguieron encontrar un trabajo regular que les permita abandonar la tarea de mendigar. La gente en el Café Estepona entra y sale con los vasos en la mano, y tan sólo de vez en cuando una muchacha de origen indio viene con la prisa reflejada en su rostro recogiendo las mesas, depositando todo el menaje en un barreño de plástico, y pasando a velocidad de rayo una bayeta amarilla por la mesa

de turno.

Aunque el cielo amenaza lluvia, la clientela permanece en su sitio cada cual enfrascado en la conversación que corresponda; si finalmente apareciera el agua, ya habrá tiempo de levantar el campo y dejar la charla para mañana, que tampoco es cosa de solucionar todos los problemas en una tarde, y además si lo hablan todo hoy ¿qué van a dejar para mañana?

En una de las puertas de acceso a la cafetería existe un caballito mecánico que de vez en cuando relincha, al tiempo que se encienden unas luces de colores en la base donde se apoya su tronco, acompañando de fondo el sonido de un galope vigoroso, que deja con la boca abierta a un crío vestido de blanco y verde, mientras su madre mece el carrito donde duerme su hermano menor. No se pierde detalles de los movimientos del brioso corcel de mirada azucarada, y junto a él una niña de color, con la cabeza llena de tirabuzones hábilmente sujetos por cintas de arco iris, parece que se le van a salir los ojos de las órbitas. Dos metros más allá una mujer de piel oscura, vestido de tubo y tocado en la cabeza a base de una especie de turbante colorista, la vigila sin parar de hablar en agudo, con otra mujer de su misma raza, que lleva en la mano una bolsa del Lydl.

Un grupito de peruanos espera en la puerta de la cafetería, la llegada de dos mujeres cargadas con grandes bolsas, de esas que luego abren magistralmente en cualquier esquina y ofrecen sus jerséis, gorros, bufandas y ponchos de llamativo colorido. Lo que más llama la atención de ellos es su estatura, son bajitos de tez tan morena como si se hubiesen pasado toda la vida a pleno sol. Se les nota moverse como con miedo y sus voces apenas son perceptibles, salvo que uno se encuentre muy cerca de ellos.

“La Cafetería Estepona de hace unos años no se parece en nada a ésta de hoy en día; antaño se hablaba español, con acento andaluz, por cada una de las mesas y de vez en cuando aparecía una gitana con el niño en la faldiquera ofreciéndote una ramita de romero, que verá usted la suerte que le va a dá” – le dice Joaquín a su amigo José María, saboreando un delicioso farías -. “Ya lo desía yo hase trej verano: daquí unoj año Ejpaña ej Africa” – responde José María acomodado gracilmente en una copa de coñac.

Como el agua no acaba de llegar, el bullicio va en aumento en torno a las mesas y en el interior, tras de la barra sudan como cosacos los tres camareros que son sutilmente controlados por la dueña del negocio, sentada junto a la caja y con unas lentes bifocales colocadas a media nariz.

El caniche termina por zafarse de su atadura, y en su veloz carrera tras de los chiquillos asusta a la niña de color, que sin saber que hacer se precipita al filo de la calzada, en el preciso momento en que los jóvenes motoristas ejecutan una de sus cabriolas. El alboroto, los gritos y la confusión convierten a ese punto de la calle en un hormiguero. Al poco uno de los marroquíes corre calle arriba con el cuerpo de la niña cruzada en sus brazos, mientras las cintas de arco iris son pisoteadas por la

multitud.

Cafetería Estepona

Capítulo 7



SUEÑO PREMONITORIO

UNO

A Manolo le encargaron que tenía que partir a un país cercano, para solucionar los problemas amorosos de su amigo Fernando.

—¡Joder Fernando!, de verdad que yo soy la mar de apañao para esto de los sueños y si yo lo he soñado, te aseguro que eso es lo que tenemos que hacer, ya verás como da resultado.

—Pero, no fastidies Manolo – decía Fernando – si hoy con el uso de la interné te puedes plantar en dos segundos en el otro extremo del mundo, ¿cómo nos vamos a meter ahora en un viaje porque tú has tenido un sueño?

—Vamos a ver Fernando; desde donde vivimos lo más cerca que hay en plan de países es Portugal o Marruecos, porque no creo que el ángel que se me ha aparecido, tenga tan mala idea de pensar en países dentro de otro país, porque entonces si que la cagamos. Su pongamos que va por derecho y eliminemos esa posibilidad, así que nos queda o los moros o los del fado. ¿Tú que tal andas de idiomas?

—Hombre, yo de idiomas medio entiendo el portugués fronterizo y estudié hace cuarenta años francés en la escuela.

—O sea, como para andar por esos mundos de Dios. Anda macho y matricúlate en un curso de inglés por correspondencia, aunque sea para poder defendernos al menos en un idioma fiable.

—Manolo, ¿y no será mejor lo de interné?

—¡Que no pesao! Hazme caso que de esta te llevo a la vicaría, por la madre que me parió.

—Está bien.

Y así fue como Fernando se matriculó en un curso de inglés rápido, en una academia de alta alcurnia dejándose las cejas y los cuartos en el empeño. Allí conoció a Paula que era ya veterana en esto de los idiomas.

—Fernando ¿tú has probado a colocarte los auriculares al revés? Es que me parece muy extraño que te enteres a medias de la clase, cuando yo a los tres días le tenía pillado a esto la gracia y no soy yo precisamente muy espabilada con los estudios – decía la muchacha al incrédulo Fernando.

—Déjate de cachondeo que me estoy dejando aquí un riñón y no consigo pasar de la lección séptima por más empeño que le pongo. Además, si tan fácil te resultó ¿cómo es que llevas ya tres meses en un Curso que es fácil, rápido y cómodo? – contestaba Fernando en un tono de complicidad.

—Hombre, porque he pasado al segundo nivel. Es que la otra vez que estuve en London, me di cuenta que me hacía falta más formación y este verano quiero ir por allí como si estuviera en mi casa. Por cierto ¿porqué no te animas y nos pegamos unas buenas vacaciones?

—No está mal la idea, pero ando flojillo de pasta y creo que la Academia me va a ayudar a desfondarme del todo. El curro no da mucho de sí y además como practico también el yoga, gimnasia de mantenimiento y el baile de salón, te pones a sumar y al final de mes, una pasta, no creas. De todas formas lo que sí podríamos hacer es pegarnos un fin de semana por algún sitio más cerquita, a mí me gusta mucho el mar y si te parece...

—¡De acuerdo! A mí me vendría bien a principio de mes que es cuando menos trabajo tengo, pero de todas formas piénsate lo de las vacaciones inglesas, aún queda tiempo y puede ser que para entonces haya mejorado tu economía ¿vale?

—Lo intentaré Paula.

.../...Continuará

Capítulo 8

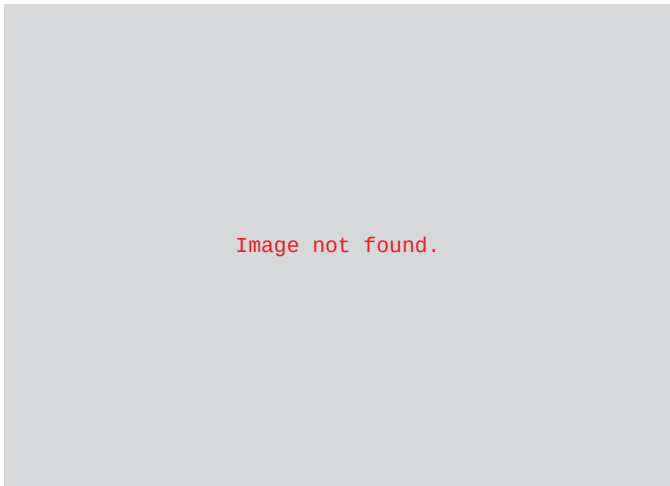


Image not found.

SUEÑO PREMONITORIO

DOS

Para Manolo el asunto de Paula no era más que el sueño de una noche de verano, un capricho, eso no tenía futuro y Fernando iba a continuar siendo un solitario por mucho viaje y mucho inglés que practicara con la muchacha. Había que ir a Portugal o Marruecos, allí estaba la solución a los problemas de su amigo.

—Fernando, creo yo que con el inglés que sabes ya es suficiente para no ir muy despistado por ahí, además sea Portugal o sea Marruecos en ninguno de los dos sitios es la lengua oficial, así que había que ir decidiéndose ya por uno de los dos para poner la mente en la cultura y el idioma de ese sitio y no complicarnos la vida demasiado – decía Manolo.

—Tú sí que me estás complicando a mí la vida. Déjate de zarandajas que Paula, estoy más que convencido que más tarde o más temprano va a caer en mis brazos. Se le ve en la cara ¿o es que no te das cuenta? – respondía Fernando.

—Quiyo, tú puedes hacer lo que quieras. Si a ti te gusta sigue con ella, yo lo único que quiero hacer es ayudarte y a mí eso de los sueños premonitorios me ha dado siempre muy buena espina, sino ya ves ahí tienes a mi mujer, y eso fue de un sueño que tuve.

— ¡Tu mujer es una santa Manolo! Lo que yo no sé es como tiene paciencia para aguantarte, que eres más cansino que una mosca cojonera; vamos a dejar pasar un tiempo a ver si Paula termina por decidirse.

Pero a Paula no le dio tiempo a decidirse, al poco tiempo Manolo volvía a la carga con Fernando. En esta ocasión logró convencerlo para que se sacase el carné de conducir, a ver como se iban a desplazar por Portugal o Marruecos conduciendo él todo el rato, como si fuese el chofer del señorito, encima de que le iba a resolver de una vez por todas sus

carencias sentimentales. La autoescuela unida a la tríada de ocupaciones vespertinas le hacía no disponer del tiempo suficiente para ocuparse del amor de la muchacha. El fin de semana en la playa no acababa de llegar nunca. Y así poco a poco de una manera que no era ni buena ni mala, Fernando se olvidó de Paula como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Además en la autoescuela intimó con una rubia que estaba como para comérsela despacito – según decían todos los alumnos y parte del profesorado.

—Silvia ¿cuándo te presentas a la práctica? - le dijo acurrucado a ella.

—Hombre, a mi me gustaría el quince, pero el profe parece que no lo tiene muy claro con los semáforos, y me echa unas bullas tremendas, porque dice que confundo los colores o yo que sé – contestaba ella derretida de calores.

—Pues yo creo que de ésta me llevo el teórico por delante y para el mes que viene estoy ya con el coche, aunque a eso no le tengo mucho miedo porque yo en realidad sé conducir, lo que me faltaban son los papales para legalizar el asunto.

— ¡Ya! Yo en cambio veo el volante y me entran temblores. Luego, ya me sereno pero es que ese profesor tiene menos paciencia que todas las cosas. Pero bueno, no me importa el tiempo; al fin y al cabo mi paso por la autoescuela ha tenido su lado positivo; esto me ha servido para encontrarte.

—No me digas esas cosas que se me suben los colores, rubita mía, yo lo que quiero es tener pronto el carné para que podamos irnos por ahí a donde nos apetezca y cuando tengamos ganas; que le den morcilla al tren y al autobús y el avión si hiciera falta. Tú, yo y un pedazo de coche a la altura de ese cuerpo, que nada más de pensarlo, me pongo que no me aguanto.

—Bueno, vale, no te lances que hay niños delante.

Capítulo 9



SUEÑO PREMONITORIO

y TRES

Aquello era el paraíso. Ni Paula había pasado por su vida, ni tenía un amigo que se llamaba Manolo, ni había necesidad alguna de hacer viajes para solteros. A Fernando todo se le puso de cara y estaba viviendo unos días que no había quien lo conociera. En Silvia había encontrado, al fin, la solución a su peregrinaje, ya no necesitaba calmar su sed, vivía nada más que pensando en ella, que además le daba todo cuanto quería. Se les veía por la calle y era difícil saber quien era el uno y quien el otro, parecía un único ser verdadero que se desplazaba sobre cuatro piernas. Pero Fernando nunca se había puesto a calcular hasta donde llegaba la tenacidad de su amigo, ignoraba cómo es una persona cuando tiene una

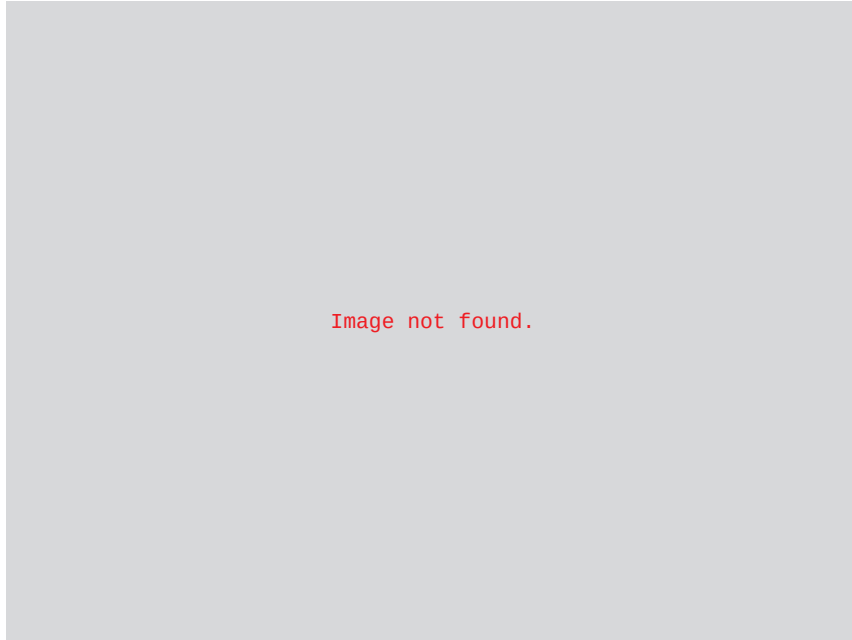
idea fija en la cabeza y piensa además que es la salvación de tu alma y el bienestar para tu cuerpo. Si de Paula nunca más se supo con el trasiego del inglés a la autoescuela empezó a darle tanta tabarra a Fernando, y a cuestionar tanto a Silvia que al final el asunto del viaje al país cercano salió adelante y la rubia se quedó en la autoescuela pegada al volante.

—Que conste que lo hago en razón de mi amistad y por probar el coche, además unos días de descanso en el extranjero nunca vienen mal – trataba de justificarse Fernando.

— ¡Venga ya! Tú verás como a la vuelta vienes hecho otro hombre, las portuguesas son muy apasionadas y yo lo he visto claro en el sueño: será en un bar de copas y a la luz de las velas.

Así fue, en un bar de copas y a la luz de las velas y en el extranjero – un país cercano -, todo tal y como Manolo siempre le había dicho a Fernando. Todo rodeado de un halo sentimental que se podía mascar. Y todo después de mucho darle vueltas y de mucho madurarlo durante mucho tiempo. En realidad siempre se habían querido y siempre se habían deseado el uno al otro, pero la vida para personas como ellos nunca fue fácil y nadie se lo puso tan en bandeja como ahora lo tenían, por eso volvieron del viaje con la cabeza muy alta y una sonrisa en sus rostros que enterraba definitivamente penosos años de silencio.

Capítulo 10



EL TELÉFONO

UNO

En aquella casa no habían vuelto a pasar una noche, desde que lo hicieron con motivo de la misa por la muerte de su padre. Habían pasado varios meses y cada cuarto desprendía un olor a salitre, que denotaba la ausencia de persona alguna entre sus cuatro paredes. Aquella noche mientras ambos dormían, él se despertó sobresaltado porque estaba sonando el teléfono, pero... no podía ser, lo había dado de baja al mes siguiente del fallecimiento de su padre, y además estaba seguro de que ni siquiera lo tenía conectado a la roseta de la pared. Al incorporar medio cuerpo sobre las cálidas sábanas de franela, se dio cuenta de que no se oía nada, tan sólo el débil crujido de los muebles, aguantando el trabajo de las termitas. Ella roncaba plácidamente, ajena a las peripecias de su marido, lo más seguro que transportada a una isla paradisíaca de sol, palmeras y arenas blancas. Volvió a dormirse, pensando que aquello había sido un sueño y no tenía la menor importancia. Al día siguiente en el trapicheo de cacharros y reconocimiento de muebles, que podían ser útiles o no, él tropezó sin darse cuenta con un antiguo reloj-despertador, de pantalla cuadrada y dos hermosas campanas coronando su triste figura. Lo tomó entre sus manos y al tocar con los dedos el mecanismo de la cuerda – sito en la parte posterior –, se agitó de repente el martillo metálico, diestramente colocado entre las dos campanas, y se dio un tremendo susto que le hizo soltar el reloj, como si se hubiese llevado un calambrazo; el reloj cayó al suelo y allí estuvo sonando un rato, hasta que se agachó a recogerlo para depositarlo en lo alto de la cómoda, de donde

lo había cogido. Dejó de sonar casi al instante, el tiempo suficiente como para que por la mente de él apareciese la razón de su brusco despertar nocturno. Volvió a cogerlo – ahora ya con toda seguridad – y clavó sus ojos en la manecilla pequeña, que señalaba la hora en las que el despertador debía ponerse en marcha: las cuatro y media. ¡Claro! Eso dejaba las cosas en su sitio, esto es lo que había sonado la noche anterior y él lo había confundido con el teléfono; probablemente su mujer – que es una maniática para esto de los relojes – le había dado cuerda sin darse cuenta que estaba conectado el dispositivo que hacía funcionar el despertador. Se olvidó del asunto y continuó la inspección del resto de la casa. La siguiente noche volvió a ser un calco de la primera, con lo cual ya no pudo aguantar más y sin saber muy bien que estaba haciendo, se calzó las zapatillas, se puso un batín para no coger frío y con la linterna en la mano se dirigió al cuarto contiguo: el tic-tac del reloj delataba que estaba funcionando, pero el dispositivo encendido-apagado del despertador, estaba en apagado. Se fue al salón y con cierto temblor en sus extremidades inferiores, se dirigió hacia el rincón donde reposaba el teléfono; encendió la lamparita de la mesa y comprobó que el cable no estaba conectado a la roseta de la pared, tomó el teléfono en sus manos y con un gesto agilipollado descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja. ¡Nada! No se escuchaba absolutamente nada, ni tono, ni señal, ni cruce de líneas, ni nada por el estilo; eso sí, podía oírse perfectamente el ímprobo trabajo de las termitas en una de las sillas, a la que ya tenían horadada, como si aquello fuese un queso gruyere en forma de asiento. Se fue al servicio, evacuó líquidos y sin terminar de creérselo, volvió a la habitación, a la paz de los ronquidos, con la yema de los dedos tocó a su esposa para comprobar que era de carne y hueso, y acomodándose a la forma de su cuerpo, terminó por dormirse.

.../...

Capítulo 11



EL TELÉFONO

DOS

A la mañana siguiente, ella se había levantado temprano y lo había dejado solo, porque tenía que ir de visitas, y en esos menesteres prefería valerse por si misma porque si no, aquello no se acababa nunca, la familia era extensa y él nunca tenía valor suficiente para decir "nos vamos", así que se hacían interminables. Lo mejor era ir sola y cubrir el expediente de la forma más decente posible, siempre habría una excusa para justificar su ausencia. Así que cuando él se levantó, se preparó el desayuno y en el momento de hincarle el diente a la media tostada de pan de pueblo con aceite y jamón, sonó el teléfono. No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Ahora si que no había justificación posible; ni era de noche, ni estaba dormido, ni había posibilidad de otro timbre, porque en la casa no había más artilugios que se prestasen a la confusión. Dejó el desayuno para otro momento y en dos zancadas se presentó en el salón, y descolgó el teléfono con toda la energía del mundo: "Diga!" Vociferó en el auricular. Al momento se la doblaron las piernas y resbalándose por la pared llegó con el culo al suelo encogido como un ovillo. El auricular quedó colgando en el aire, describiendo un ligero balanceo de la pared a la mesita girando al mismo tiempo derecha izquierda, izquierda derecha, cada vez de forma más débil. Él se fue recuperando poco a poco del tremendo susto, y aunque se había meado encima, no le molestaba la humedad; tembloroso volvió a coger el aparato y cerrando los ojos se lo colocó en el oído. No había duda, al otro lado del hilo telefónico se escuchaba una voz, una voz

melosa y agradable que él conocía muy bien: era la voz de su padre.

Comenzaron a charlar: el abuelo como no podía ser de otra manera, enseguida se interesó por sus nietos, por su edad – las cuentas no les salían ya muy bien –, si estudiaban o trabajaban, si tenían novia o novio. Él tuvo que entrar al trapo de la conversación, a pesar de que un desagradable olor a pan tostado se había instalado en el comedor. El menor de sus hijos, más grande que una torre, estaba atravesando una etapa donde sólo le interesaba la playstation y el grosor de los bocadillos que engullía, estudiar o trabajar eran verbos de difícil conjugación, y claro el abuelo no llegaba a entender de qué le estaba hablando su hijo, en su casa fueron siete hermanos que no pisaron la escuela, y que desde el primero hasta el último se habían pasado toda su vida dándole al callo, “tú mismo, conseguiste ir al colegio porque surgió aquella beca que te pagaba hasta la comida”, le decía a su hijo. Éste – algo más sereno, pero meado todavía – le rebatía que también porque tuvo mucha fuerza de voluntad y dejó muchas tardes y muchas noches los codos clavados en la mesa de estudio, que si no, mira su hermano mayor, nunca llegó a terminar nada. “Tu hermano porque no servía para eso de los libros, pero mira como supo buscarse la vida y lo bien que se colocó, porque ¿seguirá colocado, no?”, “Si, si papá, sigue colocado”. Él miraba de vez en cuando a los cuatro rincones del salón comedor, buscando alguna cámara oculta o algún cable que delatase la presencia de cualquier elemento artificial, que aclarase esa absurda situación; tampoco se atrevía a colgar el teléfono, porque la conversación era muy interesante, y además podía mosquearse el viejo, que nunca llevó bien eso de que lo dejaran con la palabra en los labios. “En casa de tu abuelo, no faltaba un bollo que llevarse a la boca, ni unas sandalias que ponerse; eso si, desde el primero hasta el último arimaba el hombro”. “Y cuando usted andaba entre nosotros tampoco, lo que ocurre es que hemos ido tan de prisa, y nos hemos ocupado tanto del bienestar de nuestros hijos, que no hemos tenido tiempo de pararnos a pensar ni en qué es eso del bienestar”. “Explícate, que ya no me funciona bien el oído derecho”. Él se explicó, y conforme lo iba haciendo se daba cuenta de que sus hijos tampoco estaban ya con él, aunque seguían en su casa, los tenía a su lado y nos los veía, apenas sabía muy bien a que se dedicaban porque charlar, charlar lo que se dice charlar, no charlaban. En la casa siempre había algún instrumento haciendo ruido, de modo y manera que nunca era el momento adecuado para intercambiar más de tres frases seguidas. “Demasiadas comodidades me parecen a mí esas” – escuchaba en un tono de regañina -. “Nos hemos pasado unos cuantos pueblos en el intento de hacerles la vida feliz”. Él se daba cuenta de que la mayoría de los jóvenes lo tienen todo por delante, no necesitan esforzarse para tener un ideal en la vida, así que salvo honrosas excepciones se habían acomodado y ya vivir que son dos días! Las orejas las tenía calentitas y rojas como la cresta de un gallo, así que carraspeó varias veces seguidas, a ver si la charla terminaba ya, porque allí y en esa postura tenía difícil solución el asunto generacional, porque además él en el fondo pensaba, que en todas las épocas se ha producido choques entre

padres e hijos, es cosa de la edad y el que no se había rebelado de una forma lo había hecho de otra, y a la generación de ahora, la rebeldía le había dado por hacer de okupas de las casas de sus progenitores, que para algo se la habían puesto tan bonitas y con tantas comodidades. Unos golpes en la puerta le hicieron incorporarse del suelo y colgar el teléfono automáticamente.

Su mujer había terminado la ronda familiar y volvía a la casa. Como un rayo se fue a la ducha, abrió el grifo y se echó por encima una toalla de baño, luego se dirigió a la puerta de entrada y trató de explicarle que lo había hecho salir del cuarto de baño por no llevarse la llave de la puerta y que con el frío que hacía, que vaya tela y todo lo demás. Ella no le prestó demasiada importancia, aunque lo de la tostada y el café le pareció un poco raro, pero entre la faena que aún quedaba por hacer y la copita de anís que se había tenido que meter entre pecho y espalda, porque la tía-abuela era lo más pesado del mundo, fue incapaz de coordinar o ponerse a averiguar que estaba pasando allí.

.../...

Capítulo 12



EL TELÉFONO

Y TRES

Cuando llegó la noche, él no tuvo paciencia para esperar que sonase de nuevo el teléfono, y una vez que su esposa comenzó a roncar en el calorcito del mullido sofá, bajó el volumen del televisor y esperó diez minutos a que de verdad estuviese dormida, entonces apagó el aparato y la convenció para llevarla a la cama, con la excusa de que ya había terminado la película y él se quería poner a leer un rato. Le prometió no tardar mucho y cerró la puerta de la habitación. Una vez a solas, escuchando únicamente el tic-tac del despertador o el rac-rac de las termitas, tomó el libro que tenía encima de la mesa, buscó el marcador de páginas, se ajustó las gafas, se acomodó y fue incapaz de leer tres líneas seguidas; el teléfono situado en la mesita y al alcance de la mano, era como una tentación: ¿tardaría mucho en sonar?, porque él estaba convencido de que más tarde o más temprano terminaría por hacerlo. Lo cogió, le puso la pestaña de sonido en la opción de suave y lo depositó encima de sus piernas, y miró el cable que a modo de rizado rabo, se balanceaba, y no sabía por donde coger el asunto para aclararse un poco. Ni leía, ni pensaba, así que le fue venciendo el sueño, terminó por inclinar medio cuerpo sobre el cojín y se quedó dormido. Se despertó bruscamente, cogió el auricular y comenzó a hablar, pero nadie respondía, se frotó los ojos y se percató de que lo había estado soñando. Se tuvo que levantar a buscar agua en la cocina, porque la cena parece que le dejó demasiado seco el tracto digestivo, y fue justo en ese preciso momento cuando volvió a escuchar el sonido del teléfono. Corrió hacia el sofá y se

abalanzó al auricular para evitar que siguiera vibrando; tomó aire, esperó unos segundos para comprobar que todo seguía en calma y que su esposa no diera muestras de estar despierta. Cuando acercó su oído al auricular descubrió que se trataba de la voz de su padre, que seguía muy interesado por la situación de sus nietos y el futuro que les esperaba. Él lo tranquilizó porque en el fondo eran buenos chicos y seguro que eso estaría por encima de los vicios adquiridos, y al final llegaría un momento en que no tendrían más remedio que valerse por ellos mismos, les costaría más trabajo, se les haría más duro, pero la ley de la supervivencia estaría por encima de todo y ya se cuidarían de administrar sus bienes por la cuenta que les traía. El abuelo no lo tenía del todo claro, porque veía que su hijo era muy blando, que con la edad que tenían sus nietos, tenían que estar más que espabilados y no pensando a que dedicarse, que a ver quien iba a trabajar para los jubilados como la cosa siguiese así. "¡Que pena, ni que pena!, los hijos no pueden dar pena, esa es tu equivocación, no hay que dárselo todo hecho, deja que se equivoquen, que se vayan, que parezca que no te quieren, la fuerza de la sangre está por encima de todo eso y llegará el día en que volverán y estarán contigo, ¿no ves como has vuelto tu a mi, a pesar del tiempo que hacía que no pisabas esta casa?". Aquí se le encendieron las luces y a punto estuvo de colgar el auricular; la voz de su padre cada vez se oía más lejana y por más intentos que hizo por aumentar el volumen del teléfono, ésta terminó por apagarse no quedándole otro remedio que colgar. Se refugió en la franela de las sábanas y el calor de la mujer.

Al día siguiente tocaba regresar a la ciudad, al encuentro con los hijos y tenía que cerrar los ojos por los menos un rato, la cabeza le pesaba más de la cuenta. En el camino de vuelta, ella le estuvo preguntando por la lectura del libro de la noche anterior, por el desarrollo del mismo; él tuvo que hacer un gran esfuerzo imaginativo, porque apenas conocía de ese libro más que dos páginas, y ante la insistencia y por miedo a que fuese a descubrir las alucinantes conversaciones con su padre, le fue contando la historia de un hijo que se pone a hablar con su difunto padre a través de un teléfono, que no tiene línea y que sin que se diese cuenta su esposa, charlan y charlan de asuntos generacionales y de lo difícil que resulta a veces cortar el cordón umbilical, es como si fuese ese cable de teléfono, que sin estar conectado mantiene la posibilidad de comunicarse. Le contó y le contó pero el desenlace final no se lo supo explicar, porque no había llegado al final del libro. Ella se acicaló el pelo y le dijo: " pues el final es que el protagonista tenía tanta preocupación por el factor generacional, que fue capaz de llevar su mente a una situación de catarsis tal, que realmente hablaba con su padre". Él se quedó blanco, la miró de reojo y le dijo: "¿Y tú como lo sabes?". "Porque yo si he llegado al final del libro".

J.R. Infante

Capítulo 13



ALICIA PEÑA

UNO

La oficina huele a cerrado, a pesar de que cada día a las ocho se abre la puerta de entrada y hay una ventana que comunica con el patio exterior. La fueron a hacer en un pasillo abandonado del edificio, en la planta baja. Hay poca luz por lo que la dependencia del neón se hace inexcusable, si se quiere leer los papeles correspondientes a la jornada, o acertar con los números del teléfono situado encima de la mesa. Allí se limpia poco, porque al estar tan alejada del grueso de dependencias del edificio nadie se acuerda de ella ni de las quejas de sus inquilinos, así que de vez en cuando se espolvorea un poco de líquido ambientador con olor a fruta madura, y a tachar otro día del almanaque. Parece mentira, pero el espacio está tan bien aprovechado, que es imposible pensar que allí conviven tres personas sin que lleguen nunca a tropezar una con otra.

Aunque para empezar a situarnos debemos decir, convivían, porque desde un veinte de julio la situación cambió tanto, que la oficina entró a formar parte de lo que por aquel edificio se conoce como “dominios de la monja”, de la cual todo el mundo hablaba y nadie la había visto. Los más viejos el

lugar cuentan que en otros tiempos el solar estuvo ocupado por una congregación religiosa, que por mano del destino y de la Administración pública tuvieron que abandonar ese espacio, donde en la actualidad se levanta un moderno edificio inteligente, aunque se ve que no lo suficiente como para poder detectar las andanzas de esta singular hermana. Se conoce que no se fueron de allí totalmente satisfechas y quedó la estela de este misterioso personaje, que en la actualidad marca el devenir del edificio y en particular de esa insignificante oficina olvidada en lo que antaño fuera un callejón cualquiera. Como digo convivían tres personas, cada una de ellas con su mesa correspondiente y enfrascadas en la batalla diaria con los papeles, pero luego de aquel veinte de julio, comenzaron a suceder hechos extraños que llamaron la atención de esta minúscula oficina. Uno de los componentes del trío, dejó de ocupar su mesa habitual y nunca más se supo de él; no se sabe si fue trasladado, sufrió de algún tipo de accidente o se jubiló de forma anticipada. Sus dos compañeros comenzaron a echarlo de menos, notaban que no asistía al trabajo y dejaron de percibir el olor a tabaco, que delataba bien a las claras que no entraba en la oficina. Sea porque entró en vigor la ley antitabaco, que no permitía fumar en el interior de las oficinas o porque coincidió con una racha de papeleo que nublaba la vista, lo cierto es que pasaron los días y el trío pasó a convertirse definitivamente en un dúo. El jefe pasaba de vez en cuando por la puerta, se asomaba a la ventana, veía los ordenadores encendidos y sin decir ni media palabra continuaba su camino, para coger el ascensor inteligente, que le iba contando mientras ascendía las últimas novedades concernientes a su departamento, amén de darle también los últimos cotilleos del Real Betis que para eso lo tenía programado desde su pentium personal, con el salvapantallas del estadio Manuel Ruiz de Lopera. Todo un detalle para alguien que tenía los minutos contados, y que se sabía era uno de los motores de la empresa.

La monja, fiel a su destino, comenzó pronto a dejarse sentir por las cuatro paredes de aquel rincón: no se sabe como, pero la mesa que un día fuera abandonada presentaba siempre el mismo aspecto, en ella no aparecían telarañas ni más motas de polvo que las habituales, ni incrementó el número de manchas, ni se notaba nada especial salvo pequeños detalles como el del ordenador, el sonido del teléfono, que aunque nadie lo cogía, sonaba cada día y hasta había veces que se parecía escuchar el clic de haber colgado. Pero ¿quién se iba a fijar en esos detalles? El ritmo de trabajo no daba para tanto chismorreos y el dúo permanecía tieso en sus sillas correspondientes ensimismado con sus respectivas tareas. Habían oído hablar – en el rato del café – de otra aparición de la monja por la planta quinta del edificio inteligente, que un poco más y acaba con la vida del pobre vigilante, que alertado por los empleados acudió a ver que sucedía con la máquina de los refrescos pues según ellos la monja estaba cogiendo provisiones para toda la congregación; se ve que se le rompió alguna lata, manchó el pasillo y cuando el pobre hombre llegó de prisa y corriendo, porque esta vez sí que la pescaba con las manos en la masa, ¡zas!, dio con sus huesos en las duras losas del suelo, llevándose un

porrazo en la cabeza como para acordarse de la congregación entera incluida la madre superiora. Sus compañeros en los monitores centrales del edificio, no daban crédito a lo que éste les contó cuando se recuperó porque lo que es verla, verla, no la habían visto y los empleados preferían meter la nariz dentro de la pantalla del ordenador, antes que asomarse a ver que pasaba.

Allí se estaba para trabajar no para esas tonterías que decían los demás que pasaban por el edificio. Así que el dúo de la oficinita de la planta baja no iba a ser menos y estaban para lo que estaban. Cuando eran tres y como la puerta de entrada era semitransparente, siempre tenían que estar atentos para no darse un trastazo, con la figura que se perfilaba al otro lado; así que había una regla no escrita según la cual tenía preferencia la figura a la que no se le distinguían las dos manos por encima de los hombros y en continuo movimiento; ahora que son dos no han podido abandonar la regla, porque más de una vez se han encontrado con la figura al otro lado de la puerta moviendo las manos, estando ellos dos en el mismo sitio; se han mirado, se han encogido levemente de hombros y han continuado con su trabajo.

.../... Continuará

Capítulo 14



ALICIA PEÑA

DOS

Hasta aquel veinte de julio había ligeras noticias de las andanzas de la monja, pero muy de tarde en tarde y repartidas por todo el edificio, fue a partir de esa fecha cuando se multiplicó su actividad y comenzaron a ponerse los pelos tiesos a más de uno. En la oficinita del dúo se estropeó un ordenador y había que seguir pasando los datos día a día para que el mundo continuase girando, por lo que se hacía necesario utilizar la mesa que un día ocupase el tercer componente del trío – el ausente -. El asunto parece simple, pero lo cierto es que cuando alguno de ellos se disponía a cumplimentar esa función, les resultaba materialmente imposible sentarse en la silla que ocupaba esa mesa; daban vueltas alrededor de ella, lo intentaban de forma delicada, brusca, de improviso, a la de tres y ... no había narices de permanecer sentado; terminaban en el suelo por lo general o aburridos en la mayoría de las ocasiones. Pensaron en llamar al servicio de mantenimiento pero ¿para qué? Si no venían a limpiar el polvo, iban a venir para un asunto así, además ¿cómo lo explicarían? Lo mejor era apañarse con los dos ordenadores restantes, que ya pasaría el de la ibeeme dándose una vueltecita rutinaria y que él diese el cante de la silla. Otra solución lógica era quitar esa silla y poner una de las suyas, que si se dejaban montar, pero aquí tropezaban con otro inconveniente: ni tirando los dos al mismo tiempo conseguían mover el maldito, asiento que parecía fundido a las losetas del suelo. Un día, uno de los dos compañeros tenía poca hambre y decidió saltarse la media hora de desayuno, y como estaba sólo y por tanto no haría el ridículo se fue con toda decisión a la mesa,

cogió la silla, le dio dos patadas y salió despedida por los aires como si fuera un trasto cualquiera (por un instante se quedó sin saber que hacer). A continuación la recogió, se sentó en ella y se puso a trabajar en el ordenador como si tal cosa. Completó su tarea, y ya que estaba allí comenzó a curiosear por otros programas y al llegar al del antiguo inquilino de la mesa, se llevó la sorpresa del día cuando comprobó que no se hallaba detenido su trabajo en el veinte de julio, estaba actualizado como si el compañero ausente no hubiese faltado ni un solo día. Aquello era demasiado gordo para andar pregonándolo, por lo que decidió guardar silencio y meterse en sus asuntos y no en el de los demás, pero desde ese momento la figura de la monja quedó grabada en su cabeza. Lo que sucedió con la silla no tenía explicación humana posible, la silueta de la puerta tampoco, y encima aquel rincón de la oficinita funciona como si el ausente estuviese sentado tras la mesa. No sabía el tiempo que sus nervios aguantarían sin explotar pero de momento decidió seguir la vida normal, sin meterse en más hondura; su compañero tampoco ayudaba demasiado, posiblemente por la misma razón que él, porque habría vivido alguna situación que le tendría sumido en el mutismo.

Pero los hechos en el resto del edificio confirmaban cada vez más a las claras, que la hermana estaba dispuesta a mantener en vilo a todo el mundo y de vez en cuando se escuchaba el relato de alguna de sus andanzas . Como la mayoría tenía relación directa con los servicios de seguridad, eran estos quienes peor estaban llevando el asunto. El episodio de la máquina de los refrescos se quedó en pañales ante un nuevo hecho acaecido en esta ocasión en la planta segunda, donde se encontraban dos pintores cumpliendo con su trabajo sobre media mañana: uno de ellos – el más joven – se asoma de repente detrás de una mesa que habían puesto en el pasillo y le dice al otro que estaba en un andamio:

—¿Has visto lo que hay aquí detrás de la mesa?

El del andamio suelta la brocha en el cubo y gira el cuello para mirar. El joven al sentirse observado se coloca detrás de la mesa y con toda la agilidad de la que es capaz, comienza a realizar un ejercicio de piernas flexionadas y tronco recto de tal manera que desde la perspectiva del de la brocha, aquella persona estaba descendiendo una escalera. Por poco se le salen los ojos de las orbitas cuando finalmente ve desaparecer la cabeza de su compañero detrás de la mesa. De reflejos algo lentos, tardó lo suyo en bajar del andamio y acercarse a ver que había sucedido, porque cuando movieron la mesa entre los dos, aquel espacio estaba tan liso como el resto del pasillo y el edificio era lo menos parecido que uno pueda imaginarse a un castillo con cámaras secretas o algo por el estilo. Cuando se asomó con todo cuidado a la parte de atrás de la mesa y descubrió la figura de su compañero agazapado como un conejo, la emprendió a gorrazos con él mientras el otro era un estallido de risa en estado puro. Aquella escena había sido seguida desde el primer momento por los encargados de turno de la sala de monitores, y el pataleo que

formaron al ver el desenlace final, fue una clara muestra de lo bien que se lo pasaron ante aquella pequeña obra cómica. Lo cierto es que no duró demasiado el jolgorio puesto que al estar todos pendientes de los pintores, pudieron comprobar también como de espaldas a éstos, un plástico de considerables dimensiones destinado a tapar los muebles, estaba moviéndose hacia arriba desde el suelo donde se encontraba, y cada vez presentaba signos más evidentes de ir tomando forma humana, como si se tratase de una gran carpa que cubriera a una persona de singulares proporciones. Ninguno de los dos pintores se dieron cuenta de este movimiento por lo que el servicio de vigilancia se puso manos a la obra, y se dirigió hacia esa segunda planta a toda leche, porque aquello tenía toda la pinta de ser otra actuación de la monja. Los monitores quedaron inservibles porque el plástico lo cubría todo y no dejaba ver nada con nitidez, así que los dos servidores del orden, comunicados directamente con un tercero a las pantallas, fueron puestos al corriente en todo momento de cual era la situación. Corrieron todo lo que pudieron sin saber qué se iban a encontrar, pero preparados mentalmente para afrontar cualquier situación; porra en mano irrumpieron en el pasillo desde el ascensor y al llegar a la altura de los pintores, se encontraron a éstos sentados en la base del andamio con los pelos alborotados y la mirada perdida, manchados de pintura por todas partes y sin responder a las llamadas de atención que les estaban haciendo. Fue necesario avisar a los servicios médicos para que los trabajadores recobrasen la conciencia de lo que pasaba a su alrededor, aunque de momento el pasillo se quedase a medio pintar y los hechos por esclarecer, porque ninguno de los dos tenía el más mínimo interés en volver a hablar del asunto.

.../...Continuará

Capítulo 15

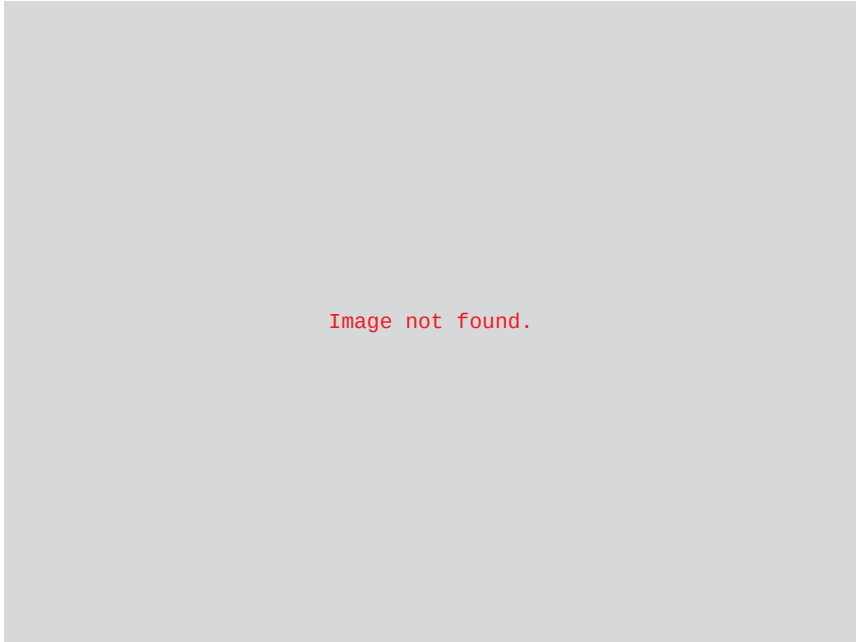


Image not found.

ALICIA PEÑA

Y TRES

Así pasaban los días, la monja cada vez gozaba de más poder dentro del sagaz edificio y aunque sus actuaciones no causaban daños físicos, si que comenzaba a preocupar dentro de la cúpula dirigente de la empresa, el estado psíquico de los empleados, por lo que decidieron poner el caso en manos de una persona responsable, cauta, inteligente y con bastantes años de servicio –según aconsejaban los informes técnicos pertinentes-. Descartaron en todo momento contratar a nada ni nadie procedente del exterior, porque querían máxima discreción y que este extraño fenómeno se resolviese internamente sin intrusismos ni estridencias, por el buen nombre de aquello a lo que representaban. El departamento de personal, junto al de recursos humanos y a los sindicatos se pusieron en marcha; se procesaron todos los datos hasta el más mínimo detalle y el resultado final fue la aparición en pantalla de un rostro con nombre y dos apellidos: Alicia Peña Espejo, de la que nadie en la cúpula tenía la menor referencia.

Era necesario ir descendiendo peldaño a peldaño en la escala del poder, para llegar hasta alguna persona que de una manera u otra conociese ese rostro o lo hubiese visto por algún rincón del edificio, porque su ocupación actual no estaba clara y el lugar en el cual desarrollaba su trabajo tampoco aparecía por ningún lado. ¿Cómo era posible semejante descontrol? Se cruzaron las acusaciones, se crisparon los ánimos y todo parecía que iba a quedar en otra actuación impecable de la monja, cuando la foto del personaje en cuestión fue a aparecer en el pecè cuyo

salvapantallas lucía de blanco y verde. El jefe al ver la foto de su subalterna con un letrero de “se busca” al lado, se temió lo peor, aunque fue tranquilizándose cuando leyó que no se trataba de nada grave. Se puso en contacto con sus superiores – según se le ordenaba – y sin darle demasiadas explicaciones le pidieron que la buscara y la hiciera llegar al despacho del director general. El jefe de Alicia se personó en la oficinita y al preguntar por ella al dúo, estos se encogieron de hombros, porque ambos tenían muy claro que aunque no estaba, sí que estaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquella situación? Hubo un veinte de julio con una tremenda bronca entre ella y uno de sus compañeros, estando el jefe por testigo, pero aquello pasó, cada cual se ocupó de lo suyo y nadie hasta ahora había dicho nada. El jefe de Alicia comenzó a hilar fino. ¿En realidad cuánto hacía que no la veía? La conexión a la red hacía posible trabajar sin necesidad de presencia física y él – honradamente- lo único que controlaba es que estaba al día la parcela de trabajo asignada a su subalterna. ¿Qué le diría ahora a sus superiores, después de pasado tanto tiempo? ¿Dónde estaba Alicia?

Por fortuna para sus intereses y los de su familia, cuando fue a contar aquella extraña historia que no sabía por donde cogerla, se encontró que sus inmediatos superiores desconocían e ignoraban de todas, todas, la existencia de esa minúscula oficina perdida en el último pasillo de la planta baja. No aparecía en ningún plano, no constaba en ninguna estadística, se desconocía a que se dedicaban las personas que en ella trabajaban y lo que es peor, Alicia Peña había sido elegida como la persona ideal para resolver una situación de extrema dificultad – según un complicado proceso informático -, pero ni su propio jefe podía dar fe de su existencia. Conforme el tocho de papeles fue ascendiendo peldaños, comenzaron a temblar las butacas, el miedo se adueñó de la estructura jerárquica y cada despacho por el que pasaban los papeles, tenía más cosas que callar que ganas de esclarecer los hechos, por eso Alicia Peña – a la que nadie preguntó por su larga ausencia -, se quedó de una pieza cuando llegó al despacho del director general, fue agasajada con todos los honores y luego de ensalzarla cada uno de los presentes por méritos que ella misma ignoraba, terminó quedándose a solas con el máximo representante del poder, que le leyó en vivo y en directo su nombramiento como subdirectora general, o lo que es lo mismo: número dos, en femenino singular, de aquella monumental empresa dueña entre otras cosas del más moderno edificio inteligente que se había construido en la ciudad. De la monja para que le iban a contar nada, ¡que se divierta! Ya se le ocurriría a tan privilegiada mente la solución para que los empleados se despreocupasen o a lo mejor terminaban todos aceptándola como compañera y participando de sus juegos y ocurrencias.

La oficinita quedó como estaba, con las tres mesas en activo y el dúo entregado de lleno a su cotidiana tarea, con el jefe asomándose por la ventana de vez en cuando, tan sólo faltaba una foto de la mesa de Alicia que ahora figuraba en un lugar de privilegio del edificio, en un despacho

de ensueño: se trataba de su hermana Flora, que posaba junto a ella el día en que tomaba los hábitos como sierva de Dios.

J. R. Infante

Capítulo 16



SE BUSCA HISTORIA

UNO

Camino sin saber por donde, porque en cada paso que doy, va impresa la huella de lo desconocido, el afán por descubrir ese instante irrepetible, que me pueda reportar las ganas de seguir viviendo. Sé que ahí fuera está un mundo lleno de palpitaciones, que demanda mi presencia, que me llama sin cesar para que calme mis ansias de conocimiento. Siempre tuve unos pies ligeros y tan poca chicha, que tenía que hacerle agujeros adicionales a todos los cinturones que me compraba; en alguna ocasión me han apretado los pantalones, y costaba trabajo abrochar el botón de la cintura, pero ello era debido a que la talla no era la adecuada a tan difícil compostura corporal. Por eso, en más de una ocasión, cogía un trozo de cuerda de cáñamo y con dos buenos nudos, asunto solucionado. Mi corazón ha latido siempre por debajo de las pulsaciones propias de la gente de mi edad, por lo que ir el primero, a la hora de caminar, nunca ha supuesto ningún desgaste físico adicional. Me gusta la compañía y sin llegar a ser un gran hablador, nunca me faltaron temas con los que llevar una conversación entretenida.

Así que con todos estos condimentos, que haya decidido coger el petate y lanzarme a la aventura de conocer el mundo, tampoco es como para asustar a nadie. Ya sabía yo antes de salir, que el mundo está tan descubierto, que en su día tuvieron que ponerse de acuerdo los americanos y los rusos para salir al exterior a ver que había por otra parte, pero a mí siempre me ha llamado la atención aquello de las

carabelas y los expedicionarios por el continente africano y lo del yeti y esa gente que se mete a darle la vuelta al mundo (de aquí en adelante m.) de la forma más insospechada: en barco y en solitario, en bicicleta, andando, en globo, en ultraligero y que sé yo de cuantas otras maneras de las que no tengo noticias. Porque eso sí, el planteamiento que yo me hice es que tenía que ser de la manera más ecológica y económica posible: coger una aeronave y darse una vuelta por el espacio no tiene mérito ninguno, y la única emoción posible del evento, es ver el tembleque que experimenta tu cuenta corriente, y por otra parte cualquier artilugio que necesita gasolina tampoco me atrae en absoluto, bastante contaminado tenemos el Planeta como para aumentar aún más su agonía por mi culpa. Como mucho y porque ya tengo cierta edad, el tren o el autobús en situaciones desesperadas son los únicos medios para alguna jornada que lo necesite, el resto a patitas que así es como se ha desplazado siempre el hombre.

— ¡Un momento Julián! – dijo Ernesto -. Ibas de maravilla, pero en cuanto me he descuidado has dado un giro al asunto que no tiene nada que ver lo que estás diciendo ahora, con las primeras líneas que has escrito.

— ¡Ah no! – Se sorprendió Ernesto-. ¿Desde donde crees tú que he cogido otra onda?

—Desde que nombras por primera vez al mundo. Hasta ese momento puede uno imaginarse que estás hablando de tu mundo interior y que lo que necesitas es salir de ti mismo para ver que pasa más allá de tus narices, pero luego das un giro sorprendente y se te ve el plumero de conquistador de ínsulas desconocidas.

— ¡Está bien! Trataré de corregirme.

.../...

Capítulo 17



SE BUSCA HISTORIA

DOS

Ese m. no tiene porque estar al otro lado del globo terráqueo, ni se puede siempre pensar en el Japón o en la China, que son sitios que caen muy lejos, a veces es suficiente con salir al patio de la casa, al jardín más próximo o a la azotea del bloque para darnos cuenta de lo que nos rodea – vamos a decirlo con la boca llena -, que ya sabemos las desgracias que hay por esos m. de Dios. Un insecto, una flor, una estrella o una frase dicha en el momento oportuno, nos descubrirán lo importante que es dar ese paso de la dedicación a la vida contemplativa, dicho sea en el mejor sentido de la palabra. ¿Cómo puede uno imaginarse que un ser tan diminuto de apenas cuatro centímetros, es capaz de mimetizar su cuerpo para pasar totalmente desapercibido colgado de una rama? Uno en su trabajo de oficina puede ser de lo más formal del universo, pasar casi por un mueble, pero más tarde o más temprano alguien descubre tu presencia y termina por delatarte, pero ese bichito tan pequeñajo, y con esa forma idéntica a la rama en la que se pasa la vida. Esa escena, esa instantánea, se ve una vez o dos en la vida de una persona y nada más. Con las flores pasa tres cuartos de lo mismo: las vemos a bulto, nos parecen bonitas, olorosas, que encajan muy bien con el paisaje o que forman una pradera excepcional para jugar al fútbol, o sacar a pastar a las ovejas, pero ¿nos hemos detenido a contemplarlas? Esa simetría, ese aspecto atractivo para que los insectos vengan a libar justo ahí, donde ellas necesitan darle el abrazo del oso y que sus espermatozoides sean esparcidos cada vez más lejos. De las estrellas ¿Qué decirles? Desde que mi padre me contara la

aventura del caballo blanco, que galopaba por el camino de Santiago, quedé fascinado por ese manto de puntitos relucientes con fondo negro, que parecían acercarse cada vez más a mí. Tendido boca arriba en una cama de paja, sintiendo el relente de la noche jugar con mi nariz, no parecía vencerme el sueño nunca. Desde entonces fue para mí un lujo pasar una noche a la intemperie, escuchando el canto de las ranas, el rumor de las olas o los trinos amorosos del ruiseñor. Y los huesos lo más cerca posible de la madre Tierra, con un aislante para evitar las humedades y poco más, no conviene llevar demasiadas cosas, que aunque parezca lo contrario termina pesando. Es mejor soportar algunas incomodidades, pero la bici no conviene sobrecargarla, porque por muy engrasada que esté y muy bien compensada proporcionalmente, al final hay que moverla y esto tiene que ser a base de riñones. Y los riñones a ciertas edades es mejor tomarlos al jerez que ponerlos a prueba por una sobrecarga.

— ¡Julián, de nuevo estás desvariando! Lo de los riñones puede resultar ingenioso, pero olvídate de los petates y zarandajas similares y céntrate en ti mismo, en tu persona en pelota picada, si quieres que te lo diga más claro.

— ¡Ojú Ernesto, me estás poniendo difícil la forma de explicarme! Hombre, déjame que tire por el camino más corto para que me salgan las palabras, sino me parece a mí que no vamos a ningún lado.

— Julián te recuerdo que estás en una consulta y tú has venido aquí – aparte de ser mi amigo –, a que yo pueda reconducir tu vida, que según tú, no sabe por donde anda.

— Si, es cierto, pero hombre ya que tenemos amistad, mira bien a ver si me haces un favor, y procura sacar lo que puedas en claro, de forma que yo no tenga que quebrar los cascos demasiado, porque si no me parece que no llegamos a ningún lado, porque cuando me da el tic, se me agarrota la mano y cuesta trabajo abrírmela ¡eh! Te lo advierto por lo que pueda pasar.

— ¡Anda, anda! Déjate de tonterías y vuelve a concentrarte en tí mismo, siéntate, relájate y escucha esa musiquilla que sale por los altavoces.

— Ernesto, yo de esto entiendo poco, pero me parece que Rosendo no sea quizás lo más adecuado para una buena relajación.

— ¡Y que quieres que te ponga! ¿Á opá?..

— Hombre, a lo mejor por ahí íbamos mejor. Como estamos en verano.

—Anda, anda, te lo pongo flojito y relájate. Sigamos.

—Sigamos.

Yo sé que tengo que caminar, que no debo arrugarme ante las contrariedades que la vida nos proporciona, porque en eso consiste vivir: ser más fuerte que ese monstruo que trata de derribarnos, de hacer que caigamos en el atajo, de olvidar nuestro verdadero rumbo. No sabemos lo que buscamos y tal vez nunca tengamos claro cual es la mejor decisión, pero si que puede ser cierto que la mejor es aquella que tomamos en un momento dado. Si nos va mal ¿Nos hemos equivocado? ¿Quién nos asegura que no nos hubiese ido peor en otras circunstancias? A veces miro a mi alrededor y encuentro gente que en apariencia lo tienen aún más difícil que yo; no me sirve de mucho, porque ellos no me pueden sacar de mi m., pero tan sólo pensar que yo podría estar haciendo algo por mejorar su situación, ya me sirve de consuelo, y me animo en buscar esa senda que haga que me encuentre mejor. Puede que resulte que en mi afán por coger el petate y lanzarme a conocer el m., sin rumbo conocido, no es más que una huida, una válvula de escape para no afrontar los problemas que me aquejan, o tal vez sea una mezcla de las dos cosas, porque no puedo negar que me atrae, como ser humano que soy, el conocimiento de otras culturas, y otras formas de vida distintas a las que estoy viendo cada día, y que me gustaría hacerlo sin prisas, mezclándome con la gente, tratando de pasar desapercibido y empapándome de todos sus pensamientos. Es tan apasionante descubrir como somos y como nos llevamos con el resto de las criaturas del Universo.

—Muy bien Julián, ahora si vamos por el buen camino.

Capítulo 18

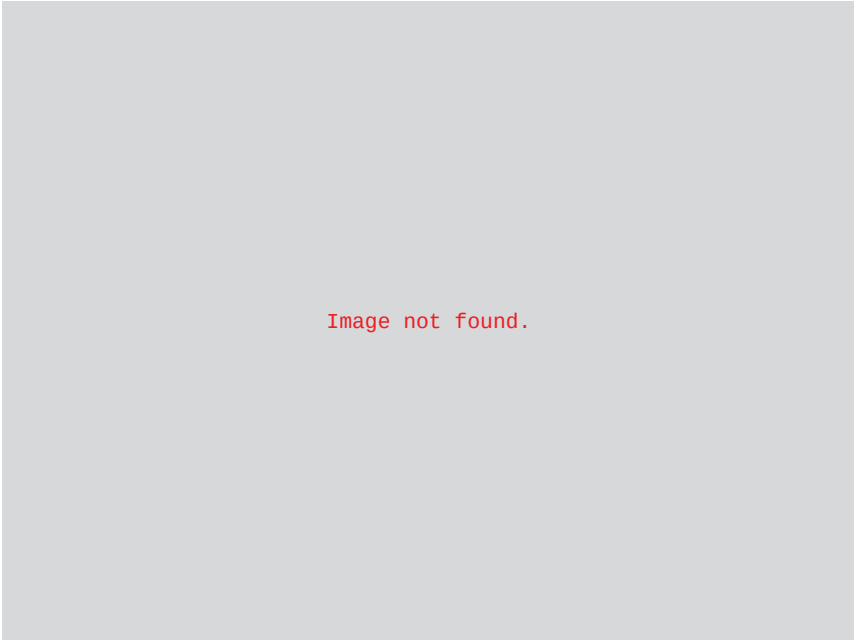


Image not found.

SE BUSCA HISTORIA

Y TRES

Y estas cosas que me sale de las entrañas, no dejan de sorprenderme a mí mismo, porque en el fondo he sido toda mi puñetera vida un cagón, que hasta hace bien poco miraba debajo de la cama antes de acostarse, y que durante muchos años he visto fantasmas donde sólo hay sombras. Y para que los intrincados vericuetos de la mente estén más justificados, resulta que no estando solo, o sea, si estaba acompañado aunque fuera de un niño, nada de eso me ocurría y no digamos ya si el acompañamiento era más numeroso, entonces yo era Periquillo el primero a la hora de ponerme a la cabeza de aquello que hubiese que descubrir. El interior de uno mismo debe ser algo así como la proyección de todo lo que nos ha ocurrido con el paso del tiempo. Comencé interesándome por las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín y todavía se me abren los poros cada vez que tropiezo con alguna novela donde la aventura está presente. Algo insólito, según me parece a mí.

—Muy bien Julián, creo que ya me has escrito suficientes cosas por hoy. No debes exprimírte más, porque a veces hay que darse un respiro para...

— ¡Ni hablar! Ahora estoy en mi salsa y tienes que escucharme hasta que me quede sin tinta, después de la bulla que me has formado porque no lo estaba haciendo bien.

—Julián, si está muy bien como lo estás haciendo. Observo que por fin fluye adecuadamente el verbo, y además estoy grabándolo todo para que puedas escucharlo cuando tengas una recaída.

—Ni hablar. Yo sigo, que para eso te voy a pagar la consulta. Me dejaste bien claro que tenía que pagar, porque si no esto parecería que no era cosa seria. Así que ahora, escucha.

—De acuerdo Julián, pero hay un límite, porque ya digo que no es bueno llevar a cabo un vaciado total en una única sesión.

— ¿Qué me quieres cobrar más todavía? Ni hablar. Yo he venido aquí a vaciarme y me vació.

— ¿Pero y los clientes que están?..

— ¡Que esperen!

—Está bien, siéntate y relájate, ya me buscaré alguna excusa. ¿Quieres algo para beber?

—Agua.

—Muy bien, llamaré a Felisa para que te traiga agua. Yo me pediré un cafetito. ¿Te importa?

—No. Tómame lo que quieras, joé, que para eso estás en tu casa.

¿Seguimos?

—Seguimos.

Lo cierto es que ya pocas cosas me quedan por decir. Tiene que ser esto, de sentarse de forma relajada y empezar a escribir cosas, porque yo noto la mejoría, me siento como otro muy distinto a la persona que entró por esa puerta con pasos inseguros. Es bueno largar, no cabe duda, aunque tengo sospechas sobre si esto es adecuado para cualquier persona, porque creo que más de una es mejor que se quede calladita y distraiga su mente con cualquier cosa, porque la vida se va pasando y cuando te das cuenta se te ha ido lo mejor del querer, siempre que el asunto no sea de extrema gravedad. En fin, que me siento bien, que me parece que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora que lo interpreten los técnicos. Yo a vivir.

— ¡Ernesto!

—Sí, Julián.

—Que ya he terminado.

— ¡Ah que bien! ¿Cuándo vendrás por aquí otra vez?

—Pues no sé, depende de lo que me pidas por interpretarme.

—Por eso no te preocupes, tú sabes que entre nosotros no va a haber problemas. Si te parece me puedes traer un puñadito de sal como la última vez.

—No te quejes, que así es como se pagaba en otros tiempos.

—Ya, lo que pasa es que mi médico de cabecera, me ha recomendado una dieta hiposódica y con los tres pepinos que le tuve que aceptar el otro día a otro cliente – y además no me gusta el gazpacho –, lo tengo difícil como esto siga así.

—Lo siento mucho, eso te pasa por dártelas de enterado. Si en lugar de montar una consulta, te hubieras dedicado como yo a hacer de paciente pobre, otro gallo te cantaría. Y date con un canto en los dientes, hay quien me paga las prácticas ¡eh! No creas.

—Bueno, si no te quieres molestar en pasar, ya te mandaré las copias, no te preocupes.

—Vale.

—De acuerdo Julián, vete tranquilo que yo seguiré intentando encontrar esa criatura – que tiene que estar por algún lado-, que sea capaz de escribirme la historia de mi vida, no la que tengo, que no me gusta, sino la que podría tener y sé que está en el fondo de alguno de vosotros. A partir de ahí la seguiré escribiendo yo mismo.

J.R. Infante

Capítulo 19

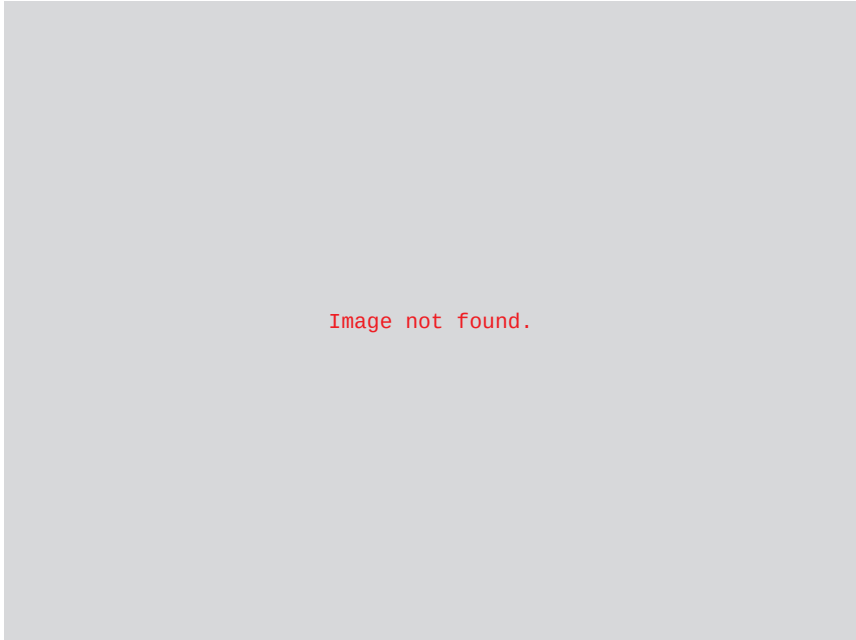


Image not found.

CUATRO GOTAS

UNO

El sargento Bueno regresaba a casa luego de una dura jornada de trabajo en el puesto de control, porque los días que caían una o dos gotas, ya se sabe, como no estamos acostumbrados al agua, enseguida se atascan los usillos, se desprenden ramas que no tendrían porque desprenderse y dejan de funcionar algunos semáforos en el momento más inoportuno. Un caos, como diría el cabo Benítez, que para eso de las definiciones se las pintaba como nadie. La señora del sargento Bueno oía el relato de su esposo con un ojo en sus explicaciones, para que no dijese que nunca le echaba cuenta, y otro en la perola del arroz, que como le diese por pegarse si que la teníamos ya formada, porque el sargento pasaba por cualquier cosa, menos por comer su plato favorito con olor a quemado o pasado de cochura. La verdad es que en la televisión se habían colado con tanto meter miedo con la velocidad del viento, y que no se cogiera la bicicleta a menos que fuese imprescindible, o incluso que la gente se quedase en sus casas. ¡Pero si estamos en el sur!, y aquí las cosas son siempre diferentes, los huracanes terminan convirtiéndose en ligera brisa, si es que alguna vez llegan por aquí. ¿Qué han conseguido? Colapsar los transportes públicos que ya no están preparados para tanta avalancha de gente,” porque a trabajar habrá que ir – decía él –, que los niños no vayan al cole soluciona más bien poco, al contrario ponen más nerviosos a los padres que se encuentran en una situación de desamparo doméstico: a ver a quien le toca sacrificarse y quedarse en casa cuidando a los niños, en cuanto nos rompen la rutina diaria por una situación inesperada ya no

damos pies con bola. Total que se sale a la calle y se multiplican los problemas de tráfico, porque ya nos parece que no vamos a llegar a ningún sitio. Además hoy tendrá también que acudir por la tarde al puesto de control, porque no se fía demasiado del personal de turno, y como no esté presente le pueden liar una que para qué queremos más.

Corresponde comida ligera, siestecita rápida y pare usted de contar; lo del himeneo puede esperar a otro momento a pesar de que hoy tocaba, y luego la parienta se pone de un humor imposible, pero la obligación está por encima de todas las cosas que para eso lo juró él con la mano en la Constitución y el rabillo del ojo puesto en su Benita, que como ella habrá pocas en como aguanta y sobrelleva los inconvenientes del servicio.

Uniforme nuevo, impermeable para los grandes aguaceros y muchas dosis de paciencia para que no se le nuble la vista a la hora de tomar decisiones. Por lo que a él concierne no quedará en mal lugar el sistema de movilidad de la ciudad que lo vio nacer, ni perdería ni un solo punto en el balance trimestral de funcionamiento de las grandes ciudades habitables y libres de humo (GCHLH). Delante del panel central del puesto de control, se convertía en un superhéroe que cada diez minutos sacaba de una situación desesperada a alguien, o dejaba expedita una vía que parpadeaba en rojo (señal de atasco), iluminando toda la estancia:

— ¿Qué pasa con la V9, Fernández, que hace un rato que la estoy viendo con poco movimiento?

— Nada, mi sargento, que en la intersección con la V25 se ha producido un accidente que dificulta el tránsito.

— ¿Nivel?

— 4,67

— Pues meta bulla, Fernández, ya tenía que estar solucionado.

— A la orden mi sargento.

.../...Continúa en Cuatro gotas (2)

Capítulo 20

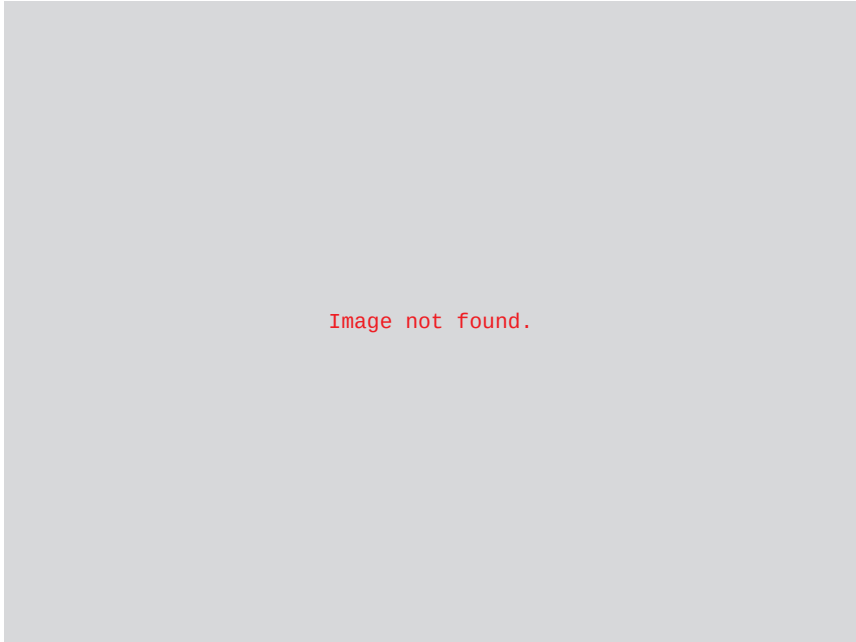


Image not found.

CUATRO GOTAS

DOS

No hacía mucho la situación era bien distinta, el tráfico rodado se había apoderado de toda la ciudad y la gente se desplazaba en coches particulares como la cosa más normal del mundo. Se aparcaba en doble fila, encima de las aceras, en los pasos de cebra y cualquier sitio, sin respetar a los peatones, cada vez había más concesionarios de vehículos y marcas de coches nuevos, se batían record de ventas como el que bate huevos para hacer una tortilla. La situación era humanamente insostenible. Ni el centro de la ciudad se respetaba, ni el casco histórico, ni los cinturones exteriores podían con la carga de vehículos. Entonces si que era una situación caótica y en extremo peligrosa. Los llamamientos de la OMS (Organización Mundial de la Salud), caían en saco roto y los niveles de contaminación se superaban todos los días, siendo el tráfico rodado el principal culpable de esta forma de vida tan denigrante. Por fortuna, los términos se fueron invirtiendo, el asfalto fue dejando sitio a las zonas verdes, a las sendas peatonales y del carril bici de antaño, pasamos al carricoche – como es conocido popularmente el tramo de vía por el que circulan los vehículos públicos y los privados con autorización especial -. El resto del vial está destinado a la circulación de bicicletas, que disponen de modernos intercambiadores donde se puede dejar el vehículo de dos ruedas para tomar el tren y desplazarse a cualquier punto del área metropolitana. También se puede, dado el caso, llevar el vehículo en el tren, pero siempre hay quien prefiere dejarla porque en su punto de destino tiene enlaces fáciles, puede caminar o incluso dispone de algún

servicio de alquiler con el que completar su recorrido. Las tiendas de coches tuvieron que reconvertirse y dedicarse a vender bicicletas y complementos para el usuario, ofrecer rutas turísticas por distintos puntos de la ciudad, y regalar bonos canjeables por viajes en tren hasta la sierra más próxima. Las motos con escape o sin escape pasaron a la historia, desaparecieron, hasta dejaron de promocionar las carreras de los domingos, los grandes campeones cayeron en desgracia cuando estalló el gran escándalo del timo televisivo. Los jóvenes perdieron la ilusión por emular a sus ídolos, y no veían mal desplazarse de un lado a otro pedaleando. Descubrieron que hasta se podía ligar moviéndose en bicicleta. Todos los establecimientos colocaron en sus puertas atractivos aparcamientos para que resultase más cómodo y seguro llegar, dejar el vehículo articulado ligero y entrar en la tienda. Aquello de ciudad saludable, se hizo realidad. Pero al sargento Bueno le había tocado la parte del melón menos dulce, por no decir la más amarga de esta nueva civilización, y tenía que dar la cara delante de sus muchachos, que pedían soluciones que a veces costaba trabajo conseguirlas. Pasarse tantas horas en la calle procurando que el tráfico funcionase como es debido, y nadie sacara los pies del plato, era poco menos que imposible en una ciudad de más de un millón de habitantes, que se dice pronto. Los más ágiles, resueltos y preparados cumplían esa ingrata tarea de poner orden allí donde fuese menester, y sobre la marcha y coordinados por su abnegado jefe resolvían todos los asuntos que tuvieran que ver con los inconvenientes del tránsito de personas y vehículos, pero hay gente que van por la vida saltándose cuanta norma se haya establecido y luego surgen los conflictos.

—Mi sargento, que aquí hay uno que ha colocado el coche en mitad de la calle y dice que no lo mueve porque no le da la gana.

—Pues muévelo usted, agente.

—Lo tiene bloqueado y como no venga la grúa.

—Agente ¿Cómo se llama usted?

—Severiano Pérez, mi sargento.

— ¿Qué número de placa tiene?

—Veinticinco mil diecisiete, mi sargento.

— ¡Aja! Ya lo tengo. Pues según su expediente, que estoy viendo en pantalla, hace tres meses le ocurrió un caso semejante en la Plaza de San Andrés y que yo sepa no tuvo usted que recurrir a ningún superior para resolverlo ¿Lo recuerda?

— ¿En la Plaza San Andrés? ¡Ah! Ahora recuerdo, tiene usted razón, mi sargento.

—Pues no me entretenga que está la tarde muy movidita, agente Pérez. ¡A su trabajo!

—A la orden, mi sargento.

El sargento Bueno se las pintaba como nadie para conseguir que todo fuese una balsa de aceite en el diario discurrir de la gente de la ciudad. Lejos quedaron aquellos tiempos en que se pasaba todo el día trazando esquemas y dibujos de todos los accidentes que ocurrían en la ciudad relacionados con el tráfico. Ahora la gente parecía como más civilizada, se movía de un lugar a otro caminando como si lo hubiesen hecho toda la vida, con pequeñas bolsas de compras, entrando y saliendo de los tranvías con toda la normalidad del mundo. Otros se trasladaban en bicicleta haciendo sonar su timbre de vez en cuando para evitar incidentes, y los menos se empeñaban en seguir utilizando el vehículo privado para ir a todas partes, en lugar de dejarlo en las zonas habilitadas para el intercambiador modal o en la puerta de su casa que es donde mejor estaría. Surgían conflictos derivados del estado nervioso, por no saber que hacer con el coche y entonces es cuando tenían que intervenir los agentes de la policía municipal y en casos extraordinarios hasta el mismo sargento. “Pero peor estábamos antes – como le decía Benita a su esposo –, que daba miedo salir a la calle y encontrarte con una zanja y otra y una calle cortada por obras de acometidas y otra por construcción, en la que el camión hormigonera no deja pasar ni al carrito de la compra. Ahora por lo menos no están los coches y aunque siguen las zanjas, se puede andar por ahí sin necesidad de dar rodeos para llegar hasta donde quieres.

.../...

Capítulo 21

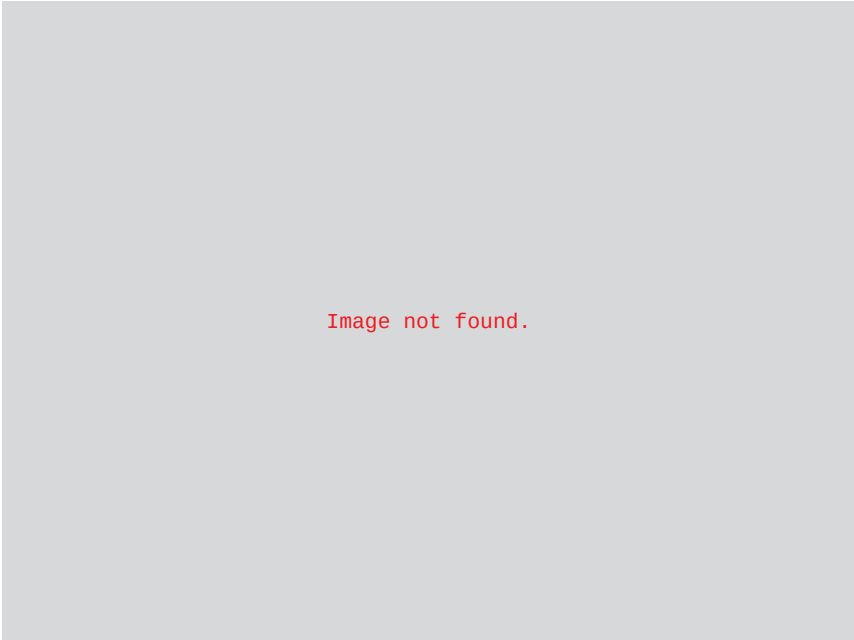


Image not found.

CUATRO GOTAS

TRES

El sargento Bueno en su casa era otro, y hacía honor a su apellido ya que no se le escuchaba casi ni respirar; gran aficionado a la pintura y la música clásica, en cuanto tenía oportunidad, se enchufaba al pincel o al equipo de música para relajarse y encontrar ese punto de satisfacción que proporciona la vida hogareña. Pocas veces había tenido que abandonar sus aficiones o la tranquilidad de su casa para salir precipitado a su puesto de trabajo, porque salvo en contadas ocasiones – como ésta del huracán -, no hacía falta medidas excepcionales para que la ciudad fuese la de siempre, y además estaban sus superiores que ya le avisarían en caso de necesidad, que esto va por capas – como decía el cabo Benítez -, y entre más capas tiene la cebolla más gorda se pone la nómina. Al sargento no le gustaba que le hablase así, pero que iba a hacer, todos los días bregando con la misma persona, al final se le coge cariño y ya no se tienen en cuenta los galones, ni la jura, ni nada de esas tonterías que están muy bien de cara a los demás, pero que en la intimidad del cuarto de control, se olvidan y se trata uno como con cualquier otro compañero. Delante de los demás o ante la presencia de un superior había que guardar las formas, pero cuando estaban los dos solos o casi solos, era mejor tratarse con confianza para que todo rodase a pedir de boca y a él le había tocado en suerte ese cabo, y que le iba a hacer si en lo suyo era muy bueno, aunque luego tuviese esa boca incorregible. En alguna ocasión coincidieron los dos de patrulla por la calle, en aquellas brigadas verdes que se inventó la Jefatura que no sabía muy bien de que iban: les

proporcionaron una bicicleta todoterreno con sus alforjas correspondientes y una porra colgando del sillín de fácil acceso, para casos de una pronta intervención, aunque realmente lo suyo era vigilar que todo estuviese en orden en lo referente al tráfico rodado, que no hubiese problemas con el carricoche y que el personal se fuese acostumbrando a que era mejor para todo el mundo, incluidos ellos mismos, dejar el vehículo privado para mejor ocasión. Mucha gente los paraba y les contaba historias de árboles que estaban en peligro de desprender alguna rama, otros que si fulanito estaba regando con agua potable el jardín de su casa y alguno que otro – que gente hay para todo –, que si ellos tenían algo que ver con los futbolistas de Heliópolis. Lo dicho, que en su propaganda oficial no quedaron las cosas claras. Pero Bueno y Benítez llegaron a convertirse con el paso del tiempo en una patrulla agradable para la ciudadanía que respetaba su trabajo, porque entendían que cumplían con su deber por el bien de la comunidad. Luego hubo otras e incluso más de una, porque había que dar ejemplo, según la Jefatura, y no estaba bien visto eso de utilizar el coche para todos los servicios y total para dos o tres gotas que caían al año no se iba a desaprovechar la ocasión de practicar con el ejemplo.

—Cari ¿No deberías coger el coche?

—Benita. ¿Cómo dices esas cosas? Tengo que ser el primero en llegar en bicicleta a la Jefatura. ¿Qué te crees, que esto es como antes que no se podía andar por las calles con tanto tráfico?

—No sé, me da siempre un vuelco el corazón cada vez que te veo salir, me parece muy frágil la bici, que te puedes caer, que te puedes resbalar, yo que sé.

—No te preocupes. Tengo dominio sobre el vehículo que es lo importante, y además la calle es nuestra, lo tenemos todo a nuestro favor para poder desplazarnos sin peligro añadido.

—No sé, pero a lo mejor me quedaría más tranquila si te fueses en el metro o en el autobús.

— ¡Ya! Pero sucede que de esta manera mantengo mi forma; ten en cuenta que luego me llevo sentado el resto de la mañana y el gimnasio cada vez lo piso menos, además también consigo ahorrarme unos minutos que bien sabes, tanto me cuesta perder a primera hora de la mañana.

—En fin ¿Qué quieres que te diga, Cari? Me da miedo, a pesar de todo y de lo bien valorada que está la bici como medio de transporte; a lo mejor es que como yo no la uso me da la impresión de que te puedes ir al suelo de un momento a otro.

—Lo malo es no tener por donde moverse, pero en el siglo que vivimos ya hemos superado etapas anteriores y éste es el mejor sistema para moverse por la ciudad. Te lo digo yo que tengo ya mis añitos de experiencia como usuario y como vigilante del orden.

.../...

Capítulo 22

Capítulo 23

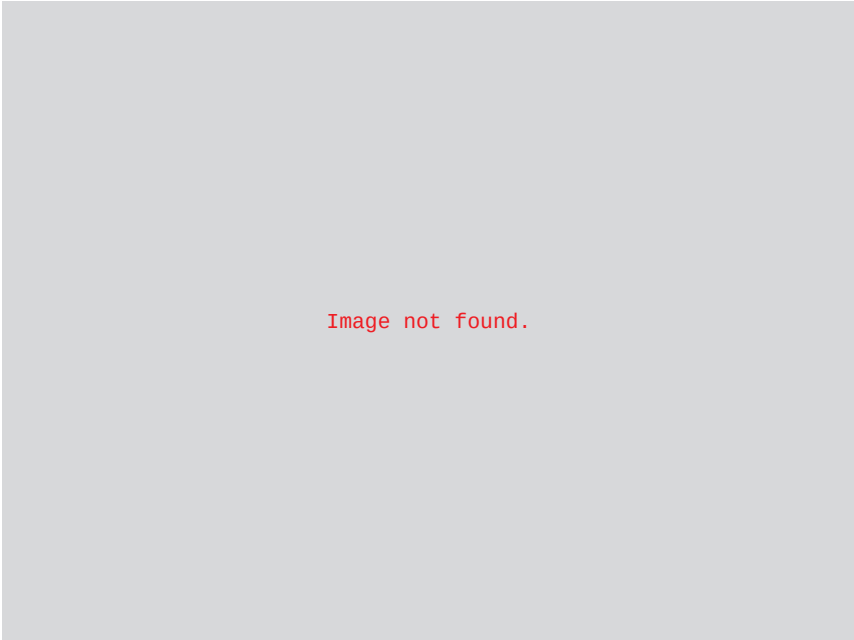


Image not found.

CUATRO GOTAS

Y CUATRO

Benita sufría, pero en el fondo era consciente de que el riesgo era mínimo, porque era la forma habitual que tenía la gente de desplazarse y la calle se veía alegre y llena de paz y quitando algún que otro incidente, no se alteraba la vida de la ciudad por problemas derivados del transporte, lo que pasa es que una esposa es una esposa y siempre está pendiente de todos los detalles para que la vida en familia no se vea alterada. El cabo Benítez le decía a su inmediato superior, que lo que le pasaba a su mujer es que no tenía chiquillos que le estuviesen enredando todo el día y claro, estaba que se le iba la olla con lo que tenía en casa. Ella se desenvolvía a las mil maravillas por cualquier sitio, sin necesidad de utilizar el coche, las compras las hacía siempre cerca de casa y para cualquier otra cosa, tiraba del transporte público que para eso estaba, además como tenía descuento especial por aquello de estar casada con quien estaba casada pues mucho mejor, había que aprovechar las ofertas, que nunca se sabe si el día de mañana se convierte en hojalata. Tiene carné, que se lo sacó nada más cumplir los dieciocho, pero la verdad es que luego no lo ha necesitado, porque incluso cuando estuvo trabajando en la fábrica, le venía bien el suburbano y también cuadró que podía volver con unos compañeros que la dejaban casi en la misma puerta de su casa. Una suerte, según se mire, porque luego vino la época de la transición de forma radical; ella dejó su trabajo para dedicarse a otras tareas en su casa y al final el carné de conducir pasó como algo anecdótico por su vida. El aguacero se alejó y todo volvió a la normalidad. Al día siguiente la

calles volvieron a llenarse de bicicletas como era lo habitual y los cuatro de siempre metiendo bulla por la lentitud del carricoche, el mal funcionamiento de los servicios públicos y el derroche que hacía el ayuntamiento en levantar las calles cuando no por un motivo por otro. La estampa de los niños entrando o saliendo de los colegios ponía la nota colorista y la mejor señal de que todo estaba bien. En Jefatura había pasado el momento crítico y se atendía al servicio de una manera más relajada, con el cabo Gutiérrez tan dicharachero como siempre y el Sargento Bueno pensando en su Benita y en que llegase pronto el viernes, que le tocaba librar el fin de semana y tenía pensado coger todos sus bártulos y desplazarse a la sierra próxima para hacer copias del natural aprovechando la frescura de los campos luego de tanto tiempo sin que cayera una gota de agua.

J.R. Infante

Capítulo 24

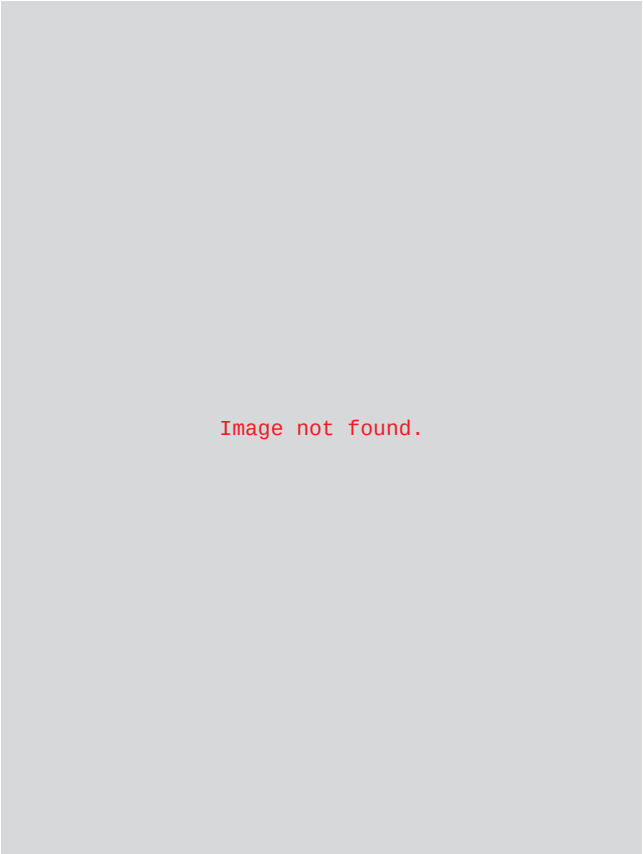


Image not found.

AQUELLA NOCHE

UNO

La estancia es una azotea sin vistas al mar, pero con un grúa amarilla en forma de cruz, a la que corona una alegre bandera con los colores de Andalucía. En una antena cercana una pareja de tordos lanza agudos pitidos, y como fondo lejano resuena el ronroneo del tráfico.

—Yo te puedo decir que fue una puta la primera mujer que intentó que tuviese una eyaculación. Los nervios me traicionaron y aunque se daban todas las condiciones para que me hubiese corrido en un santiamén, aquello duraba tanto que la mujer no tuvo más remedio que confesar, que iba a terminar por hacer que se corriese ella antes que yo – decía el hombre.

—Cosa bastante difícil por dos motivos: primero por tratarse de una fulana y luego, porque las mujeres necesitamos algo más que un hombre encima para tener un orgasmo – dijo la hermana.

—Sí, ya sé está lo del amor, las caricias y todo eso pero como a los hombres (al menos los aspirantes a serlo), tan sólo nos basta con una hembra medioqué, yo creía que aquello era coser y cantar, luego del

esfuerzo que me costó conseguir la pasta, que esa es otra, pero en fin no es el tema. El asunto es que aquella mujer marcó un tanto mi camino sexual, y nunca me la he podido quitar de la cabeza.

—Bueno, eso es debido – intervino la profesional – a que en nuestra juventud, que es cuando aparecen estas necesidades, igual que pasa con la niñez con otros asuntos, se nos marcan determinados momentos en nuestro cerebro, que luego pasado el tiempo vuelven a aparecer cuando se dan las circunstancias de cierto paralelismo sincrónico.

—Pero Freud dice que ya desde chiquitito tenemos tendencia a toquetear los órganos genitales ajenos – interrumpió el amigo - . ¿Cómo dices que es en la juventud, cuando aparece esa necesidad?

—Bueno Freud decía algo parecido a eso con relación a la sexualidad, pero yo considero que hasta que no se alcanza el orgasmo, no podemos estar hablando de unas relaciones sexuales plenas. Digamos que en la infancia se van marcando las pautas de lo que luego podemos conseguir de adolescentes.

—Tampoco creo que se pueda considerar al orgasmo como unas relaciones sexuales plenas, si no lo acompañamos de una serie de conductas que va desde una simple caricia... –interrumpió el amigo.

—Bueno, quizás no me he expresado bien. He querido decir el primer orgasmo, que es de lo que estamos hablando, por supuesto que las relaciones sexuales plenas van mucho más allá de eso, perdón por el lapsus – continuó la profesional.

—Retomando a lo que íbamos – decía la hermana -, por mi parte tengo que decir que yo buscaba la presencia de un chico, aprovechando los bailes en el club y notaba claramente que me mojaba al son de Venecia sin ti y cosas por el estilo, pero la primera relación sexual de verdad es que tardó en venir, porque las mujeres una vez más, somos distintas a los hombres y no nos resulta fácil acostarnos (por decir algo que se entienda), con alguien que no nos gusta, esperamos más romanticismo en la acción, tal vez llevamos implícitas el miedo a ser las perdedoras en caso de que algo salga mal, o tal vez nuestras madres nos lavaban demasiado el coco con los asuntos de los embarazos y cosas por el estilo. El asunto es que cuando yo me encontré con todo a mi favor para tener una primera relación sexual, parecía que estaba viviendo una película y que no podía salirme del guión, porque yo era la protagonista femenina, así que me tocó refregarme por las esquinas con la pasión supliendo el miedo, sin un coche que llevarme a la boca, porque en aquellos tiempos íbamos de pobres y con la historia que nos marcábamos de la puntita nada más, cada vez iba notando que el pene entraba un milímetro más, pero yo notaba algo por todo mi cuerpo que si no era orgasmo, a mí me lo parecía según la experiencia posterior.

—Una corrida a cuentagotas, podemos decir – dijo el hombre.

—Puede ser. Con el paso del tiempo se consigue unas mejores condiciones y el asunto se puede tratar de forma más relajada echándole, todo lo que hay que echarle – dijo la hermana.

— ¿Qué es? – preguntó el amigo.

—Hombre, me refiero a marcar bien los tiempos y que las mujeres

consigamos disfrutar del acto en si, y que no sea sólo el hombre el que termina la faena. De todas formas todo depende de la suerte que a cada cual le toca, es muy distinto que tú consigas una pareja estable a que no lo tengas. Con tu pareja te podrá ir mejor o peor, pero al menos siempre cabe la posibilidad de intentar ir mejorando las cosas poco a poco, en cambio si lo que tienes son relaciones esporádicas, por muchas ganas que tengas de follar, va a depender de cómo te entiendas con la otra persona – dijo la hermana.

— ¿Y cuando tienes la pareja estable y notas que no consigues que ella disfrute de verdad? -preguntó el amigo.

—Que es un caso muy corriente que le sucede a la mayoría de las mujeres, sino durante toda su vida, al menos durante una buena parte de ella, lo que pasa es que se callan, lo sufren en silencio y ya está. Pero eso más tarde o más temprano puede terminar pasando factura y al final llegan las separaciones, porque en una pareja donde el sexo no funciona, difícil es sacarla adelante. En otros tiempos las mujeres callaban y con que el hombre se corriera de vez en cuando, asunto solucionado, pero hoy día las cosas son muy distintas, la mujer es más independiente, tiene tanto derecho como él a pasarlo bien en las relaciones sexuales y por tanto exige – decía la hermana.

—Pero, digo yo ¿Por qué tiene que haber tanta parafernalia en torno al sexo? ¿Por qué no se puede echar un polvo con alguien que te guste y ya está? -dijo el hombre.

— ¡Si vamos, y luego si te vi no me acuerdo! ¡No hombre, no! Tiene que haber algo más, digo yo, primero para llegar a echar ese polvo y luego que tiene que haber una continuidad, no somos animales. La normal es que algo quede tras un polvo, sino estaríamos hablando de lo que tú has contado de tu primera relación sexual: uno que va a disfrutar y otra que se abre de patas para ganarse unos euros -dijo la hermana.

—Bueno. Vamos a ver – interrumpió la profesional -. La sociedad marca mucho y aunque tengamos instintos animales básicos por los cuales nos protegemos, comemos, dormimos y demás, de la misma forma buscamos a nuestra parte antagónica. Pero claro, nos encontramos con el medio que nos rodea, que nos marca unas normas y nos dice que para llegar a mantener unas relaciones sexuales plenas, es necesario cubrir una serie de etapas, llámense noviazgo, flirteo o como queramos llamarlas y todo porque eso es lo que hay a nuestro alrededor, lo que nos han hecho ver nuestros antepasados, nuestra cultura occidental; en otras partes las cosas funcionan de otro modo, pero en todos lados hay normas básicas de comportamiento que los integrantes de esas culturas respetan.

—O no – dijo el amigo.

—Sí, pero entonces ya estaríamos hablando de otra cosa, no de sexo – dijo la profesional.

—Muy bien, pero lo que yo quiero decir es que este asunto del folleto tendría que ser más fácil, algo semejante a lo que tú has dicho: comemos, dormimos, nos protegemos. Todos cumplimos esas funciones y no hay

problemas, en cambio para follar... – dijo el hombre.

.../...

Capítulo 25

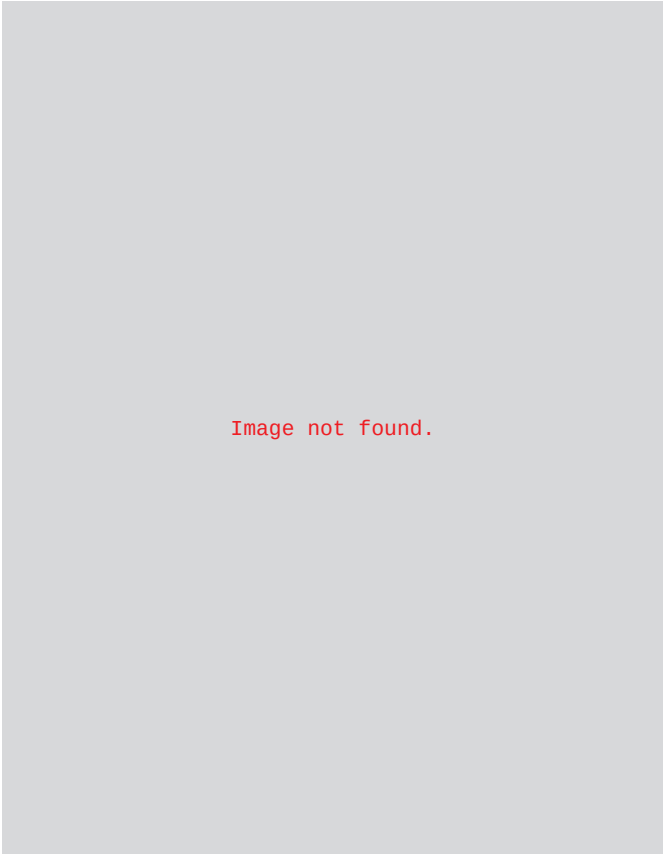


Image not found.

AQUELLA NOCHE

DOS

— ¡Claro bonito! Porque es ese último caso tienes que contar también con la otra persona, para lo demás puedes bastarte por ti solito, pero para follar como no te hagas un solitario, ya me dirás – dijo la hermana.

—Puede ser que la Madre Naturaleza tenga previsto ese detalle, y como anda por medio el asunto de la perpetuación de la especie, éste extremo del sexo lo cuide más. Quiero dar un giro a lo que estamos hablando, que por otra parte me parece muy interesante aunque yo intervenga poco, pero vamos estoy con los ojos como la lechuza: sin pestañear. En fin digo que quiero retomar el asunto por el principio, para que tampoco nos perdamos demasiado; yo voy a contar no tanto mi primera vez, ya que no aportaría nada nuevo a lo que hasta ahora se ha dicho... – decía el amigo.

—Eso no importa, cuenta lo que quieras – cortó el hombre -, pero empieza por decirnos como te lo montaste la primera vez, que yo lo he dicho y

quiero saber como os ha ido a los demás.

—Está bien, digo que no es nada nuevo porque igual que tú, acudí a una casa de citas y tuve una eyaculación normal, sin demasiados adornos porque la profesional lo tenía todo previsto y en veinte minutos le dio tiempo a hacerme un pack que incluía lavado, peinado y secado. Lo único que recuerdo bien de aquel momento es que disfruté poco, se me quedó grabado la toallita con la que se protegió parte de su anatomía para que no la manchase demasiado, tal vez pensaba que yo sería un torrente expeledor de semen o algo por el estilo, porque vamos con un lavaíto posterior hubiera quedado de lujo. ¡Ah!, también guardo como recuerdo el cigarro que le tuve que pedir a la portera, para quitarme un poco los nervios del momento – dijo el amigo.

—Cuéntanos lo que pretendías antes que te cortara este entrometido – dijo la hermana.

—¡Oye! ¡Que yo sólo...!

—Es broma, hombre. Relájate y disfruta del sonido de las campanas – dijo la hermana. —Venga, sigo antes de que os enredéis con otras cosas. Decía que lo que pretendo aportar a esta reunión es un nuevo matiz. Me explico: Yo había tenido mi primera vez en esa casa de citas, me había casado y sin embargo creo que las relaciones plenas (esas que estamos nombrando de vez en cuando), no me surgieron hasta que conocí a una persona de la cual no llegué a enamorarme, pero que me dejé llevar por el instinto carnal puro y duro. Supongo que el matrimonio no habría satisfecho mis necesidades sexuales, o es que siempre queremos más de lo que tenemos o es que me cogió en un momento débil o yo que sé. Aquello duró un tiempo al más puro estilo pasional, sin que casi nadie supiera nada (salvo los compinches) y con un olor a cuerno quemado que mi mujer a punto estuvo de descubrirlo todo, o tal vez lo descubrió y se lo guardó para sus adentros. La pasión (me resisto a llamarlo amor), estuvo rodeada de un halo misterioso que la hacían atractiva: fingíamos ante los demás, nos veíamos en el piso de una compinche y dejábamos pistas para evitar ser descubiertos. Eso en lo concerniente al montaje externo, luego centrándonos en lo puramente amoroso, nos entregamos tanto, que por fuerza las relaciones eran placenteras para los dos; sin llegar a extravagancias, buscamos la mejor forma de pasarlo bien. Hoy día, después de mucho tiempo, todavía no sé porqué terminó la relación, porque en el fondo no hubo nada que la hiciese desaparecer. En fin, resumiendo, aquí creo que se da un ejemplo típico de buscar fuera lo que no tienes dentro, aunque tal vez lo más correcto hubiese sido romper en lugar de ocultar nada – relató el amigo.

—Has tardado en hablar, pero te has explayado a base de bien, ¿eh canalla?, y además has tocado un tema peliagudo: la infidelidad. Ahí es nada. ¿Por qué somos infieles? ¿Qué es la infidelidad? ¿Por qué no puedes

follar con una hembra que te atrae? Ya sé lo que vais a decir, pero antes dejad que os cuente lo que yo pienso, luego dadme vuestra opinión - intervino el hombre -. No se trata de andar por ahí agarrando todo lo que te gusta (eso lo hacían los primitivos), voy al caso de la atracción mutua, donde se dan condiciones para que te puedas ir a la cama con alguien. No me refiero a condiciones de estar soltero, separado o sin pareja. Ahí no hay dudas, si hay atracción a disfrutar de la vida, no te jode. Voy al caso que acabas de presentar donde uno de los dos, o los dos están emparejados, y aunque deseen follarse uno al otro, se reprimen porque hay una traba moral, burocrática o no sé como llamarla...

—Lámala social – dijo la profesional.

—Como quieras, social, lo cierto es que si nos acostumbrásemos a que echar un polvo es tan normal como tomarse un café o ir al cine con un amigo, las cosas las veríamos de otra forma.

—Bueno, son normales hasta cierto punto; vivimos en una sociedad (repito) y está montada bajo esas premisas. Si bien es cierto que habría que desmitificar el hecho de mantener unas relaciones sexuales, también lo es que no es lo mismo en todas las circunstancias. La infidelidad (que existe como tal aunque lo no creas), surge porque no estamos satisfechos con nuestra pareja, lo cual no quiere decir que no la queramos o que no nos sintamos unidos a ella, o que tengamos ganas de cambiar de aires. Vamos al terreno sexual propiamente dicho, y ahí se da la infidelidad porque necesitamos más, porque el atractivo sexual es poderoso y tal vez porque estén cambiando algunas cosas y estemos dejando de considerarla como insalvable, aunque bien es cierto que hemos sido infieles a lo largo de toda nuestra Historia Natural, que no es nada nuevo y que depende del concepto que cada cual tenga de la misma. Tú mismo tienes dudas, si la pareja lo tiene claro y está por la labor, pueden darse relaciones extramatrimoniales (por llamarlas de alguna manera) consentidas, en cuyo caso no estaríamos hablando de infidelidad aunque esa misma circunstancia en otra pareja puede serlo simplemente porque falta el consentimiento. Lo que ocurre es que esto en el fondo no suele funcionar (ahí tenemos las comunas), porque además de los afectivos, nos creamos otra serie de ataduras: hijos, vivienda, proyectos de vida, que son los que al final desequilibran la balanza y hacen que nos mantengamos fieles a nuestra pareja.

—Hermanito -intervino la hermana-, eres demasiado brutote en algunos aspectos. No puedes pretender ir manteniendo relaciones sexuales como el que hace churros. Siempre se crean vínculos con la persona, y aunque a todos nos gustan los hombres o las mujeres en general, hay que respetarse y beberse algunas ganas sino es que no habría forma de sacar nada adelante. Yo voy al caso de hemos comentado de romper antes de entablar otra relación: a mi me parece lo más correcto. Así no se engaña a nadie, ni nadie puede sentirse traicionado, que creo que es lo que más

duele en el fondo. Otra cosa es como se lleve la situación, y las secuelas que puede ocasionar una ruptura, pero es que engañar me parece tan deshonesto, tan barriobajero.

—Yo que he sacado el tema, puedo decir que no me siento culpable de nada, tampoco me dejé llevar por ninguna moda del momento, ni tan siquiera fue un flechazo que me hiciera entrar en un estado catatónico, que me llevara inevitablemente a vivir con mi amada o morir. No era ninguna de esas situaciones las que yo sentí. Fue un dejarse llevar por un impulso más primitivo que todas esas cosas, donde me invadió una sensación de bienestar extraña, porque me encontraba a gusto con mi pareja, pero sentirme en ese momento con la posibilidad de estar con otra mujer por el mero hecho de ser yo un hombre, me llenaba de un orgullo que seguramente se me notaría en la cara -dijo el amigo.

—Posiblemente porque en tu juventud nunca se te presentó una ocasión semejante – dijo la hermana.

—O porque no lo supiste aprovechar – dijo el hombre.

—O porque con ninguno de los ligues que tuve llegué nunca a tener relaciones sexuales. Cuatro besos y algún que otro pellizco en sitio impúdico.

—Que es como se empieza, o mejor dicho, se continúa con una adecuada formación sexual, lo que pasa que hay quien cubre las etapas más rápido y quien necesita más tiempo, porque cada cual tiene su propia mecánica -dijo la profesional-. Y a ti como a la mayoría de la gente, te cogió ese momento que nos cuentas en una situación de marido formal, cuando lo suyo tal vez hubiese sido, que antes de ese momento hubieses quemado etapas de relaciones sexuales como las que relatas. O sea, para que sepamos de que va esto, lo normal y lógico es que todos hubiésemos probado sin tapujos, que significan unas relaciones sexuales, pero insisto, vivimos en una sociedad que nos exige unas pautas de comportamiento, eso quiere decir que a determinada edad se nos permite flirtearnos por los bancos de los jardines, a otra se no nos va pidiendo que pasemos por la vicaría, o al menos que formalicemos nuestras relaciones, y a otra que nos separemos y volvamos a formalizar nuestras relaciones, y no se pase usted de listo porque entonces nos empiezan a mirar por encima del hombro.

.../...

Capítulo 26

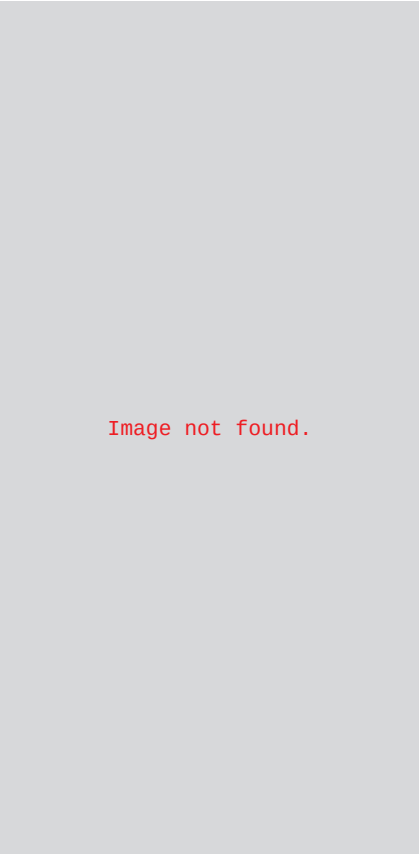


Image not found.

AQUELLA NOCHE

TRES

.../...

— ¿Qué quieres decir, que hay que separarse por narices? -dijo la hermana.

— ¡No! No se trata de eso, digo que en el terreno sexual una vez dentro de la etapa de pareja, si se diese el caso del que estamos hablando, la sociedad nos exige la ruptura y la formalización de una nueva pareja - aclaró la profesional.

— ¡Ya! Pero eso de los cuernos ha existido de toda la vida y nadie se ha metido en la vida del otro para enmendarle la plana -dijo el hombre.

— Si pero no está bien visto y si no de forma directa, de forma indirecta te hacen ver que algo no estás haciendo según las normas establecidas. Hay quien lo sabe y disimula y quien se convierte en un pasota que hasta presume de sus conquistas, al fin y al cabo hasta para esto necesitamos

de los demás -dijo la profesional.

—Ahora te toca a ti contarnos como fueron tus principios. Me come la curiosidad por saber como empezó a formarse alguien que a la larga termina por convertirse en profesional de la cosa -dijo la hermana.

—No te esperes nada extraordinario, no dejo de ser una mujer como la mayoría, sólo que la vida me llevó a ganarme el pan con asuntos relacionados con el sexo y sus distintas variantes. Me podía haber dado por las separaciones matrimoniales o los problemas de la infancia o yo que sé cuantas otras facetas y en cambio, un buen día monté la consulta y ahí estoy ganándome la vida, tratando de ayudar a los demás a que sean felices en sus relaciones sexuales -dijo la profesional.

—Que no es mala cosa -cortó el hombre.

—Pero sigue con lo que ibas a contar -dijo el amigo.

—Si, perdona por mi interrupción -dijo el hombre.

—Bueno, lo que todos queréis escuchar en cierta forma coincide con alguna de las exposiciones anteriores y aunque es una situación menos frecuente, como vais a ver también se da en el mundo de la sexualidad. Yo fui de las que se casaron a temprana edad, porque tenía que cambiar de domicilio para conseguir mi independencia, y consideré que esa era la mejor forma. Me casé tan rápida y de tan mala manera, que al año siguiente ya me había separado, aquello fue un fracaso en el terreno sentimental. En lo puramente sexual, la verdad es que yo no sentía nada, por inexperiencia tanto mía como de mi pareja, y entre que él se corría antes de tiempo y que yo no encontraba la postura adecuada, aquella experiencia pasó sin pena ni gloria. Había tenido las poluciones lógicas de los sueños eróticos, me había masturbado casi sin saber que estaba haciendo y me había estado instruyendo todo lo que pude entre otras cosas porque lo necesitaba para mi trabajo. Al tener otra pareja con la que convivía, no se porqué me dio el punto y pensé que le tenía que echar más morbo a las relaciones, y buscar ese punto de inflexión al que no llegaba. ¿Y que hice? Me eché un ligue al margen de mi pareja y por supuesto sin que él supiese nada. Fue esporádico, pasional y sin amor, pero justo lo que necesitaba para que esas relaciones plenas llegasen.

— ¿Pero no habíamos quedado que las relaciones sexuales plenas van acompañadas de otras cosas? -cortó la hermana.

—Bueno, en este caso yo lo sustituí todo por el morbo que me daba saber que me iba a acostar con un tío que estaba como un tren. La experiencia no pudo ser mejor porque esa noche me enteré de verdad lo que puede sentir una mujer en manos del hombre adecuado. Nos compenetramos, nos comimos literalmente y llegué a perder la cuenta de las veces que me

corrí. Un sueño para toda mujer que se precie -dijo la profesional.

—Parece algo extraño que luego de dos relaciones, nos cuentes como tu primera corrida esa relación ocasional -dijo el amigo.

—Así es, pero las mujeres funcionamos de otra forma, ya te lo dije antes; vosotros más mal que bien os fuisteis a la casa de citas y conseguisteis echar un polvo sin más argumentos que las ganas de echarlo, pero nosotras somos otra cosa. Yo no conseguía sentirme bien porque mis amantes carecían de experiencia y no controlaban la situación, una vez que eyaculaban (todos lo sabéis), era difícil por no decir imposible continuar intentando nada; cuando se dieron las premisas adecuadas, el asunto funcionó y yo me encontré con el descubrimiento del sexo -dijo la profesional. Ahora nos encontramos en una habitación con un sofá de tres plazas y dos butacas adicionales. Por la cristalera de la ventana se ve la pared del bloque de enfrente. Una mesa, una librería y un armario empotrado completan el cuadro. Suena una música de guitarra en una habitación contigua.

—Bien, hasta aquí creo que nos hemos contado los unos a los otros ese difícil trance de la primera vez, del descubrimiento de verdad de lo que son unas relaciones sexuales. Otra cosa es la suerte que cada cual pueda haber tenido, de mantenerlas o no y las distintas vicisitudes por las que haya pasado hasta encontrarse en la situación actual, pero a mí me gustaría que nos abriésemos mentalmente y fuésemos capaces de exponer aquel momento o aquella relación de la que guardamos un mejor recuerdo, porque pensemos que fue nuestro culmen, nuestro clímax, en fin el no va más, ¿de acuerdo? - dijo la hermana.

— ¡De acuerdo hermanita, por mi no hay inconveniente! -dijo el hombre.

—Ni por mi continuó el amigo.

—Adelante, esto se está poniendo cada vez más interesante -dijo la profesional.

—Está bien, como yo he sido la promotora, empezaré por exponer mi punto de vista al respecto: sin duda cada cual tiene su propia vida y es difícil que se den dos situaciones iguales, porque lo que para cualquiera de vosotros puede resultar el no va más en las relaciones sexuales, a lo mejor para mi no lo es, pero vamos tampoco nos vamos a poner ahora a definir que se entiende por clímax o situación insuperable, me voy a centrar en contaros lo que para mí fue lo mejor, porque es lo que recuerdo una vez pasado el tiempo que como siempre es el que pone las cosas en su sitio. Conocí, ya en plena madurez y luego de haber pasado por unas cuantas relaciones a una persona que estaba a punto de separarse, como me atraía físicamente obvié cualquier otro tipo de vinculaciones y me dediqué a él con ilusión. Mi cabeza nunca ha dado para

relaciones duraderas por lo que tampoco me compliqué demasiado. Me centré en sus ganas de tener una mujer entre sus manos y las mías para poseerlo. La experiencia acumulada por las dos partes fue suficiente para alcanzar momentos de gloria que nunca antes había sentido, y lo que es más importante, nunca más sentí hasta ahora, por lo tanto puedo decir sin temor a equivocarme que fue el momento más dulce de mi vida sexual – dijo la hermana.

— ¿Pero seguro que no habría algo más que las ganas de mantener unas relaciones sexuales? -dijo la profesional.

—Sí, claro que había algo más, la necesidad de tener a otra persona a tu lado, un compañero con el que compartir tu vida. Como digo he sido muy cabeza loca y nunca fui capaz de formar una familia, pongo por caso.

—Ahí puede estar tal vez ese recuerdo inolvidable que mantienes de esa relación -dijo la profesional.

—Yo en cambio -cortó el hombre-, acabo de tener como quien dice mi momento dulce. Hace dos días que he estado en la cama con una rubia multiorgásmica, ¡una maravilla!

—Ya será menos -dijo el amigo.

—No te exagero, eh, de un cuerpo digno de elogio para las edades que barajamos, esta mujer se mueve en la cama buscando siempre la mejor postura y es capaz de correrse una y otra vez sin decaer en su ímpetu -decía el hombre.

— ¿Y cómo consigues tú no eyacular? -preguntó el amigo.

—Con la mente -dijo la hermana.

— ¡Exacto hermanita! Con la mente, tú lo has dicho. A pesar de que no ceso en mi actividad para mantenerla tiesa, procuro distraer la mente y dejar que ella disfrute, se mueva, se toque sin cesar el clítoris y ruja como una fiera. De verdad que es todo un espectáculo verla actuar. Os puedo asegurar que de esta forma consigo encontrarme en mis momentos más esplendorosos. Me enorgullezco de hacerla disfrutar, hay veces que no necesito llegar a eyacular para sentirme satisfecho y ya sabemos que el hombre tiene en ese punto su momento más delicioso, pero luego de no sé cuanto tiempo, manteniendo un metesaca continuo, dándole por delante, por detrás, de lado, boca arriba, boca abajo y que sé yo de cuantas otras formas, a uno se le van pasando las ganas de correrse a gusto continuó el hombre.

—Porque estás manteniendo una eyaculación por tiempos -dijo la

profesional.

—Yo no sé si es por tiempos o como será, lo que si sé es que cuando acabamos, nos sentimos como si hubiésemos subido al pico más alto del Universo.

—En fin, a mi me parece un poco exagerado, lo digo como hombre, tal vez has tenido suerte y has dado con una persona que se compenetra adecuadamente contigo, porque eso es lo que yo creo que se trata al fin y al cabo. La pareja tiene que compenetrarse y encontrarse mutuamente los puntos adecuados para pasarlo bien -dijo el amigo.

—Así es, ya lo hemos comentado anteriormente -apuntó la profesional.

—Ahora voy a contar yo... ¿Puedo verdad? -interrogó el amigo.

—Sí, si ¿cómo no? -dijo la profesional.

—Bien, yo no soy tan eufórico como tu hermano, pero si que guardo un buen recuerdo de una relación que me llegó (tal vez por eso guardo un buen recuerdo), en un momento que estaba muy necesitado. Hacía tiempo que no echaba un polvo como Díos manda, y aquella mujer en cierta forma me atraía. Nos conocíamos de hace tiempo, salíamos en el mismo grupo y aunque ninguno de los dos éramos dos niños, en esta ocasión nos comportamos como tales y quizás por eso la cosa salió tan bien desde mi punto de vista (desde el suyo tengo algunas dudas). Era en una fiesta fin de año, todo el mundo bailando, dando saltos, en un momento en que cambia el disco y que cada cual se empareja para bailar una pieza de las de antes, de baile agarrao, nos quedamos los dos sentados, en una escalón del local donde celebrábamos la entrada de año. Nos miramos, nos hicimos un gesto y a los veinte minutos estábamos los dos en mi apartamento comiéndonos la boca -dijo el amigo.

.../...

Capítulo 27

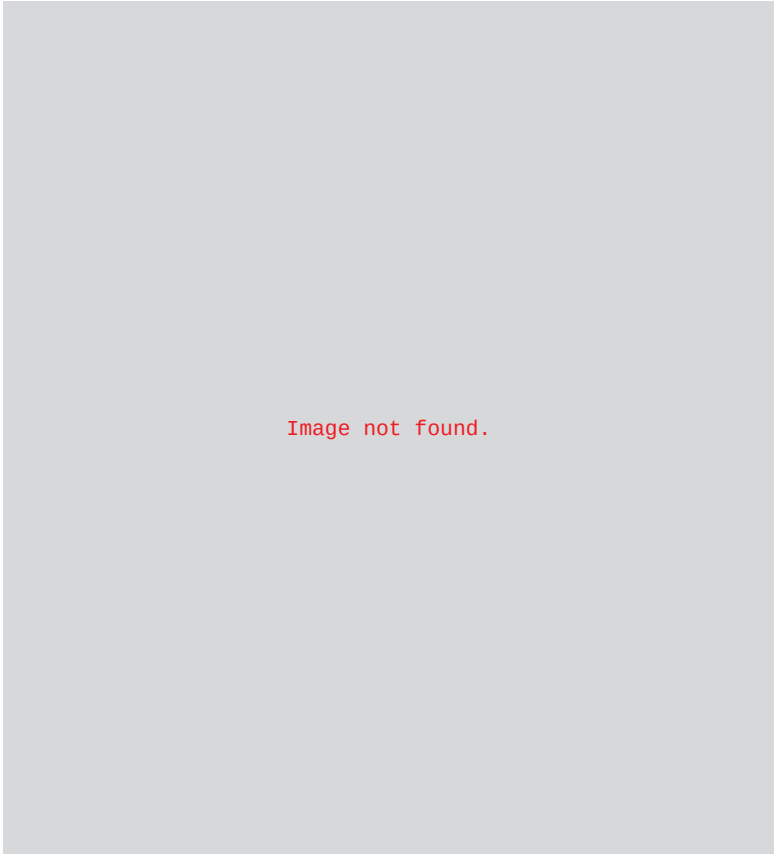


Image not found.

Aquella noche

y 4

— ¿Y algo más? -cortó el hombre.

— ¡Déjalo que siga! -riñó la hermana.

— ¡Si claro! Y algo más. Mucho más, nunca creí que se pudiese pasar tan bien con una mujer. Y es curioso que dos personas que se conocían desde hace tiempo, que nos hemos visto en tantas situaciones distintas, y que nunca nos habíamos cruzado dos palabras íntimas, nos encontrásemos en poco tiempo follando como si nos conociésemos de toda la vida -continuó el amigo.

— ¡Claro! Si eso es lo que yo digo. ¿Para qué tanta historia? Tiene que ser algo más directo, menos embrollado -dijo el hombre.

— ¡Que no hermanito! Que yo no me voy a la cama con cualquiera, ni aún en este caso se trata de un aquí te pillo aquí te mato. Ellos dos se conocían de hace tiempo, había algo en sus mentes que no se había llevado a efecto porque no se daban las circunstancias. Aquel momento de fin de año, con las copas y la fiesta fue el detonante ¿O no? -dijo la hermana.

—Pienso que sí, en este caso tienes razón. No es por llevar la contraria a tu hermano, aunque yo también sea un hombre. No era la primera vez que yo había pensado meterle mano a esa mujer y es posible que ella también lo hubiese pensado, lo que pasa es que hay que guardar las formas y a veces nos tomamos las ganas con el café (como dice la Torroja). Lo cierto es que aquella madrugada me encontré con el descubrimiento del clímax o como queramos llamarle -dijo el amigo-. Recordar la imagen de esa criatura a cuatro patas y yo de rodillas, detrás de ella, dejándome allí hasta la última gota de sudor mientras le sujetaba con mis manos esas fantásticas nalgas, es que se me pone la carne de gallina.

—Ya veo por donde van las cosas. Yo os tengo que contar ahora, y espero que todos me entendáis, cual fue mi momento culminante hasta ahora, porque siempre hay que mantener la puerta abierta a situaciones mejores, nunca se puede decir que no hay nada mejor. Se sabe mucho sobre el sexo, se ha estudiado desde tiempos inmemorables y cada cual se pone los límites que quiere o puede, pero yo nunca descarto la posibilidad de encontrarme en circunstancias nunca antes vividas. A lo que iba: hubo un momento en que un grupo de amigos decidimos indagar algo más sobre las relaciones sexuales y pusimos en práctica una experiencia que habría de servirnos para nuestro devenir profesional. Jugamos, por así decirlo, a hacer de putas y putones y tratar de meternos en la piel de quienes se ganan la vida de aquella forma -dijo la profesional.

—Experiencia peligrosa -cortó la hermana.

—Bastante peligrosa, diría yo, pero lo teníamos muy claro, tanto es así que no contentos con esa primera prueba que practicamos entre nosotros, decidimos infiltrarnos en el mundo real de la prostitución...

— ¡Ge! -exclamó el amigo.

—Aquello fue sopesado seriamente, sabiendo cada cual lo que nos iba en el empeño y por supuesto no existe ninguna grabación ni nada por el estilo que nos pudiese comprometer. Queríamos vivirlo, aunque fuera dentro de un ámbito de estudio. Si os lo cuento yo ahora, es porque mi vida la tengo más que resuelta, mis prejuicios sociales y sexuales más que superados y además los demás están en el anonimato, y jamás se me ocurriría dar la mínima pista al respecto.

—Lo entendemos -dijo el hombre.

—Tampoco es que estuviésemos demasiado tiempo con el experimento, tan sólo el que cada cual consideró oportuno para no salir dañado ni correr el más mínimo riesgo. Nos autoevaluábamos para evitar caer en la trampa y pasado ese periodo, todos salimos y reiniciamos nuestra vida de forma normal. Como es lógico hablo por mí y os cuento todo esto para que podáis entender el marco y el momento en el cual yo me encontré más que a gusto. Como veréis no soy una mujer fácil a la hora de conseguir unas relaciones sexuales adecuadas. Si antes os hablé del morbo de los cuernos, ahora la historia es mucho más compleja y fijaros que yo no monté todo aquello para satisfacer mis instintos, se trataba de un experimento profesional, pero fue ahí, bajo ese prisma como me hallé con lo que nunca hubiese imaginado: con un polvo que nunca conseguí

superar. Tal vez fuese porque pretendía saber tanto que me volqué; quise ponerme en situaciones de fría, indiferente, caliente, rompedora, iyo que sé! Lo cierto es que un buen día me llevé la sorpresa de mi vida y apareció por la habitación en la que me trabajaba el oficio, una persona con la que había estado saliendo y con la que nunca había conseguido tener un orgasmo. Pero tanto él como yo habíamos evolucionado tanto que aquello resultó grandioso. Como ya nos conocíamos quedaba al margen otras connotaciones y nos comportamos como si llevásemos viéndonos toda la vida. Me llamaron la atención los dos lunares de su pene a los que nunca había dedicado tanto tiempo y me resultó gracioso el comentario que hizo nada más comenzar a sobarme bajo la falda: Creo que es la primera vez que me recibes sin bragas. Sus manos querían abarcarlo todo y el contacto de sus labios despertó en mí una pasión inusitada. Con que ganas le mordí la boca y con que ansias recibía las acometidas que me lanzaba; perdí la noción del tiempo y hasta que no llamaron a la puerta, no regresé se ese submundo de placer en el que me había sumergido.

—No está mal -dijo el hombre.

—Está superior -dijo la hermana.

—Creo que mejor será que vayamos pensando en otra cosa, porque a mi se me están acabando las pilas y de un momento a otro puedo empezar a decir tonterías -dijo el amigo.

—Si, podemos dar por finalizado este encuentro, esperando que a todos nos haya servido de algo exprimírnos un poco -contestó la profesional. Por la ventana se veían las primeras luces del alba, llovía. Los dos hermanos y la profesional se despedían del amigo que había tenido la amabilidad de ejercer de anfitrión. Ahora apretaba con ganas el agua pero ya se encontraban los tres tan decididos a marcharse que no les importaba llegar empapados a sus casas.

J.R. Infante

Capítulo 28

OPERACIÓN JAZMÍN

UNO

Una tarde tormentosa del mes de Mayo me encuentro mirando por la ventana de mi habitación las distintas formaciones de nubes, tratando de darle una explicación lógica al tremendo calor de Sevilla, cuando observo un movimiento desacostumbrado en la calle, de coches de policía que distraen mi mente. Cualquier tarde de este maldito mes que llevamos sufrido es más que distraído si permaneces un rato mirando por la ventana, pero lo de hoy no es normal, aquí se ve mucho movimiento de gente con uniforme y walkitalkis con ronquera. Comienzo a olvidarme de mis experimentos caseros para solucionar los rigores del mes, y me fijo en el movimiento de gente para ver que se guisa en la calle que tengo tan próxima; me dan ganas de ponerme un pantalón y salir a dar una vuelta, porque la curiosidad me corroe, pero me reprimo porque tengo ciertas dudas sobre si seré bien recibido. ¿Pero qué digo? Pues no que parece que ando por el mundo indocumentado. ¿Qué me iba a pasar a mí? Este es un país libre y como ciudadano puedo pasear por la calle, salir y entrar de mi bloque, encender y apagar la luz de la escalera, bajar la basura o irme a tomar una copa en el bar. ¿Quién me va a impedir a mí eso? Puede tratarse de una operación de esas que llaman de limpieza, que tanto salen en los periódicos y que luego la bautizan como operación tal y operación cual, pero a mí eso que me importa. Distinto es si pensamos en mi vecino de al lado, él sabrá los líos en los que ande metido, que yo lo veo entrar y salir con maletas; eso sí de tarde en tarde, puede que sea viajante la criatura ¿porqué no? A mi no me da lata ninguna, y en el poco tiempo que llevo por aquí, lo único que hace de vez en cuando es un ruido en la pared del comedor, como si estuviese atornillando o desatornillando algo, a la altura de la toma de la televisión, que cualquier día me da la impresión que va a aparecer la punta de la herramienta por mi pared. ¿A lo mejor desconfía de los bancos, y resulta que tiene allí guardado sus ahorrillos? Vaya usted a saber, hoy día hay gente tan rara por ahí, aunque yo nunca he llegado a verles la cara, tan sólo puedo hablar de las maletas, que esas si que las he visto, y la verdad no me parecen nada sospechosas. Al margen de esta familia, cuyos movimientos desconozco, no observo en el bloque ningún otro asunto que pudiera ser como para estar preocupados, y como además yo sé que tampoco estoy metido en ningún lío, no tengo porque sentir desasosiego por el montaje de la calle, por muchas luces azules que se reflejen en los escaparates, no me parece más que un circo el espectáculo reinante. Además todo parece indicar que gira en torno al tráfico, porque fijándome bien, a quienes están parando es a los vehículos que circulan por la calzada, lo mismo da que se trate de una moto como

de un camión de transporte. ¿Qué buscarán? Cada vez me reprimo menos las ganas de bajar al ruedo para ver el espectáculo de cerca, como me corroe la curiosidad.

Mira la policía aquella de la coleta, con el walki en una mano y con la otra diciendo pa cá y pa llá, parece una jefecilla: ya me lo decía mi parienta "el día que subamos las mujeres al poder, os vais a enterar los machos". Ya nos estamos enterando: yo aquí comiéndome la moral con la incertidumbre de esta operación jazmín, o como quiera que se llame, y ella en el cortinglés empapándose de las últimas novedades, total para ponerme los mismos pantalones cada vez que rebusco en el armario. Yo estoy seguro que aquí pasa algo, porque a esos dos de la furgoneta los tienen pregunta que te pregunta, desde hace media hora y la de la coleta no deja de gesticular con los brazos. Hay policías con toda clase de uniformes. ¿Irán a pasar el rey por aquí en una visita a los barrios? ¿Quién sabe? Como esas cosas son siempre de sorpresa. Pero a mí me da que aquí pasa algo gordo, de terrorismo, drogas o trata de negras, porque esta movida no se ve muy a menudo, o a lo mejor nos hemos venido a vivir al barrio donde hacen las prácticas los polis de academia.

Tengo que terminar el trabajo que tengo en el ordenador, pero es que cuesta lo suyo separarse de la ventana: ahí están todavía los de la furgoneta, y un poco más adelante tienen parados a dos motoristas, que me da la impresión que van a tener que dejar las motos en prenda.

Menudo lío; claro, la gente llega a la rotonda y cuando pretenden tomar la avenida, ahí se encuentran con el filtro, que no deja pasar ni una y a doscientos o trescientos metros, que yo con estas cosas me lío mucho, otro control para detener a los que vienen en sentido contrario. El que lleve prisa que se vaya olvidando de llegar temprano a donde quiera que fuere, porque aquí entre unas cosas y otras se le va un tiempesito.

Además, ahora que me fijo, allá más lejos en la avenida tienen colocado otro vehículo policial, que impide al que llega hacer ninguna maniobra de retroceso y los que se incorporan por las calles adyacentes caen todos.

Pues si que se lo tienen bien montado, estoy por llamar a la parienta para que no se asuste al llegar, porque esto va para largo, desde luego el que estuviese aburrido en su casa y no tuviera otra cosa que hacer – que no es mi caso –, se lo están pasando bomba con el espectáculo ique entretenido! Aunque me imagino que en más de un piso estarán temblando, por si llaman al timbre, como no se sabe qué buscan y por aquí hay tanta gente sin papeles, supongo que estarán rezando para que acabe pronto la movida. Ellos si que lo tienen difícil, porque salir a la calle para escapar puede complicar las cosas, y esperar a que pase la tormenta puede resultar un infierno. Los líos de los papeles, pero ¿qué van a hacer las criaturas si no tienen otra forma de ganarse la vida? ¿A quién le va a gustar marcharse tan lejos? Nosotros tuvimos que emigrar en su día, pero la mayoría nos fuimos cerquita: el Norte, Francia, Alemania y además con los papeles en regla. Ahora cogen a cualquiera ahí en la calle, o en un piso, sin documentar y ya tenemos el follón. Detener, detener, parece que no detienen a nadie, es cosa más de papeles que estén en regla, porque la grúa sí que está trabajando y ha cargado ya con un coche y unas

cuantas motos, yo no sé como puede andar la gente tan tranquila por ahí de esa forma, pero si se vive más tranquilo teniendo los papeles arreglados, pero claro, también hay quien dice que, hasta donde vamos a llegar con tantos requisitos, que se lleva uno toda la vida fichando. Ya me estoy poniendo nervioso con tanto movimiento policial, yo voy a colocarme algo por encima y estoy en la calle empapándome de lo que pasa, que me voy a tener que comer las uñas, yo que nunca me los como. Eso sí, aquí al menos, en este bloque no se está escuchando nada raro, debe ser por otro sitio o a lo mejor es cosa sólo relacionada con el tráfico.

.../...

Capítulo 29

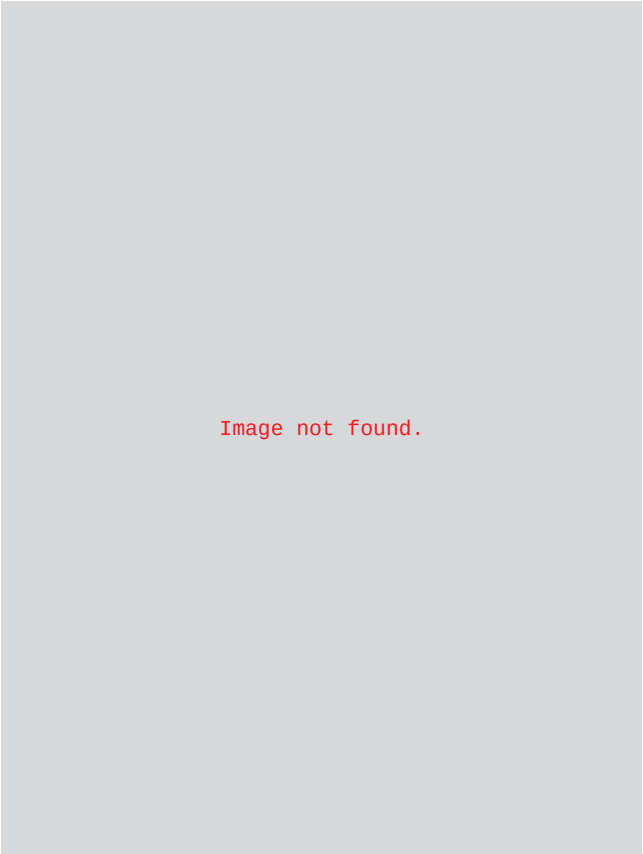


Image not found.

OPERACIÓN JAZMÍN

DOS

.../...

Mi otro vecino el del A, el señor que está más pendiente de todas las cosas del bloque, me dice que a lo mejor es buen momento para decirles a los policías lo que no encontramos el otro día con esas marcas en la pared, que según dicen la hacen los rumanos para indicarse unos a otros las casas que pueden ser interesantes de ser limpiadas. A mi me parece una exageración, yo desde luego no seré quien salga ahí fuera a plantear nada, como si esto fuese una cuestación para recabar sospechas de robo, intuición de malos tratos, o peligro de escape de gas; esto es algo más serio, sí ya se ve que no dejan de pasearse de un lado a otro. En fin, que no lo pienso más y allá que me voy, ¿Pero? Si mi intención era bajar a la calle ¿qué hago subiendo la escalera? ¡Ay Díos mío que esto comienza a oler mal! Lo cierto es que me ha entrado el gusanillo morboso de ver desde la azotea todo el espectáculo, porque desde allí la vista es más panorámica que en mi ventana. Como siempre me leeré el cartel que puso el verano pasado mi vecino el del A, el señor que se ocupa de todo. Mira que ponerse a hacer barbacoas en la azotea, si es que estos inmigrantes,

a veces tienen cosas de indígenas. Me da la impresión de que no voy a estar solo contemplando el numerito de las luces azuladas, aquí hay más gente, porque la puerta está abierta y normalmente siempre está cerrada y en efecto allí está el vecino del 2ºB, que siempre me da los buenos días, aunque sea de noche, yo le sigo la corriente, total a mí que más me da si yo sé el día que vivo, la criatura tendrá algún tipo de trastorno y se ha quedado en el bueno días, debe ser cosa de la jubilación, creo yo, es que ahora con esto de jubilarse a tan temprana edad, da tiempo hasta de que se te vaya la cabeza cuando menos te lo esperas, porque el hombre no parece tan mayor. ¡Oye!, pero si se está yendo a la azotea del bloque 14: ¡Oiga, buenos días!

— ¿Hola vecino? Venga conmigo que voy a hacer una visita.

Me asomo con disimulo al filo de la calle y veo el montaje tal y como me imaginaba desde una perspectiva aérea. No me da tiempo a los detalles, porque mi vecino está empeñado en que le acompañe en sus andanzas gatunas. Cambiamos de bloque y comenzamos a bajar la escalera hasta la tercera planta, donde nos espera en la puerta del 3C, una señora bastante entrada en carnes, que con una sonrisa voluptuosa nos invita a que entremos en su casa. Más cortado que una poda otoñal, sigo a mi vecino y a la tal señora hasta el balcón terraza. ¿Por qué no tendré yo terraza en mi piso, si yo también soy un C? Tendré que preguntárselo a la parienta cuando vuelva del cortinglés. ¿A ver que nos quiere enseñar la dama, pero si desde allí arriba era donde se veía todo con más claridad? Debe ser cosa de los kilos, mi vecino está canijo, pero la señora del bloque 14 está que no entra en báscula ¡que brazos! Mejor será que deje de ser criticón y me asome al exterior porque del salón y la cocina no quiero ni fijarme en detalles, ¡cuanta horteridad! Que me pelen el bigote si no es cierto lo que estoy viendo: ¿Dónde están los policías? ¿Y la grúa? ¿Y la movida que hace un segundo acabo de ver desde la azotea? Me voy corriendo antes que me vuelva loco, por mi madre de mi alma, que no es posible que haya desaparecido todo en tan poco tiempo. ¡Y no ha desaparecido! Allí está el de la furgoneta y la jefa de la coleta y el de la moto y éste es el bloque 13, porque acabo de cambiar de azotea y estoy mirando en la misma dirección que desde el balcón de la gorda, porque el contenedor de papeles medio quemado lo he visto también desde allí y la Mercería Toñi y juraría que hasta ese señor del bañador floreado. Ya estoy otra vez con mi vecino y sus amigos porque esto lo tengo yo que aclarar antes que llegue mi parienta. ¿Pero porqué se comunicarán por la azotea si al fin y al cabo hay que subir y bajar los mismos escalones? Míralos, ahí siguen charlando, espero que no me hagan muchas preguntas, diré que me olvidé arriba cualquier cosa.

—Venga vecino, que se va a perder lo mejor.

Y lo mejor, según el criterio de mi vecino, es contemplar como unos mozalbetes colocan una papelera boca abajo en lo alto del contenedor semiquemado, y la hacen ascender como un cohete a base de prender petardos en su interior. Casi no doy crédito a mis ojos, ni un solo policía, ni una solo luz azulada, ni nada que se parezca a lo que veía desde mi piso o lo que acabo de ver desde la azotea del bloque 13, que está pegada

a la azotea del bloque 14. Es la misma calle, no me cabe duda, no llevo mucho tiempo en la zona pero soy bastante espabilado para darme cuenta que no estoy soñando, que veo lo que veo, que el escenario es el mismo pero los personajes son distintos, o al menos la trama lo es. Seguro que si miro desde esta azotea veré el numerito de fuegos artificiales y si me voy a la mía, allí estarán los policías. Y no quiero ni plantearme que panorámica ofrecerá el bloque 12, al que también se puede acceder fácilmente desde el 13. ¿Tendrá entrada libre mi vecino? ¡Ya puestos más vale estar al tanto de todo lo que ocurra! Será mejor que les siga la corriente y no diga nada, porque me da la impresión que tendré que ser yo mismo quien descubra el misterio de lo que aquí esté pasando. La misma calle, los mismos árboles, los mismos escaparates...tendré que saltar al bloque 12 a buscar la solución a este misterio. A ver si mi vecino se decide a dar por terminada la visita. No les quiero entrar al trapo de la conversación que se traen entre manos, a ver si se aburren y nos vamos. Podría irme, pero si bajo a la calle puedo perderme la oportunidad de indagar en este misterio y andar haciendo el gato en solitario, no me parece oportuno si me descubren, así que aguantaré. Ya parece que la gorda tiene ganas de despedida, espero que mi vecino vuelva por el mismo camino y no se le ocurra otro cambio, porque entonces si que me las tendré que apañar en solitario. Esta mujer le está haciendo gestos a alguien de ahí abajo, un tipo rubio de coleta y brazos de legionario, ¡ah ya!, debe ser su marido o algo por el estilo, ya los he visto otras veces juntos ¡que despistado soy! Claro si está a la espera de recoger al niño, que era uno de los que tiraban petarditos. Mi vecino me mira, así que eso quiere decir algo y espero que ese algo sea que nos vamos, porque como se enrolle ahora con el rubiales, yo me abro, que estoy ya que no vivo. Me vuelve a mirar y dice:

— ¿Nos vamos?

—Lo que usted diga, vecino.

Por fin estamos de nuevo en la azotea del bloque 13, miro como sin querer la calle y allí sigue todo el despliegue policial, y por supuesto ni rastro de la pandilla de los petardos. Mejor será que no me pare a pensar, o terminaré haciendo el pino en el filo de la cornisa. Veamos las intenciones de mi vecino, si vuelve escaleras abajo o se le ocurre alguna que otra feliz idea. Parece buena gente, pero no le quiero comentar nada de lo que estoy viendo, porque lo del saludo no me da buena espina, y hasta que yo no tenga más claro que pasa aquí, mejor será que me calle y siga observando. Me está contando una historia bastante triste con relación a la señora que acabamos de visitar, a sus kilos y a esa criatura que tiene por hijo, que no sabe ya que hacer con él, pero yo apenas salgo de si seguirle o no seguirle la corriente, porque la mente no la tengo más que en lo que tengo, ahora me gustaría dar el salto a la azotea del bloque 12, a ver si aclaro este embrollo. Él sigue charla que te charla, me pregunta la hora, se la digo y por fin dice lo que estaba deseando escuchar:

—Venga usted conmigo que vamos a visitar a un amigo.

Y de la misma forma que saltamos al bloque 14, ahora lo hacemos al 12,

pero en esta ocasión nos encontramos con que la puerta de acceso a las plantas está cerrada, momento que yo aprovecho para de forma disimulada asomarme al filo de la pared exterior, pero la voz de mi vecino me sorprende una vez más invitándome a seguirle sin que pueda comprobar en que escenario me encontraba, o si este bloque tiene otra vista distinta a los dos anteriores, a pesar de que están correlativos los tres y me asomo siempre a la misma calle. Por ahora sigo con la intriga, porque las artimañas de mi vecino son infinitas y ha conseguido abrir la puerta merced a un artilugio que llevaba en el bolsillo, una especie de alambre curvo, terminado en círculo que ha introducido por una pequeña ranura y con un movimiento de muñeca ha enganchado el pestillo y la puerta se ha abierto. ¡Madre mía de mi alma! No sé por donde empezaré cuando tenga que contarle todo esto a la parienta. En fin, de nuevo escaleras abajo, a ver ahora a donde me lleva este individuo al que apenas conozco, con el que tan sólo he cruzado unos cuantos saludos y algunas frases sueltas relativas al estado del tiempo, con lo tranquilo que estaba yo en mi casa escribiendo en el ordenador, y escuchando al pacoibañez en la radio, pero claro hacía tanto calor, la ventana estaba abierta para que entrase algo de aire y no tuve más remedio que enterarme del murmullo de la calle y asomarme a ver que pasaba.

.../...

Capítulo 30

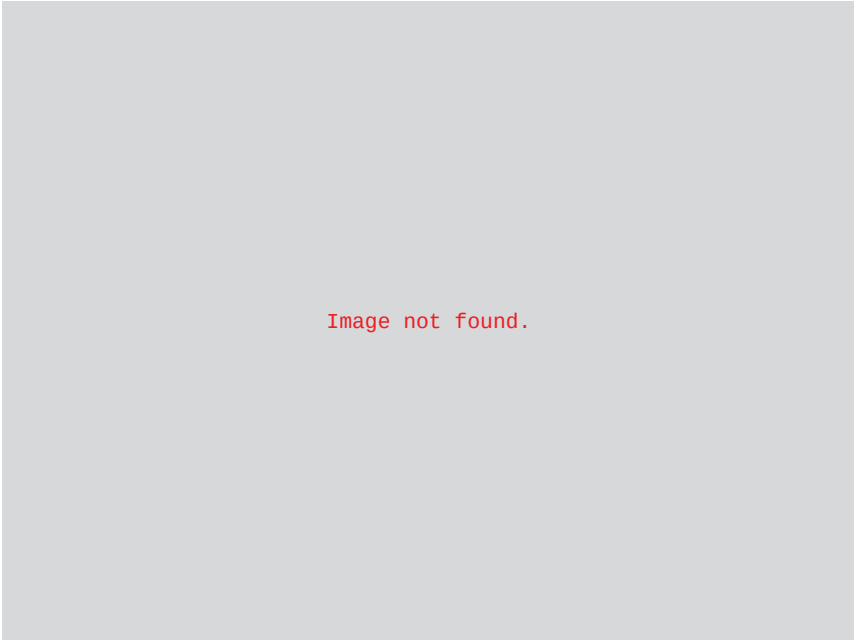


Image not found.

OPERACIÓN JAZMÍN

y TRES

Ya estamos otra vez parados delante de una puerta, la del 2ºB. ¡Arrea!, pero si es la frutera ¡y yo con estos pelos! Menudo cuerpo tiene esta criatura, igualito que la del 14. ¡Y que piel tan suave! Ahora si que ha acertado el vecino con la visita, aquí si que no me importa a mi quedarme el tiempo que haga falta. Ha debido decirme que clase de parentesco tiene con ella, pero ni me he enterado. ¡Que cuerpo! ¡Que garbo! Nos invita a sentarnos y puede que sea capaz hasta de ponernos una cervecita. No hay nada como convivir con vecinos competentes. ¿En la terraza? ¡Ahí está el tío! Mi vecino vuelve a mirarme fijamente, eso es señal inequívoca de que quiere contarme algo y a mi que se me van los ojos por las transparencias de la frutera, no se si podré contestarle algo en condiciones. De todas formas tampoco puedo olvidar el objetivo número uno de mi presencia aquí, por mucho que me pueda la carne, en cuanto traiga las aceitunas estoy volviéndome de espaldas y prestando atención a la calle, que para eso he venido. Éste me está contando algo pero como la otra también anda metiendo baza, aprovecharé el momento y... ¡lo que me temía! Ni lo uno, ni lo otro: el escenario ha vuelto a cambiar y ni están los policías, ni están los de la panda del petardo. En este momento lo más llamativo es una malabarista con gorra de payaso que aprovecha cuando el semáforo está en rojo para lanzar sus bolas ardientes al aire y volverlas a recoger sin que toquen el suelo. Ahora si que estoy en un lío, porque ni rastro de la movida policial, ni nada de nada y se ve que aquí cada bloque va a su bola y esto parece una pantalla de televisión en la que uno

podría meterse. Ya sólo me faltaría que además desde cada piso la escena fuese distinta, vamos eso ya no lo supera ni la CNN en versión española. La anfitriona se dirige a mí y me comenta que esa criaturita de las llamadas lleva toda la tarde con el entretenimiento. Por si me quedaba alguna duda. ¿Y ahora con que me quedo? Porque ya puestos a escoger y antes que vea delante de mí a los loqueros, más vale que me decida por uno de los tres escenarios, por ser algo coherente más que nada. A lo mejor acierto y doy con la respuesta correcta y no llegan a encerrarme. Y mi parienta en el cortinglés. ¿Qué hago, saco la conversación o me la llevo a la tumba? Ya no me entusiasma ni los movimientos de la frutera, tengo un sudor frío que me está comiendo la moral. Mi vecino parece que me va a decir algo, pero mis condiciones físicas se deterioran por momentos, mejor será que me levante y diga lo que sea, aunque me parece que lo que voy a decir es que me encuentro mal y necesito volver a mi casa lo antes posible. Le doy un beso a la frutera, le estrecho la mano al vecino y ya estoy cogiendo escaleras abajo, tal y como quería desde un primer momento.

Aquí en esta parte de calle, justo a la espalda de ese escenario que aún no acabo de encuadrar se respira tranquilidad, me voy a asomar a la esquina a ver si me entero de algo y ya estoy en el tercero, que esto me temo es cuestión de acostarse y volverse a levantar de nuevo y esperar que la cosa cambie. ¡Arrea!, ahí está la de la coleta paseando con otro guardia uniformado ¿qué hará por aquí? Nada, que sigue la broma y a mí me van a volver locos entre unos y otros. Media vuelta y a subir a casa, que entre otras cosas he dejado enchufado el ordenador con el trabajo que me tenía ocupado. Mi mujer aún no ha llegado porque la puerta sigue con las dos vueltas de llave que yo le di cuando subí a la azotea. Y a todo esto, vaya tela el pedazo de calor que está haciendo, que se nos van a fundir los plomos en una de estas. Veamos, ¿por dónde me quedé? ¿Qué le pasa ahora al ratón que no aparece el puntero? No sé cuando terminarán de poner en el mercado el reconocimiento de voz, uno llega, le dice lo que quiere a la pantallita y a funcionar. Nada, que esto no va ni para atrás ni para adelante. ¿Ostia, pero si esa...? Por la madre que me trajo al mundo, si no acabo de ver en la pantalla de este trasto a la gorda del bloque 14. ¿En qué botón habré tocado? Esto tiene que ser con el Control y el Alt, que es como se ven a aquí todas las cosas. Vamos a ello: dedo meñique para el Control, el corazón para el Alt, con el índice ¿qué hago con el índice? No sé, voy a probar dándole al tabulador. Y con la mano derecha lo intentaré con los efe, que a mí siempre me ha picado mucho la curiosidad por saber para que sirven tantas efes ila leche! Si parece que estoy en una clase autodidacta de piano, pero la cosa es que lo hago como si me estuviesen guiando.

¡Ahí! Ahí está de nuevo la gorda y su marido y el pelirrojo que tienen por hijo, están hablando, será cuestión de conectar los bafles. Se van, se dirigen a la puerta y se van los tres y yo sin enterarme de nada. Sigo, F2, ¡anda! Ahora tenemos en pantalla a mi vecino el de los buenos días charlando con la de la coleta y el uniformado, justo en el sitio donde ya me los encontré antes. ¿Por qué no se escucha esto? Me voy a la cocina a

preparar algo de comer o beber, porque no hay manera de encontrar la clave de todo este lío que anda a mi alrededor, con la caló que está haciendo. ¿Me llaman? ¿He escuchado yo mi nombre salir de algún sitio? Lo que me faltaba, alucinaciones. ¿A que hora cerrarán el cortinglés? Mi vecino está en primer plano en la pantalla y me mira fijamente, algo me va a decir. Que baje con él a tomarme una copa, que está ahí con unos amigos. ¿Qué hago? ¿Contesto o me hago el sueco? Ahora parece que ya funciona el ratón. ¿Y estas ventanas? Yo no había visto esto antes en una pantalla. ¿A que va a ser de la web que estaba visitando? Lo dicho, aquí aparecen los tres escenarios que he pisado hace unos minutos. Como tengo al vecino minimizado, voy a pinchar ahora en la ventanita de la frutera, que a lo mejor también puedo hablar con ella. ¡Digo, ahí está! Y está mirando por su terraza a la calle y se ve ni más ni menos que lo que ella decía: la de las bolas de fuego. ¿Y si yo miro ahora por mi ventana, que veré? Lo que me imaginaba: lo mismo que la frutera. Pincho en la ventanita de la señora madre del pelirrojo y... ¡voilà!...están cenando los tres tan ricamente. Miro por mi ventana – la auténtica – y ¿qué veo?, los de los petardos haciendo volar la papelera, eso sí, para que no falte ningún detalle, el pelirrojo no aparece ahora en escena ¡claro! ¡Como está comiendo! ¡No!, si aquí está todo muy bien pensado. Yo me acuesto del tirón, me encierro en la habitación y ahí que se pudran todos; en la editorial que esperen unos días, porque con este ambiente no hay forma de concentrarse en el libro de relatos que me encargaron.

Capítulo 31



WWW.BICIBH.COM (1)

Hace seis días que recibí una nota preguntándome por la compra de una bicicleta en buen estado, que puse en aquellas páginas de anuncios gratuitos. Ni me acordaba de la bicicleta, ni del anuncio; pensé que ya me habrían dado de baja, al fin y al cabo tampoco me he molestado mucho en comprobar si había publicado algo, y como ya había pasado un tiempo, me sorprendió la nota llegada a través de interné. En principio no le di mayor importancia, y contesté con la misma frialdad que lo venía haciendo últimamente; entre unas cosas y otras he llegado a coleccionar una docena de bicis, pero que luego para darle salida me las veo y me las deseo. Claro que una BH, color negro, de un solo piñón y con esos frenos de varilla, no se consigue fácilmente. Lo que pasa que luego la gente quiere que se le dé las cosas regaladas, menos mal que uno no vive de esto, sino iba a pasar más hambre que el caracol de la vela, como decía aquel humorista. Te escriben o te llaman, parecen interesados y al final te quedas con el artículo colgado, así que hace ya tiempo decidí olvidarme de los anuncios, de adquirir sólo las gangas y de no bajar el precio de venta aunque al final me quede sin ganancias. Tampoco soy yo persona muy dada a esto de los negocios. Las circunstancias me llevaron a la situación actual, aunque lo que yo pretendía era una idea más romántica, quería reunir a una serie de aficionados que tuviésemos oportunidad de lucir estas espléndidas máquinas, cada cual sería responsable de la suya, la cuidaría y procuraría tenerla a punto para cuando hiciéramos las marchas.

Pero la gente se fue rajando y al cabo del tiempo, me veo yo solo, que me quedo con la mitad de la mercancía y esto me llevó a la idea del cambalache, pero con un resultado tan nefasto que apenas le doy importancia al asunto. Lo que pasa es que en el fondo se mantiene una ligera esperanza de que todo cambie, y por eso contesto cuando se ponen en contacto conmigo, y así lo hice en esta ocasión, sin tener la más remota idea de lo que el destino me tenía preparado. El otoño se presentaba lluvioso, luego de habernos estado metiendo el miedo en el cuerpo toda la primavera y todo el verano con la escasez de agua, y el tanto por ciento de ocupación de los pantanos, e incluso de la necesidad de seguir construyendo aún más embalses cuando no somos capaces de llenar los que tenemos. Algunas salidas previstas por los cinco valientes que aún quedaban en el club, tuvimos que suspenderlas porque las nubes que son muy suyas, tomaron la manía de empezar a soltar agua el viernes por la tarde y no parar hasta el domingo. ¡Que le vamos a hacer! Lo que procurábamos era esperar una clarita y nos dábamos un paseo por la ciudad por tal de matar el gusanillo. No conviene llevarse demasiado tiempo sin pedalear porque luego cuesta lo suyo coger de nuevo el vicio, y además de paso contribuimos a dar ejemplo del uso de la bicicleta y presionar al Ayuntamiento para que afronte de una vez por toda la instalación de los carriles bici. Aquella nota presentaba algunas características que me hacían distinto; los compañeros de trabajo, los del club y alguna amiga más íntima me notaban algo, pero yo no le estaba dando demasiada importancia.

A través de Yahoo! Correo España, me llegaban a diario comunicaciones, que contestaba o no, según fuese el caso, pero que de cualquier forma me resultaban indiferentes, más cuando fue aumentando el número de misivas que nos intercambiamos, porque no había manera de que nos pusiésemos de acuerdo en el negocio de las BH, comencé a darme cuenta de lo que me decían los demás y de que me estaba enamorando de la persona que estaba al otro lado de la nebulosa informática. Tenía un pellizco en las tripas que me hacían sentirme vivo, y unas ganas enormes de ponerme delante del teclado, para preguntar cualquier cosa para enseguida especular con algunas de sus respuestas o frases espontáneas. ¿Por qué me habrá dicho en lo que trabaja? ¿Qué querrá decir con eso del cine? Antes no me decía ni hola, y ahora me desea hasta que tenga un buen día. Yo le voy a mandar mi número de teléfono a ver si me llama, que tengo ganas de escuchar su voz, ¿o debería llamarla yo? Con estos datos en la coctelera, me daba perfecta cuenta que lo de menos era ya el asunto de las bicis, y tanto ella como yo andábamos jugando al ratón y al gato sin decidirnos a dar el paso siguiente. Teníamos miedo y eso se notaba, no en vano nuestras trayectorias vitales pasaban por sendas separaciones matrimoniales, y además había hijos de por medio. Sus cartas, una vez leídas en la pantalla del ordenador, las imprimía para luego, con toda la parsimonia del mundo, leerlas y tratar de sacarle punta

a cada una de sus palabras o frases.

Fecha: 22 de Noviembre. De: raquel@yahoo.es. Para: Juan. Asunto: bicis
"Gracias por mandarme la información relativa... respecto a la adquisición
de la bicicleta, aún no tengo decidido que voy a hacer porque mis hijos
siempre vienen conmigo y necesitaría también...y ya por último te diré
que estuve el miércoles pasado con mi amiga Luara viendo una película
francesa en versión original, que me gustó bastante porque...Un saludo
R.I.". ¿Por qué me sentiré más inquieto cuando llega una carta firmada
por una mujer? Ya no es hora de hacerse tantas preguntas -me dije -, y
aprovechando un excusa que tenía que ver con el tiempo, me decidí a
marcar su número de teléfono y a convencerme de que era la misma
Raquel que escribía con tanta ternura aquellas misivas interactivas.

.../...

Capítulo 32

WWW.BICIBH.COM (2)

.../...

El corazón me dio un vuelco y por poco si se me sale del pecho, cuando comprobé la dulzura de su voz y el timbre sonoro de sus palabras. Era la misma, no había duda, me sabía sus textos casi de memoria de tanto como los repetía cuando me metía en la cama, o cuando mi mente quedaba un momento libre de otras ocupaciones. Si el sábado continuaba lloviendo tendríamos que descartar la ruta prevista, esa era la regla que teníamos en el club, pero siempre cabía la posibilidad de un claro, de que las nubes fuesen benévolas con mis sentimientos y me permitieran conocer a esa mujer que estaba instalada en mí, mucho antes de conocerla. Pensé en mis hijos, en como afrontaría el trago de tener que decirle algo, pero como ella tenía otros dos, suponía que también habría pensado en esto y que ya le encontraríamos alguna salida. En estos momentos eso no era lo prioritario, lo que me corría prisa era asegurarme de que el domingo por la mañana iba a hacer buen tiempo, o al menos lo suficientemente bueno para que ella no se echase atrás y dejase su primer día de encuentro para otro momento. Bajé a comprar la prensa, consulté con Florenci Rei, con el INM en interné y esperé hasta las 15,55 en la televisión española para cotejar todos los datos. Cuando hablase con ella de nuevo, tenía que asegurarle que iba a haber marcha ciclista. Y la hubo. Estábamos los de siempre que junto a ella y uno de sus hijos constituimos un pelotón de siete valientes dispuestos a disfrutar de un día de lujo en la campiña. Su cara, sus gestos, su mirada... todo quedó impreso en mi mente como una dulce canción melódica que a partir de ese momento no olvidaría jamás. A pesar de las amenazas de agua amaneció un día limpio de nubes que auguraba lo que luego fue: pedaleábamos a placer por la vía verde y recogimos todos los efluvios que emanaba un campo recién regado. Había alcornoques a los que nos abrazábamos todos para tratar de sacarles el secreto de su longevidad, arroyos que cruzábamos a pie por temor a una caída, fotografías en los sitios más inverosímiles y toda una carga de esperanza para que nada se torciera, para que todo saliera bien y aquel primer encuentro no pasase sin pena ni gloria. Un beso de despedida, una noche sin dormir y unas ganas tremendas de volver al ordenador a comprobar el correo electrónico para ver si llegaba alguna foto, para tratar de encontrar en una imagen congelada la respuesta a lo que tan sólo el tiempo puede aclarar. Había sido una jornada tan espléndida, que parecía impensable que el día siguiente fuese a ser un paso atrás en la relación amistosa que ya se había iniciado, que ya había tomado forma. Tal vez me hubiera hecho demasiadas ilusiones, ante esa mujer que apenas conocía, y de la que ni siquiera sabía si tenía interés en mantener la amistad, pero yo estaba lanzado y no había quien me pudiese convencer de lo contrario, así que tenía claro cual era el enemigo a vencer: el tiempo, no el atmosférico que

para eso ya contaba con bastantes ayudas para estar orientado. El tiempo que marcaba el paso de las distintas fases lunares, y con el que yo me tenía que coaligar para tener una respuesta a mis inquietudes. Sentado ante la pantalla del ordenador a la espera de esa misiva que no llegaba, se me ocurrió cambiar la fecha y decirle al pc, que ese día era tres de marzo del año siguiente, a ver que pasaba. Cual fue mi sorpresa al comprobar que de repente se reinicia, y cuando termina de hacer un montón de monerías, aparece ante mis ojos una ventana algo cambiada, pero en la que se reconoce perfectamente el anagrama de Yahoo. Comienzo a investigar y llego a los correos por abrir. Ahí estaban acumulados todos aquellos que nunca tocaba por temor a los virus o a tener que contestarles, pero si de verdad estábamos haciendo ciencia-ficción y nos encontrábamos en la fecha que yo había introducido, lo que a mí me interesaba buscar eran los correos de Raquel que seguro que los habría leído ya. Puse el puntero en el lugar adecuado y fueron desfilando unos y otros, casi sin echarles cuenta a ninguno, porque el único que me interesaba era el que pusiese raquel@yahoo.es. Cuando di con el primero salté del asiento, miré la fecha, la hora, me fijé en todos los detalles y no había duda: estábamos en marzo y era ella, era Raquel Iglesias. Leí la palabra Asunto: pero me tuve que levantar, irme a la cocina, y tomarme un vaso de agua porque no me atrevía a seguir leyendo. Cuando regresé salté sin mirar el contenido del Asunto y me fui directamente al texto del mensaje. No podía más, tenía que saber de inmediato que decían aquellas líneas que supuestamente me había escrito tres meses después de la fecha en la que me encontraba. Leí sobresaltado, sin hilazón, mezclando frases y quedándome sólo con las palabras sueltas. Buscaba lo que nunca había tenido oportunidad de leer viniendo de ella o de escuchar de sus labios. Encontré palabras cariñosas, pero ninguna lo suficientemente ilustrativa como para convencerme de que para esa fecha las cosas estaban saliendo a pedir de boca. Me calmé y fui leyendo el texto de forma ordenada, de la primera a la última palabra. Era evidente que sus palabras transmitían ternura, y que entre ella y yo se había establecido algún tipo de relación que nos mantenía unidos, pero enseguida me asaltaron unas cuantas dudas y volví a inquietarme. ¿Hasta donde llegaba esa relación? ¿Éramos amigos o había algo más? Decidí poner en la casilla de Buscar su nombre y apellidos y enseguida se desplegaron una serie de correos ordenados por fechas, que fui leyendo detenidamente hasta tratar de convencerme de cual era el estado de nuestra relación después de transcurridos esos meses. Todo lo que leía me indicaba que seguíamos igual que ese primer día que nos conocimos, sólo que con un grado de amistad más acentuado. No obstante hubo uno que me llamó poderosamente la atención y al que volví nada más terminar de leerlos todos: se trataba de un texto intimista donde me confesaba lo tortuoso de su relación anterior – fruto de la cual tenía dos hijos – y de lo sola que se encontraba porque sabía que aún era joven, y no le había llegado el momento de tirar por la borda nada. Tenía un trabajo con el que estaba contenta y con el que se ganaba la vida, tenía amigos y tenía a sus hijos que era lo que realmente le daba fuerzas para seguir luchando cada día.

Al fin y al cabo si una relación amorosa no sale bien, tampoco se acaba el mundo; ella seguía en su casa y tan sólo había cambiado la ausencia del padre de sus retoños, pero eso era algo que se veía venir. Por un momento deduje que se estaba sincerando conmigo como tal vez no lo hubiese hecho con nadie.

.../...

Capítulo 33



WWW.BICIBH.COM (3)

.../...

Yo no suelo guardar los correos que escribo, así que ignoraba mis respuestas, me comía la moral no saber por donde se había ido tejiendo la trama. Tenía que seguir leyendo más despacio para no equivocarme en mis deducciones, y sobre todo debería obtener provecho de esta situación para la próxima vez que tuviese oportunidad de verme cara a cara con ella. Ya quisieran muchos enamorados mirar en el espejo mágico, o en la bola de cristal para poder prevenir las meteduras de pata, que a menudo se cometen, y que tanto pesan a lo largo de la vida. Yo me encontraba ante esa bola de cristal, que me estaba dando las claves de una relación que sabía como había empezado, intuía como había discurrido pero de la que no quería saber si había terminado o no. Para ello tan sólo tenía que volver a adelantar la fecha del ordenador y me daría cuenta si Raquel seguía formando parte de mi vida y si la situación de partida tan sólo fue un espejismo de lo que pudo ser y no fue. Al fin y al cabo estaba acostumbrado, no sería ni la primera ni la última vez que las ganas de mantenerme al lado de una mujer se hubiesen esfumado.

Desde que se vino abajo el proyecto de familia que un día dibujé, aún no he levantado cabeza y sobrevivo a duras penas, ilusionado por el amor a las BH y el cariño de mis hijos que cada vez se alejan más. Uno de mis primeros objetivos durante todos estos años ha sido encontrar esa compañera que sepa compartir mis inquietudes, no me importa renunciar a la carga de egoísmo que haga falta ni de perder para siempre ese bigote que disimula la cicatriz que me marcó la infancia. Todo eso me da igual. Quiero ser feliz y sin saber en el fondo que significa eso, si he tenido la oportunidad de saber durante estos años de soledad, que significa encontrarte en el escalafón más alto de la pirámide. Por eso entiendo a

Raquel y por eso creo que podemos entendernos, porque llevamos trayectorias parejas, porque ella y yo venimos de recorrer un mismo camino y aunque es una situación cotidiana, que se repite con la mayoría de la gente que conoces, cuando miras fijamente a los ojos de la otra persona, descubres cuales pueden ser sus intenciones y yo he visto en los ojos de esa mujer algo que no había visto hasta ahora. Y me gusta lo que veo, pero tengo miedo de ser un adelantado, de provocar una reacción que se puede volver contra mí. Lo que he leído hasta ahora me hace concebir esperanzas aunque mantiene las espadas en alto respecto a mis inquietudes. ¿Debo volver a mover el reloj del tiempo? ¿Seguro que estoy viendo lo que veo o mi estado de enamoramiento es tal que me hace ver visiones? El próximo domingo está tan lejos que me siento sin fuerzas para tratar de impedir un segundo salto mortal. Agarro el ratón con decisión y al pinchar el calendario, la pantalla se puso negra y me quedé con dos palmos de narices. No me atreví a seguir, aquello quería decir que era mejor dejar las cosas como estaban y pensar en los momentos vividos, saborear con ilusión el presente y dejar de especular con ese futuro que ya llegaría en su momento.

Pasaron unos días ¿cuántos fueron? Seis; sí eso es, fue algo menos de una semana, porque entre mi atrevimiento a mirar en el ordenador y la llamada telefónica tan solo había transcurrido una salida dominical, que es como yo me oriento en esto de saber en el día en que vivo. Suelo contar los días según los sitios donde vamos y también de la gente que ese día ha estado en la ruta. Así que Raquel estuvo el domingo con nosotros, aunque en esta ocasión venía acompañada con otros amigos y me encontré algo perdido a la hora de acercarme a ella y a aquel muchacho de ojos claros que parecía no dejarla. Pero yo sabía lo que me había escrito en el mes de Marzo y jugaba con algo de ventaja, así que dejé seguir el curso de los acontecimientos, aunque con muchas ganas de alterarlos.

Me llamó por teléfono al día siguiente, para ver sin concretábamos sobre la operación BH porque parecía decidida a incorporar uno de mis vehículos a sus dominios. Yo se lo puse difícil para que no terminase de buenas a primeras la negociación, aunque en el fondo me hubiese dado igual regalársela, lo que me interesaba es que se animase a pertenecer al club y que nos siguiésemos viendo. Le pedí tiempo, porque me quería basar en sus correos, a ver si encontraba alguna referencia al negocio y se me hacía menos duro el trance. Estuvo todo el rato encantadora y me aferré a la idea de que estaba ante la persona que tanto había deseado. Me entraron unas ganas tremendas de decirle cuatro cosas bien dichas, pero me contuve porque en un momento cruzó por mi mente la idea de volver a cambiar la fecha del ordenador. Ya no sabía que era mejor ni peor, así que procuré no alargar demasiado la conversación telefónica, porque en cuanto colgase, ya estaba enchufado a la pantalla y yéndome al mes de Mayo a ver que había pasado entre nosotros. Tomé la precaución de dejar copia de mis correos en los días sucesivos por si tenía que poner en pie algo que no entendiese. Con toda la valentía del mundo, pinché en el icono correspondiente, y allí estaba el calendario dispuesto a que yo le

dijese que día y que hora es la que me interesaba. Casi sin pensarlo, me fui al mes de Mayo e inicié los mismos trámites que la vez anterior, le di al buscador y me encontré con todos los correos que habíamos intercambiado desde Marzo hasta Mayo, aunque se ve que no fui fiel con lo de guardar mis escritos, porque apenas me encontré con cuatro de los muchos que supuestamente habría tecleado en ese periodo de tiempo.

.../...

Capítulo 34



WWW.BICIBH (y 4)

.../...

Me paré a leer como un loco y me fui dando cuenta de que las cosas habían cambiado y de que nos tratábamos con cariño pero manteniendo las distancias, descubrí que me hablaba de la existencia de otra persona y de que había rehecho su vida. No me conformé, me fui al mes de Abril y aunque me seguían fallando las misivas, podía deducir por las de ella cual era el estado de la situación. Mucho mejor, más emotivas, más llenas de poesía. Busqué, rebusqué y me preguntaba si no sería posible hacer lo mismo con las llamadas telefónicas, puestos a darle emoción es mucho más interesante escuchar su voz. Mi paciencia tuvo el éxito deseado y me encontré delante de un texto que era todo un alegato de enamoramiento, derrochaba palabras llenas de amor, describía una escena que no podía suponer ni en la mejor de las situaciones: habíamos estado juntos en un lugar paradisíaco, viviendo momentos de entrega total del uno para con el otro. Mencionaba mi cuerpo como si lo conociese desde mucho tiempo atrás y me regalaba el oído con unas frases que jamás podría sospechar que se pudiesen decir de una manera tan tierna. Raquel sin duda alguna estuvo en mis brazos y con ella disfruté de algún momento irrepetible. Aquel texto no dejaba huecos a la incertidumbre. En ese momento me di cuenta que había llegado la hora de dejarme de especulaciones y zarandajas. Era duro imaginar lo que podía haber ocurrido, luego de ese supuesto encuentro, pero estaba claro que unos meses después existía otra persona y ella parecía encontrarse a gusto con esa situación. Y al fin y al cabo soy mayor que ella y tampoco estoy demasiado a disgusto con la

vida que llevo.

Es bonito pensar en otra forma de vivir e incluso en intentar cambiar sobre todo ante la presencia de mujeres como Raquel, pero bueno tampoco le voy a poner un cero a mi existencia; se que la gente me quiere, que estoy bien considerado, que siempre que cojo el teléfono o el pc, hay alguien dispuesto a intercambiar conmigo unas palabras, a tomar un café o a salir un fin de semana. Estar junto a alguien es una idea fantástica, pero debo seguir luchando para estar más a gusto, conmigo mismo; luego Dios proveerá. Si el destino me tiene reservado para los últimos años de mi estancia mundana, una vida sin la presencia de otra persona ¿qué le vamos a hacer? Eso si, los minutos de gloria que me tiene destinado Raquel pienso disfrutarlos a partir de ahora como si fuese la joya de la corona que ha llegado a mi poder por inspiración divina.

J.R. Infante

Capítulo 35



AUTORRETRATO (1)

Yo nací de la tinta que expelía una estilográfica genérica, que tenía el orgullo de haber sido patrocinada por un tal Plumarol Miglitol, que a mí ni me va ni me viene, ni a ustedes probablemente tampoco, pero que a fuerza de ser sinceros no queda más remedio que constatar, que para eso estamos aquí en este momento. Al principio pensé que el papel que sostenía mi nacimiento era de un blanco virginal, pero conforme fueron desgranándose las líneas y el folio fue llegando a la parte inferior, esa en la que no queda más remedio que darle la vuelta por muy a gusto que se encuentre la mano que sostiene la pluma; cuando el folio se acabó, en definitiva, vino mi primera decepción como ente físico, porque resulta que por detrás de lo que estaba siendo mi expansión como tal, estaba escrito; era un sucio borrador, que en nada tenía correspondencia con lo que en ese preciso momento estaba aconteciendo. Se trataba de un folio que leyéndolo de forma apaisada, se podían encontrar frases tan fuera de lugar como: "material de un solo uso", "cantidad que recibe", "cantidad correspondiente", "bandejas", "servilletas", "fecha", "recibí" y otras lindezas por el estilo, amén de unos números mecanografiados junto a otros escritos en vulgar tinta de bolígrafo. Tuve la curiosidad de fijarme que en el ángulo inferior derecho del folio, apareció el número uno rodeado de un círculo y a continuación crecía en extensión, pasé a un segundo folio donde la mencionada mano continuaba escribe que te escribe dándome forma como quien amasa pan o arcilla. ¿Es bonito nacer, verdad?. Enseguida me familiaricé con esos dedos de uñas cortas, que siempre sujetaban la pluma de la misma forma; al número uno siguió el dos, a éste el tres y así entre folio y folio fui tomando cuerpo, y porque no me he entretenido en leerme, pero parece ser, según noticias que me han llegado por otros medios, que no estoy mal del todo, que a pesar de la cuna tengo buena presencia y con un poco de entrenamiento y otro poco

de cirugía estética podría llegar a ser alguien en el mundo del escaparatismo. Lo que pasa es que me consta la pelea tan grande que existe en esto del papel impreso por llegar a ser alguien. Hay mucho dinero de por medio, a pesar de que dicen que se lee poco, de que la televisión y la internet están acabando con la lectura en el formato tradicional. Yo tengo mis dudas, por eso estoy contento de haber nacido y encontrarme en el mundo de los vivos dándome codazos por destacar, por no pasar sin pena ni gloria por esta vida. Pero eso no es fácil como digo y hay que sufrir mucho para salir del anonimato. Cuando todavía no era más que un bebe, como quien dice, tuve que aguantar no se cuantos arañazos por parte de Plumarol, que por lo que se ve no estaba nada contento con lo que escribía, y no hacía más que tachar y emborronar, vamos que cuando uno se iba haciendo a la idea de cómo le iba a quedar el traje de primera puesta, izas!, el zarpazo y a otra cosa; eso para no mencionar los ataques de furia de la mano que sostiene la pluma, que esos si que eran peligrosos: de buenas a primera y en el momento más inesperado iraasss!, el folio rasgado por la mitad o troceado en no se cuantos pedacitos que acababan en esa caja tan ridícula de guardar todo lo que no sirve. Otras veces el peligro venía en forma de arrugas, y el lánguido e inocente folio acababa convertido en una pelotita, que luego de servir de experimento futbolístico terminaba corriendo la misma suerte que el caso anterior, besándole las paredes a la mencionada caja de cartón con adornos serigrafiados. Uno en su inocencia no acertaba a comprender que estaba pasando, era todo muy difuso y de muy ingrato recuerdo. Supongo que estas serán las cosas que te van marcando, y haciendo que tu vida discurra en uno u otro sentido. Al llegar el punto y final, ese tras el cual aparece la firma del autor y la fecha de nacimiento, vino ese momento crucial de ponerle nombre a la criatura, que por lo que sé, sale del tirón o se lleva un tiempo como en el limbo. Yo tuve suerte y me pusieron nombre de forma rápida, fue nada más concederme la fecha de nacimiento. Otra cosa es ponerse a discutir ahora sobre la conveniencia o no de ese nombre, después de haber desechado tantos otros, pero eso debe ser cosa del destino, al final nos acostumbramos a todo; además siempre me quedará el recurso de cambiarme, va a depender mucho de la popularidad que alcance, pero ahí no hemos llegado todavía. Siguiendo un poco el orden lógico de los acontecimientos de esos folios reutilizados, pasé a incorporarme al disco duro de un ordenador, donde casi me da algo cuando vi la cantidad de gente que allí había. Era como pasar del campo a la ciudad, del mundo silvestre a la civilización, del desierto a la aglomeración ique cantidad de criaturas!. Allí aprendí el abecedario y algunas reglas gramaticales, y me hice mayor rápidamente, porque tuve que asimilar tantos conceptos en tan poco tiempo, que el que consigue salir vivo de las tripas de ese invento tiene el cielo ganado. La tinta de Plumarol se reconvirtió en otra de diversos colorines, y la mano encontró a su compañera, y ahora eran dos almas gemelas las que porreaban aquel teclado, y yo iba tomando importancia rodeado de pequeñas líneas graduadas en el lateral izquierdo y en la parte superior de una pantalla, y con todo un despliegue de modelos de letras,

todas ellas dispuestas a hacerme un traje mucho más acorde con la edad, aunque dicho con la mejor de las intenciones, siento cierta añoranza por aquellos rasgos que se iban abriendo paso en la pradera nivea del folio. Ahora también hay que abrirse paso, pero son las mismas palabras – salvo correcciones – y además nada de tachaduras; de repente una palabra, una frase o incluso varias líneas, desaparecen de pronto como si nunca hubiesen existido; se ve que eso de trabajar en pareja da otros frutos distintos. Aquí me siento crecer por minutos, porque es tan amplio el abanico de posibilidades que se me ofrece para hacerme respetar, que casi no me da tiempo a asimilar tanto ingenio. El resultado del paso por el disco duro es la formación de una serie de clones, cada uno de ellos en distintos formatos. Nos vamos a quedar con el formato papel porque ese va a ser el hilo argumental de la historia de mi vida. Ese momento tan interesante en que abandona aquella primera puesta y aparece uno con otro traje, tampoco resultó ser del todo brillante, porque conforme iba siendo parido – en este caso por una Hewlett Packard -, me di cuenta de que volvía a tener el mismo traje dual que ya tuve cuando vi la luz primera. Ahora que ya tenía una forma reglada, cuadrada y repeinada resulta que por el envés, por la parte de atrás, volvían a aparecer frases tan fuera de lugar como “cantidad correspondiente” y “cantidad que recibe”. Algo indigno, así que como yo iba siendo mayor jugué con lo que había aprendido en aquel limbo de técnica y cultura en el que me habían matriculado y sin que las almas gemelas se diesen cuenta, introduje algunos gazapos que ni el minucioso sistema corrector de la computadora pudieron detectar. El número de folios se redujo con relación a mi anterior etapa y en un parto dentro de la normalidad, caí en una bandeja para acto seguido sentir un pinchazo en el ángulo superior izquierdo como si me hubiesen puesto una grapa. Cual fue mi sorpresa cuando descubrí que de nuevo la mano que sostiene la pluma actuaba en solitario, aunque es esta ocasión sostenía entre sus dedos un lápiz de colores, que de vez en cuando aplicaba sobre mi estructura corrigiendo por aquí y por allá, yo que me las prometía tan felices pensando que el salto a la fama estaba a punto de llegar. ¡Con razón seguía teniendo aquella espalda tan cochanbrosa!. Los folios tan perfectamente alineados volvieron a ser un galimatías de letras, frases y remiendos que no los conocía ya ni la Packard que los parió. Volví a tomarme la justicia por mi mano e intervine en algunas palabras para que no se reconociese su significado, aprovechándose de la precariedad del traje de segunda puesta: siempre hay algún agujero o alguna descomposición en la tinta para salirme con la mía. En la siguiente ocasión que tuve que vérmelas con mis compañeros de la computadora, la cosa ya había cambiado y se me trataba de otra forma mucho más honrosa para todo escrito que se precie. Era como un acicalamiento premeditado y mirado al detalle: una coma por aquí, un espacio por allí, un gazapo que intenta colarse, un acento que se escapaba. Me dejan en definitiva en perfecto estado de revista, para que otros ojos me miren y otra manos me acaricien.

.../...

Capítulo 36



AUTORRETRATO (y 2)

Orgullosa como un pavo en celo paso a formar parte de un listado, en el que se me asigna un número y se me coloca en una especie de lista de espera. En ese momento nacen en mí serias dudas sobre el estado físico en el que me encontraría la próxima vez, que alguien se digne acordarse de mí, ¿para qué tanta guapura?. A lo mejor cuando vayan a acordarse de mí, estaré tan pachucha, que casi será necesario rescribirme de nuevo. Pero en fin, dentro de la ignorancia que me invadía no me quedaba otro remedio que tener paciencia, y esperar que de esta columna de folios tan bien ordenados y numerados no pasara a hacerle una visita al contenedor azul, que es donde dicen que acabamos la mayoría de las veces, una vez que el color de la piel se va volviendo amarillenta. La esperanza que me quedaba es que como no dejaba de ser un clon, puede que alguno de mis semejantes alcance la meta para la que fui concebido, porque ivamos a hablar claro!, que uno ya va siendo mayorcito: a mí me decían de peque que yo era el producto de un pensamiento, de una idea, y que la mano trazaba el diseño de mi ilustre figura para satisfacer un deseo interior, una forma de comunicación entre semejantes, no importaba cual fuese el destino final de lo que se hubiese parido. ¡Ja!. ¡Eso no me lo creo yo ni harto de tinta!. Si esos folios no terminan pasando por una imprenta y no ven la luz del día cobijados por dos buenas cubiertas, déjame de satisfacciones, que es lo mismo que si no hubiesen nacido. Esa es la vida, esa es la lucha por sobrevivir y esa es la realidad y lo demás son cuentas que nunca salen. Por eso yo tenía y tengo fe en lo de la clonación, sea por acierto, por lo que uno pueda valer, o porque alguna vez tenía que ser, cualquiera de las copias que andan por ahí buscándose la vida, puede dar

el golpe de gracia y pasar del anonimato a la fama en un abrir y cerrar de páginas. Nuestra vida puede ser corta, excesivamente corta, pero también puede ser eterna y ahí está la fuerza de la que nos valemos para seguir emborronando folios. En la actualidad yo no soy nadie, no paso de ser un mero espectador del mundo que me rodea, pero viajo, navego por las ondas, y tengo las maletas siempre dispuestas por si algún día llega ese momento que se me grabó en el mismo instante de nacer. A mí me tocó doblarme sobre mi eje y meterme en un sobre tamaño cuartilla con destino a la otra punta de España: todo muy misterioso, eso si, porque salvo el nombre que es lo único que no me han cambiado – pero todo puede suceder –, lo demás es pura fantasía; se oculta mi edad, mi lugar de nacimiento y hasta es una incógnita saber quien fue la criatura que me ayudó en el parto. He viajado junto con un montón de gente, dando saltos de un lado para otro y cambiando de vehículos casi sin parar, algo mareado de tanto dar vueltas, aquí me hallo a la dulce espera de saber mi destino. Llevo impresa en la piel unos cuantos sellos identificativos, y ya he pegado algún que otro tropezón sin consecuencias para mi integridad física. Los nervios me tienen que no vivo, y las noticias que me llegan de unos y otros no pueden ser más negativas: que si el doble espacio, que si no se cuantos caracteres por página, que si el tamaño de la fuente, que si DIN A-4, que si quintuplicado ejemplar, ¿habrá puesto bien el NIF la mano que sostiene la pluma?, ¿estaré perfectamente paginado?, duración de lectura de quince minutos aproximadamente, ¿se declarará desierto el premio?,...las partes se someten a los Juzgados y Tribunales de.... y uno aquí de novato pensando que a lo mejor ni siquiera se digna nadie a escucharte. ¡Con tantas reglas no me extraña!. Pero es que no puede ser, ¿qué será más importante una línea más o menos o el contenido del folio?. Lo que cuenta es lo que uno piensa, digo yo, no la forma que tenga. De acuerdo que tiene que haber alguna medida, pero que sea más flexible, es que si no te dan ni a oportunidad de expresarte, como va uno a poder demostrar nada. Aquí estoy dándole vueltas a todo este lío, que en la vida me he visto en otra más gorda. Tengo presente lo de los clones, pero en este momento la responsabilidad es mía, y en las próximas horas puede que haya dado un paso de gigante e inmortalizado mi nombre – aunque sea figurado – o pasar a convertirme en unos gramos de ceniza por no pensar en la reencarnación que puede que sea hasta más doloroso. ¡Que nervios!. Creo que hay movimiento, tengo que dejar de pensar en transmitir ideas y centrarme en lo que vaya a venir; no importan los acontecimientos, sea para bien o para mal, estoy dispuesto. Si no volvemos a comunicar, ya sabe todo el mundo cual ha sido mi destino, y si volvemos a vernos estaré plenamente agradecido por haber confiado en mis posibilidades. ¡Hasta siempre!

J.R. Infante

Capítulo 37



SINFONÍA EN PÍ MAYOR (1)

Las marismas y las aves en aquel luminoso día presentaban un aspecto, como pocas veces había visto de las innumerables ocasiones, en que había tenido oportunidad de desplazarme por esas recónditas tierras. En el interior del coche el ambiente era agradable, penetraba suave el sol a través del cristal, proporcionando un calor corporal que por momentos daba ganas de irse quitando ropa, a pesar de que en el visor digital se percibía con claridad que la temperatura exterior no pasaba de los diez grados. La inconfundible melodía de Kiss FM ocupaba el espacio útil habitable, y tu sonrisa delataba el estado placentero en que te hallabas imbuida. A través de los prismáticos divisábamos juguetonas a un par de cigüeñuelas que charqueaban; con su levita negra, ella mantilla de monja y él boina hasta los ojos, se movían con gracia por aquellas someras aguas que no les llegaba ni a las rodillas; de vez en cuando inclinaban la cabeza y lanzaban su afilado pico contra el agua. Yo te disuadía de la intención de dar una cabezadita, y te hacía mirar para que te fijases en los detalles: "Parece que llevan medias encarnadas", comentabas, al tiempo que los destellos de tu pelo se enredaban en mi sien. Pero duraba poco la observación, podía más el efecto de aquel plato, que poco antes habíamos estado saboreando en el pueblo: en un ambiente relajado y tranquilo, compartimos no sólo los sabores que conformaban el menú, sino todo el efluvio que emanaba tu presencia, una estancia libre de humos, unas

mesas sencillas y unas gentes amables que atendían el local.

Estaba encendida la televisión, pero más bien parecía un cuadro fijo, como lo eran aquellos ladrillos que a modo de muestra aparecían en un trozo de pared, como si al albañil se la hubiese acabado la mezcla en el momento de enlucir aquel paño. Algunas personas entraban al recinto y en sus rostros se adivinaba que en la calle hacía frío, a pesar de la luminosidad que se veía desde nuestra posición. De repente una nube negra pasa velozmente junto a nosotros, describiendo arabescos en el cielo. Tú llamas mi atención, que en ese momento estaba centrada en una guía de aves, tratando de aclararme sobre la diferencia entre el aguilucho lagunero y el aguilucho pálido. Dejo el libro, alzo la vista y aquella nube se deshilacha rítmicamente, configurando esa especie de pentagrama sobre una línea eléctrica que atravesaba la marisma. Manifiesto mi primera sensación antes de echarme los prismáticos a la cara, y ponerme a observar con detalle. En la radio suena Caetano Veloso, y mis labios se deslizan buscando la complicidad de los tuyos. Ante nosotros ellos: negros, rechonchos y ruidosos los estorninos posaban en el alambre sin miedo alguno a una descarga mortal. No podía oírlos, la distancia lo impedía, pero podía ver como a algunos se le erizaban las plumas del cuello, en ese gesto claro de emisión de notas sonoras. Me traían recuerdos de tardes veraniegas, cuando buscando el sitio adecuado donde pasar la noche, alborotaban a todo el vecindario. Algunos pitaban como si fuesen guardias de seguridad, tratando de poner orden. "Éste también tiene medias rosadas". "En realidad son rojas, lo que pasa es que en la distancia y con estos prismáticos pueden dar ese tono". Todavía haces algunos esfuerzos por no quedarte dormida, y participar de las mismas sensaciones que yo siento, cuando me encuentro en un lugar como éste, donde la vista no alcanza a divisar el horizonte que se pierde entre espejos plateados. Pongo de nuevo el motor en marcha y avanzamos lentamente, por un suelo algo complicado debido a las últimas lluvias y a la dejadez de algún guardacaminos, pero en fin aquí hay que olvidarse de todo, y conducir lento para que no se escape ni un detalle. Seguro que el conductor que nos cruzamos piensa de muy distinta forma. Él no está de paseo, su vida discurre entre el pueblo y el hato y encontrarse con esos socavones una y otra vez no deben hacerle ninguna gracia, por muy luminoso que esté el día, ni por muchas aves que se muevan a su alrededor. Un grupo de cigüeñas caminan por el caño a la captura de algo sólido que ensartar con su pico; la mayoría son blancas, pero la experiencia me dice, que nunca hay que dejar pasar la oportunidad de observar atentamente toda agrupación avícola; entre la masa, tratando de pasar desapercibidas siempre suelen aparecer algunos ejemplares de otras especies más esquivas, menos fotogénicas, y esta ocasión no había de ser distinta. Distingo al menos dos de sus parientes cercanas, que tratan de esconder su levita negra en medio de tanta blancura, pero el cuello les delata y cuando intentamos detenernos para una mejor visión, levantan el vuelo, como lo levanto yo al llegar a mis oídos la melodía "hard to say I'm sorry"

de Chicago, que me deja en estado catatónico.

.../...

Capítulo 38



SINFONÍA EN PI MAYOR (2)

Abandono los prismáticos y todo mi interés por el mundo exterior, y me centro en las dos lunas de tus ojos, que al poco de retarlos desafiantes, te hacen exclamar un ¡ay! y buscar cobijo en mi pecho. Pasan unos minutos en los que todo se detiene, en los que no parece existir más mundo que el que ocupan nuestros cuerpos ensamblados en ardorosos besos. Apenas hay palabras, son sólo susurros, sílabas sueltas que se deslizan por la comisura de los labios, y ascienden candorosos buscando el tímpano ajeno. Al mirar el cielo descubro sobre el fondo azul el rostro blanquecino dejado por esos aviones, que de forma continuada atraviesan en pocos minutos toda la bóveda celestial. ¿Dónde irán? ¿De dónde vendrán? Siempre me he preguntado por la existencia de estas silenciosas máquinas, que ocupan ese lugar de privilegiado observatorio. A mí que tanto me gusta observar, fijarme en cualquier detalle y quedarme con la idea de traspasarlo luego al blanco folio. Dicen que son entrenamientos militares, formas de engrosar horas de vuelo para pilotos, que necesitan tener un currículum decente, por si llegado el momento hay que ponerse el mono de faena de forma seria. ¿Tiene sentido alguna guerra? ¿Sería

posible la convivencia sin la persuasión constante de estas máquinas de matar? ¿Por qué tendremos que estar vigilándonos continuamente los unos a los otros? Todas estas preguntas y algunas más me las hago aprovechando que has conseguido relajarte, cerrar los ojos y dejar que tu cuerpo disfrute de unos minutos de descanso. Luego dirás que has tenido un sueño muy tonto, que no sabes porque aparecen esas personas y a cuento de qué estaban presentes, pero ya sabes: al lenguaje de los sueños nunca le hemos prestado demasiada atención. Abres los ojos, justo en el momento que pasan junto a tu ventana una colorista concentración de aves de pequeño porte, que cuchichean entre sí. Forma parte de esa amplia familia que debido a sus particularidades cantoras, sufren el acoso de aquellas personas que no se conforman con verlos revolotear o escucharlos cerca de sus casas, prefieren tenerlos enjaulados para que alegren los días oscuros, a costa de privarles de la parte esencial de cualquier ave: su libertad. Los fringílidos son acosados en todos los ámbitos, tanto en pueblos como en ciudades donde llegan a esa especie de zoco donde todo vale con tal de comerciar. Observarlos en el campo vale cien veces más que una sola de las notas musicales que emitan entre rejas. Como llegan, como ondulan el aire, con que delicadeza se posan sobre los cardos y otras plantas silvestres para extraerles las semillas. Algunos tienen la cara colorada, posiblemente por la vergüenza que les supone estar en el centro de atención del hombre, que no hace más que ingeniar cual es la mejor forma de capturarlos. En un naranjo – uno de sus árboles favoritos –, pude observar en una ocasión, con que dulzura alimentaban los progenitores a unas crías cuyo nido había sido desplazado al interior de una jaula. Si conseguían salir adelante, jamás tendrían la oportunidad de experimentar con la ingravidez de los cuerpos. Yo si tengo esa oportunidad, el que estés aquí y ahora a mi lado, acompañándome sensorialmente, me hace sentir lo mismo que ese pequeño carduelis, que nos reta en un alarde de virtudes. Me abandono en la estrechez del habitáculo, cierro los ojos y dejo que tus manos se posen sobre mi piel. Ahora se nota mejor que nunca el exceso de calor que proporciona ese sol invernal, por lo que tenemos que optar por buscar la brisa bajando uno de los cristales de la puerta. Lejanos pero de fácil identificación una colonia de flamencos zapatean incansables en busca de comida. Te leo: “Con sus largas patas rosadas y su desmesurado cuello semejan extrañas aves trasplantadas de una laguna africana. De repente, el bando se alarma y comienza a elevar pausadamente el vuelo, rasando el agua; una llamarada rojiza alegra el azul del cielo y se deja escuchar una fuente algarabía”. Parecen peregrinos que se desplazan en busca de ese lugar donde vivir en paz, sin que nadie les moleste. Su organización es tal que tienen hasta guarderías para que los pollos estén a salvo de esos depredadores, que acechan el momento oportuno de atacar. En estas aguas quizás sea el hombre el mayor de sus enemigos, con actuaciones que destruyen sus lugares de cría y alimentación. Mientras miramos sus elegantes figuras, te cuento todo esto y tú asientes con la mirada, con esa fe que tienes en mis conocimientos: sabes que me apasiona el mundo de las aves, pero lo que no sé si llegas a captar, es la importancia de tu

presencia en este marco idílico en el que el sol se refleja en la lámina acuosa, dando la impresión de que nos encontramos en medio de la mar oceánica. Poco esfuerzo hay que hacer para imaginar como serían estos parajes en épocas pasadas, cuánto de cierto tienen las afirmaciones, de que aquí llegaban las olas, como ahora lo hacen en las lejanas playas del coto. A veces tengo la impresión que me parieron en una era desde la que se divisaba el mar: cómo se ensancha mi caja torácica cuando me encuentro en situaciones como éstas.

.../...

Capítulo 39



SINFONÍA EN PÍ MAYOR (y 3)

.../...

Lees: "Gran ave zancuda blanca y rosa; parte anterior de las alas rojas y parte posterior negra; cuello muy largo; patas rosas; pico corto, grueso y curvado hacia abajo, rosa con punta negra; los jóvenes son pardo-grisáceos sin rosa: sexo iguales". ¿Comprendes ahora porqué se les llama *Phoenicopterus ruber*? Me miras como quien duda de creerse lo que escucha; beso tus labios rosas y acaricio tu nuca. Ahora pareces más convencida. "Los colores más increíbles que iban del amarillo más tenue a un naranja intenso del rosado y del rojo hasta el verde, constituían un espectáculo que nunca me quería perder. Y cuando a ese cielo lleno de colores lo cruzaba una bandada de flamencos rosados, el espectáculo era casi sobrenatural". Leías en un libro sobre la Patagonia, mientras que yo me quedo extasiado, al cruzarse en el visor de mis prismáticos una de las aves más esquivas y a la vez más impresionantes, que se puedan ver por estos lugares. Por aquí le llaman el gallo azul, pero todos los aficionados sabemos que se trata del calamón común: luce su característico plumaje azul purpúrea que según va desplazándose de un lugar a otro, se ve en mejores o peores condiciones, pero que daba la luz que hoy tenemos, se convierte en un éxtasis su contemplación. Procuro que lo veas lo más rápido posible antes que se pierda por la masa de espadañas por las que se mueve, o en su defecto que aguantes todo lo que puedas con los prismáticos tratando, de hacer un minucioso barrido por toda la zona

cubierta de vegetales.

Lo distingues, quedas sumida en su contemplación y mientras describes lo que ves, me pierdo en contemplar cada facción de tu cara, en ese temblor nervioso de tu mano izquierda que me gusta imaginar es debido a mi presencia. Busco tu cuerpo en medio de este mar de verdor y músicas melodiosas, no puedo resistir la tentación de saborear tus besos y entregarme a tus deseos, a esas ansias que brotan de todos tus poros. Pasan los minutos, la soledad es cada vez más palpable aunque no podemos sustraernos a la tentación de mirar de vez en cuando por encima de los hombros, para ver si se divisa algún vehículo en la lejanía. Ese inmenso azul que nos invade, ocupa todo el espacio, y nos sentimos valientes rodeados de multitud de aves entregadas a sus distintos quehaceres, sin preocuparse demasiado por la ocupación de esos dos seres que se encuentran en el interior del coche. Ellas están acostumbradas a que de vez en cuando alguien se pare a contemplarlas, guardan las distancias y las formas, y confían en la buena voluntad de los bípedos que merodean por estos caminos. Sudamos a pesar de tener abiertas las ventanas delanteras. Más allá un ratonero prueba a vencer la resistencia del aire, y trata de mantenerse como si fuera una cometa. Zigzaguea, se deja caer con las garras abiertas pero no vemos si ha sacado algo del agua o ha fracasado en su intento.

Acostumbrado a verle en terrenos más boscosos, me sorprende y confunde, pero para algo han sido dotadas las aves de esas prodigiosas alas, para poder desplazarse con facilidad y parecer a veces que son capaces de estar en dos sitios al mismo tiempo. El sol inicia ya su vertiginoso descenso, y pronto se podrá ver en la lejanía toda una extensa franja coloreada, mientras que las nubes más cercanas dibujan formas que semejan animales salvajes, buques fantasmas o ilusorias ciudades algodonosas. Va disminuyendo el ímpetu vital de la mayoría de los habituales de la zona, al tiempo que las sombras recobran su efímero dominio. Pongo de nuevo en marcha el motor del coche, y emprendemos el retorno por pistas llenas de agujeros, que parecen no acabarse nunca y que nos hacen dudar si en algún momento volveremos a pisar el asfalto, o nos habremos metido en un laberinto de canales, que nos mantendrá ocupados durante toda la noche. Viene a mi mente la estridencia del canto del triguero y la increíble capacidad de vuelo del cernícalo. Por un instante me gustaría que nos convirtiésemos en alguno de ellos, para sortear la montaña de residuos plásticos que nos corta el camino y contar con los últimos rayos de sol – esos que nada más que ven las aves – para llegar a nuestra dormidera. Miro tus ojos llenos de dulzura, y respiro profundo el sabor a marisma que destila tu piel.

J.R. Infante

Capítulo 40



VAMOS DE RUTA (1)

Habían salido a las nueve de la mañana desde La Laja, y se disponían a pasar un buen día de campo con sus mochilas cargadas de ilusiones, sus botas de protección oficial para los tobillos y el bastón o palo largo – según los casos - para acompañarse cuando fuese necesario cruzar un arroyo o para mantener el equilibrio si de eso se trataba. Eran viejos conocidos de otros domingos, a excepción de Alejandro, que se estrenaba.

—Emeterio C.: A mí no llevarme demasiado rápido, que acabo de salir de una lesión muscular y todavía me resiento algo.

—Elías: No tenemos prisa, el objetivo es asequible y si no llegamos, con volvemos para atrás, asunto concluido, hay que adecuarse a las circunstancias. ¿Tú que piensas Prudencio?

—Prudencio: Lo mismo que tú, que es lo primero, que vayamos a gusto y no tengamos obsesión por llegar a ningún sitio. A mí en particular me gustaría llegar a Castañares, pero comprendo que si alguien no se encuentra bien, ya lo intentaremos otro día. No había nubes, pero el

cielo presentaba un aspecto tan misterioso, que no se sabía muy bien que iría a pasar en las próximas horas.

—E: Os voy a contar algo, aunque a lo mejor éste no sea el momento ni el lugar adecuado para hacerlo, pero me impresionó tanto que no me resisto a contarlo. Ayer escuché un debate en la radio que me llamó mucho la atención, porque no se suele hablar de estas cosas tan abiertamente en los medios. Se planteaban los contertulios sobre las distintas formas que tenemos los humanos, de encarar el momento decisivo de nuestras vidas, ese del último capotazo.

—P: Me imagino que será desde un punto de vista religioso.

—E: Bueno, la verdad es que lo enfocaron desde todos los puntos de vista, exceptuando claro está las causas accidentales, en los cuales no te da tiempo a plantearte nada, tan sólo coger la vereda.

—EC: ¿Pero de qué iba la cosa? Del instante en el que la persona sabe que ya no hay marcha atrás, o de lo que cada cual piensa sobre el final de la vida.

—E: Más bien de lo segundo.

—Alejandro: Perdonad que me inhiba de esa conversación, pero es que me da un poco de grima hablar de esos temas, de hecho desde que lo habéis sacado llevo los dedos cruzados y no suelto el bordón-palo ni un momento.

—P: Ahí está la cuestión; nos da miedo esa tremenda realidad. A lo mejor la vemos en otras especies como por ejemplo ese hongo (señalando a su lado), que nació anoche aprovechando la humedad, y en cuanto salga la luz del sol, morirá. Habrá cubierto su ciclo vital en unas cuantas horas. O la perdiz que nos encontramos el otro día poco antes de morir; o tantos ejemplos a los que no echamos cuenta, pero la especie humana es distinta, tiene raciocinio, piensa, y eso a veces resulta tan incómodo.

—EC: Y aprendemos; a mí nunca se me borrarán las imágenes de aquel chaval con síndrome Down al que tuvimos que ir a despedir todos los compañeros del colegio con su corona de flores y todo. Eso te marca y te va situando. Tú no quieres echarle cuenta pero de vez en cuando, conforme pasan los años se te aparece el de la guadaña y te entra un temblor por todo el cuerpo que no sabes como afrontarlo. Hay quienes hacen como Alejandro: se colocan los cascos y se ponen a escuchar música pero hay otras personas sobre todo a determinadas edades que agarran unas depresiones de aupa.

—E: ¡Joé no sabía yo que iba a dar tanto de sí el tema! Yo lo había sacado por hablar de algo durante el camino y que se nos hiciese más corto, pero

ya veo que tenéis carrete.

—P: Hombre, no es nada baladí lo que nos traemos entre manos. Se trata ni más ni menos – pongamos por caso –, de que el domingo que viene podamos estar haciéndonos otra ruta o de que ésta sea la definitiva. ¿Te parece poco?

—EC: Si es así nos damos media vuelta ya ¿eh?, no vaya a ser que empeore de mis molestias. ¡Ja, ja, ja!

—E: Es otra forma de verlo. De hecho hay quienes prefieren tomárselo a guasa y no hacerle ni el más mínimo caso, al fin y al cabo no va a ver una segunda oportunidad.

—P: Hombre, ahí entraríamos en el aspecto místico del tema. Por eso te decía yo al principio...

—E: ¡Ya, ya! Pero es que cada cual se agarra a la tabla de salvación que le parece oportuna. Otra cosa es aceptar o no que ese es nuestro destino.

.../...

Capítulo 41



VAMOS DE RUTA (2)

.../...

Frente a los cuatro compañeros se despliega un bosque de castaños, que tiene el suelo completamente cubierto de hojas grandes y amarillas, y esparcidas por el suelo una gran cantidad de castañas a las que es difícil resistirse. El primero en agacharse para coger los mejores frutos es Alejandro, que sin abandonar sus botones auriculares comienza a llenar los bolsillos de su anorak. A él le sigue Emeterio C. Y casi de forma automática Prudencio y Elías. Continúan charlando aunque ahora de forma más entrecortada porque hay que degustar los productos que ofrece la madre Naturaleza, y se pierde la concentración.

—EC: Porque vosotros estaréis conmigo en que es más segura la sentencia bíblica de que “polvo eres y en polvo te convertirás”, de aquella otra creencia de la resurrección y la vida eterna.

—P: Es cuestión de fe; que nos convirtamos en polvo los sabemos, porque lo estamos viendo todos los días...

—E: Y ahora más desde que se puso de moda el asunto de la incineración

– interrumpió Elías -. Perdona era una broma.

—P: Pues eso. Venir a la vida terrenal y terminar volviendo a la Tierra lo vemos, lo palpamos y de eso no hay duda, nos pasa a nosotros y les pasa a otros muchos organismos, pero el asunto de la vida eterna que se nos ofrece si somos buenos, eso es ya otra cosa.

—EC: O si somos malos, porque se dan las dos circunstancias. Una nos manda al cielo, donde se debe estar de puta madre, y otra al infierno que en un auténtico...infierno iba a decir...pero para no repetirme, digamos que no se debe estar demasiado a gusto.

—P: Insisto en lo de la fe, porque ahí está la clave de todo. Nos han educado bajo más premisas que nos hacen medir las cosas de ese modo, pero hay otras religiones y otras creencias donde no existe el cielo y el infierno; no se le teme a la muerte. Nos ha tocado esta parte del Planeta y este momento de nuestra existencia, y aquí y ahora se ven las cosas de esta manera. Hay que ser buenos para tener un trámite relajado y tranquilo, cuando la verdad es que nada sabemos de esos instantes y poco importa el tipo de persona que hayas sido.

—E: Yo creo que esto no es más que un ciclo y lo mismo que un día llegamos a este mundo y nos vamos desenvolviendo con más o menos fortuna, llega otro en el que se cierra el ciclo. Antes de ser concebidos no éramos absolutamente nada, ¿porqué lo vamos a ser una vez cerrado el circuito? Lo importante – y ahí puede radicar nuestro bienestar – es ser conscientes de la realidad de la vida, que hay un principio y un final.

—P: O que – dicho con otras palabras -, la muerte no es más que una parte de la vida.

—EC: Ya, lo que pasa es que a nadie le gusta abandonar esta vereda, le tenemos tanto cariño, que en el fondo nos da miedo enfrentarnos con ella, aunque forma parte de la vida.

—E: Lo del miedo es otra cosa, puede ser un mecanismo de defensa que tenemos, tal vez para no dejar este mundo antes de la cuenta. Por eso hay tan pocos valientes y son sólo un puñado de elegidos los que se juegan la vida de forma consciente. Tenerle miedo a la muerte es algo tan natural, que gracias a eso logramos sobrevivir. Sino – y poniendo un ejemplo de nuestro ámbito -, cuantos de nosotros no habríamos caído ya cuando hemos andado por ahí por esos montes, sin saber por donde estábamos.

—P: Eso también puede ser prudencia.

—E: Si prudencia, pero condicionada por lo mismo que veníamos hablando, porque sabemos que podemos acabar metiéndonos en un

callejón sin salida.

—EC: Hombre, no siempre tiene que ser por miedo a casarla. Se le tiene miedo también a romperte algún hueso, o recibir algún golpe que te lo haga pasar mal.

—E: Si, eso es así, pero antes una situación de este tipo, lo que se te viene a la mente es que te matas, otra cosa es el resultado final, que afortunadamente en la mayoría de los casos no pasa de un susto o de alguna lesión, pero por la mente pasan cosas tremendas.

—P: Ahí aparece el dolor.

—E: Uno de nuestros miedos, que aunque no es causa de muerte, si que pensamos también, más de una vez, que es un aviso.

—EC: Hombre, en eso creo que exageras un poco, porque doler nos duelen tantas cosas a lo largo de la existencia, que no tenemos porque pensar en que eso sea ningún aviso. Cualquier persona más o menos centrada sabe que un dolor de muelas es eso y nada más, y no se va a poner trascendental, salvo que no tenga a mano un dolalgial o se le demore la consulta del dentista.

—E: Ya, porque es un dolor de muelas, pero cuando es algo que no está tan claro y no tienes localizado su origen, porque no has sufrido ningún traumatismo ni te lo tienen diagnosticado, si que te entra un entripado que lo primero que piensas es que es algo importante.

.../...

Capítulo 42



VAMOS DE RUTA (3)

En medio de una frondosa vegetación donde destacan las cornicabras pegadas a la orilla del sendero y los troncos agrietados por el paso del tiempo de centenarios alcornoques, las palabras de Emeterio C., Elías y Prudencio se dispersan y buscan acomodo como si nadie más les echase cuenta. Alejandro seguía absorto en un mundo contemplativo de magníficas imágenes visuales y la Traviata endulzándole los oídos. Su fe consistía en que llegado el momento de quitarse los tapones, sus acompañantes hubiesen terminado de plantearse dudas sobre ese asunto del que no valía la pena hablar; que llegase el momento cuando tuviese que llegar; no va a tener solución por muchas vueltas que le den, así que para que tanto filosofar. Contemplemos y disfrutemos de lo que ahora mismo tenemos delante, que además es para lo que hemos salido de casa, lo otro déjalo ahí y no lo toques que es peligroso despertar a la fiera. Unos hippies se las han ingeniado para vivir en una tienda india en medio de una pradera, buscando apartarse de la vida bullanguera y ruidosa de la ciudad. Cerca de ella un bosque de quercus les proporciona cobijo para los tórridos días de verano.

—P: Decía Eme que a él le había impresionado la muerte de un chaval Down en sus años escolares, pero yo tengo clavado en mi mente la imagen de un motorista, que se dejó los sesos en la calle delante de mis ojos. No os podéis hacer una idea lo que impresiona ver dispersa por el suelo cualquier parte de nuestra anatomía.

—E: Si, pero ya os decía al principio que las causas accidentales no las contemplaban en el debate, porque claro podemos entrar también en

cualquiera de las guerras que tenemos hoy día y las escenas son espeluznantes. Pero esa no es la forma normal de concebir la muerte, eso son causas mayores que están por encima de tu propia voluntad.

—P: De acuerdo, pero si te predisponen para que al final la termines aplicando a tu propia existencia, y de alguna u otra forma te hagas planteamientos y pienses si merece la pena tales y tales esfuerzos cuando el día menos pensado izas al hoyo!.

—EC: Ahora entramos en nuestra condición de pesimistas u optimistas.

—P: ¿Por qué lo dices?

—EC: Hombre, porque nuestra vida no puede estar marcada por este tipo de planteamientos. Hay que gozarla y vivirla de la forma más agradable posible. No podemos estar dándole vueltas a que al final la vamos a cascar. Eso ya lo sabemos, pero mientras tanto tenemos que buscarnos los medios para estar lo más a gusto posible.

—E: Habla un optimista.

—P: Normal, y si le preguntas su opinión a un pesimista, lo más probable es que prefiera hacer lo mismo que Alejandro. Yo no lo planteaba en esos términos. Lo que quería decir es que esas circunstancias – el accidente, la guerra – te llevan a pensar en que aceptar que esto es así, que a ti también te ha de llegar el momento, te dejan como si todo se hubiese paralizado y tú te encontrarás fuera de sitio. Una rápida mirada a tu pasado y lo ves todo tan cambiado que te sientes como un bicho raro.

—EC: No acabo de pillarte la idea. Mi impresión es de mucho cague y aunque no llego al extremo del amigo Alejandro, la prueba es que aquí estoy charlando con vosotros sobre el tema, no quisiera que me llegara nunca el momento, o al menos que me llegara de forma consciente, mejor es que no me enterase de nada, que siga viviendo de la forma que lo hago, más o menos sin problemas pero sin necesidad tampoco de tener que hablar mucho de esto, y que ese día pues...¡que se retrase!...Lo primero que se retrase ¡je,je!, pero como soy consciente de que no se puede esquivar, que no me entere.

—E: Oye por cierto, ya que he sacado el tema yo ¿qué os parece si hacemos una paradita, descansamos, nos comemos el bocata y luego seguimos si tenéis ganas de seguir charlando?

—P: Por mí no hay inconveniente, además ya va haciendo hambre.

—EC: Por mí tampoco y por Ale seguro que nos lo agradece en el alma.

.../...

Capítulo 43



VAMOS DE RUTA (y 4)

.../... Viene de Vamos de ruta (3)

Y se sentaron. Abajo en la ribera los chopos alargaban sus finos dedos queriendo tocar las nubes, pero éstas permanecían ocultas por una delgada capa de niebla, a modo de tull de bailarina. Se oía el cencerro de unas ovejas que mordisqueaban el pasto, y de vez en cuando el repiqueteo lejano de un pájaro carpintero, poniendo a prueba la resistencia de un poste de telégrafos que dejó hace tiempo de prestar servicio. Alejandro le daba un respiro a sus auriculares y hacía uso de sus mandíbulas lanzando fuertes mordiscos a la textura de un filete empanado, que le estuvo preparando su madre la noche anterior. El resto callaba, concentraban sus fuerzas en degustar sus viandas y chucherías regadas por una bota de vino, que Elías había tenido el detalle de hacerla compañera de viaje.

—E: Una cosa, ¿os habéis dado cuenta de que cuando somos jóvenes no nos planteamos nada de lo que veníamos hablando?

—A: ¡Ah, pero vais a seguir!

—P: Hombre Alejandro, danos tu opinión, tampoco te va a pasar nada por eso.

—A: ¡Ni hablar! Permitidme que me ponga los auriculares, y podéis seguir con vuestra comedura de coco.

—EC: Está bien, seguiremos el camino, aunque yo cada vez me siento menos fuerza, no sé yo si llegaré o es preferible que me quede y me recojáis a la vuelta.

—E: Venga que ya queda poco. Ahora nos tomamos un cafetito cuando

lleguemos a Castañares y ya verás tú como te recuperas.

—P: ¿Qué preguntabas Elías?

—E: La edad, decía que se nota que ya no pensamos como en nuestra juventud, que estas cosas puede que te marquen según tus propias vivencias, pero no se le echa cuenta, no se profundiza.

—P: Ni a esto ni a casi nada. Las preferencias de los veinte años están por encima del bien y del mal, y desde luego discurren por otros senderos muy distintos al que llevamos nosotros ahora.

—EC: Seguro, pero ese es otro tema. Vamos a no perdernos. Lo que quiero decir es que llega un momento en nuestra vida, en que comenzamos a pensar cada más en que algún día nos va a tocar a nosotros, y se nos crean una serie de dudas que en otras épocas anteriores ni siquiera te habías planteado.

—P: Porque las necesidades son otras. Tenemos establecidas un orden de prioridades en nuestra existencia, dependiendo del momento, y eso nos hace olvidar la más trascendental de todas, aunque bien es cierto que hay quien ni siquiera llega a planteárselo nunca, porque tiene otras más básicas que cubrir y estar en este mundo o en el otro es algo que no le importa demasiado.

—EC: Te refieres a los valientes.

—P: Me refiero a los indigentes o a las personas desamparadas, para los que la vida significa tan poco, que vivir o morir les resulta indiferente.

—E: No iba por ahí el debate que yo escuchaba, claro está; se trata de situar la circunstancia de la mente ante los ojos de personas que llegan a una determinada edad en condiciones normales, y están en perfectas condiciones mentales para poder pensar en ella.

—EC: Hombre no cabe duda que podemos considerarnos afortunados porque a pesar de que nos toque reflexionar y pensar sobre asuntos de esta índole, que nos pone los pelos de punta, siempre será mejor que morirse en cualquier rincón hambriento o simplemente de frío. Nuestra vida se alarga y en cierta medida si sabemos situar cada cosa en su sitio, es bonito vivirla.

—P: Para nosotros que nos van bien las cosas, pero cuanta y cuanta gente están deseando irse para el otro barrio.

—E: Claro, pero será ese tipo de gente que ni siquiera se ha planteado nunca que es la muerte. Pueden haberla conocido por familiares o amigos y estarán tan hartos de pasarlo mal por una u otra causa, que no les importaría dejar de existir.

—P: ¿Entramos en capítulo de suicidio o en el instinto de supervivencia?

—EC: Ahí puede que esté el término medio. Lo mismo que hay gente capaz de suicidarse –cosa que no es nada fácil a mi entender –, también hay quienes se agarran a lo que sea con tal de conservar la vida, a pesar de que lo estén pasando mal y sepan que el proceso es irreversible.

—P: Porque lo malo de todo esto es cuando te das cuenta que los días no son más que una sucesión de horas, que te van llevando a ese último instante, y que lo único que hacen es estremecer nuestro tiempo, como si estuviésemos en una sala de espera de un especialista.

—E: Sólo que en esta ocasión el especialista tiene tanto poder que es

capaz de mandarte al otro barrio.

—EC: Una especie de sicario.

—P: Un asesino.

—E: Bueno, bueno, ino pasarse eh!. Que no se trata de que te liquiden así por las buenas. Ahí estamos. Ciertamente es que caemos en esa sala de espera, y que conforme vamos cumpliendo años lo vemos más claro, pero nos agarramos a la familia, los amigos, las costumbres, la vida sana.

—P: La tele...

—EC: Je, je, je.

—E: ¡Lo que sea! El asunto es pensar en ello lo estrictamente necesario, y a ser posible en un ambiente relajado porque como te coja con las defensas bajas entonces dejamos de pertenecer a ese grupo que decía Eme de los seres afortunados, y podríamos pasar a ese otro de los pesimistas o los desaprensivos que aún es peor.

—P: Mira Eme ahí tenemos ya Castañares. ¿Qué tal tu lesión?

—EC: La verdad es que ni la noto. No hay nada como una buena conversación, para no pensar en lo que tiene uno.

—P: Sobre todo cuando la conversación versa sobre un tema, que deja en pañales a cualquier dolencia que pudiésemos tener.

—E: Bueno yo he sacado éste porque como lo tenía reciente en la cabeza; lo que pasa es que vosotros os lo habéis tomado con unas ganas, que parecía que lo teníais preparado.

—EC: Nosotros sí, pero Alejandro, como es nuevo, se ve que le ha cogido de sorpresa. Éste suspende el examen, seguro.

—E: Que le vamos a hacer, habrá que darle un poco de cancha a la criatura. Ya lo pillaremos por otro lado: ¡Qué ganas tengo de arrimarme a la boca un café!

—EC: Con pastelitos a ser posible.

—P: ¡Ya estamos!. Que el colesterol mata.

—EC: ¡Je,je!. Después de lo que llevamos andado, deja que mate. Por si nos llama el especialista, mejor es que nos coja con la barriga llena, no sea que nos lo quite y tengamos un placer menos del que disfrutar.

—P. Di que sí, muchacho; además aún nos queda el camino de vuelta, que ese sí que es importante hacerlo.

—E: Por cierto ¿qué os parece si nos acercamos a ver la catedral, que se comenzó a construir en épocas florecientes de la Iglesia y que nunca llegó a terminarse?

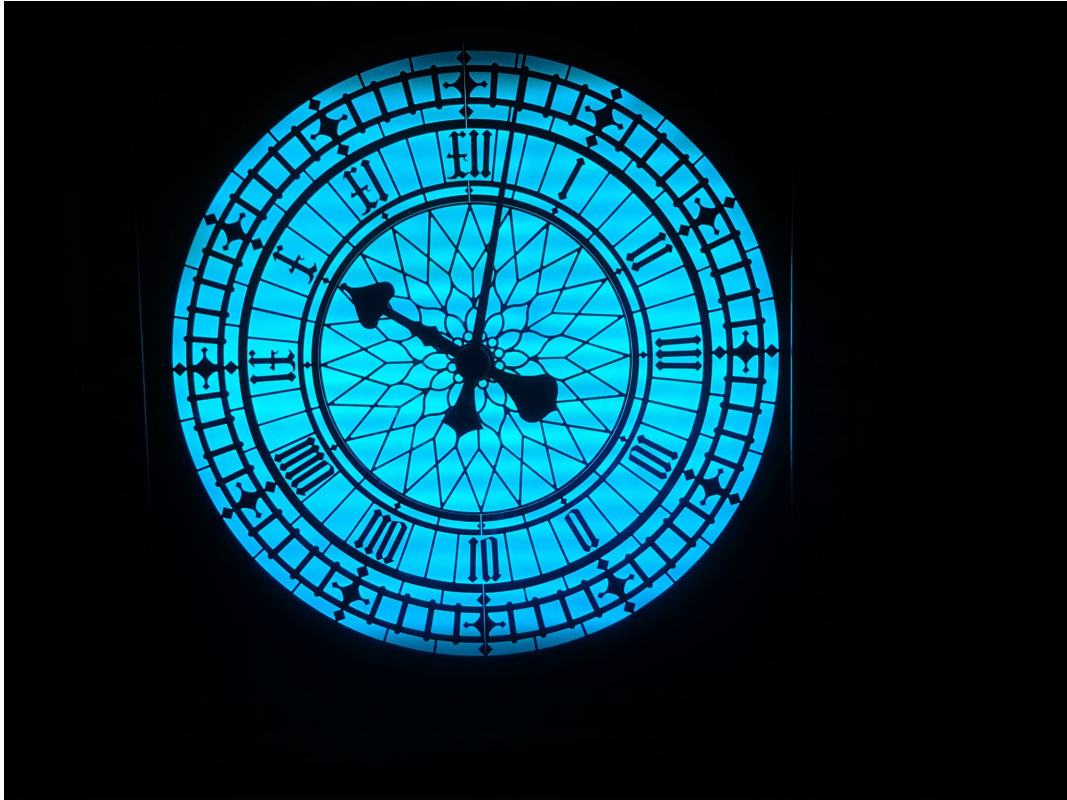
—¡Vamos! – dijeron Prudencio y Emeterio C.

Alejandro ni se enteró de la propuesta y permaneció sentado al lado de un enorme nogal contemplando como pasaba el agua por un antiguo lavadero. El edificio tenía por la parte trasera, con una puerta semiderruida por la que accedieron los tres compañeros de viaje. Alejandro estaba mirando su reloj, que marcaba las seis de la tarde, cuando escuchó un tremendo ruido seguido de una enorme polvareda. Al poco vio gente correr de un lado para otro, con gestos alarmantes y caras desencajadas. Fue preguntando al tiempo que avanzaba hacia el lugar donde se había producido el estruendo y las noticias que recibía no podían

ser más desalentadoras: "Ha sido un rayo", "Unos forasteros" – decían algunas mujeres -. "Creo que eran tres" – decían otras -. "¿Pero que ha pasado?" – se preguntaba Alejandro. "Que se ha venido abajo la catedral" – decía otros -. Alejandro trató de abrirse paso entre el vecindario, pero ya había llegado la Guardia Civil e impedía acercarse al tremendo montón de escombros, en que se había quedado reducido lo que otrora fuese un templo dedicado al culto religioso.

J.R.Infante

Capítulo 44



DIECIMEDIA

Había escrito en un folio en blanco, ilustrado por su parte trasera con un dibujo infantil de una casa:

Siempre encuentro en mi memoria

Luego sacó un caramelo con sabor a menta y envoltura de la Caja San Fernando, y se lo introdujo en la boca, dispuesto a que le durase cuanto más tiempo mejor, pero una mosca que estaba empeñada en hacerle compañía, distrajo su mente al verla evolucionar sobre el mantel de la mesa: se frotaba las patitas con tanto gusto, que le daban ganas de tocarse con una varita mágica, y hacerse del tamaño del insecto para imitar sus movimientos, pero de inmediato se acordó de la película... La mosca... y le entraron unas nauseas tremendas, cogió el periódico y lanzó un tremendo golpe disuasorio, porque de sobra sabía lo difícil que era cazar una mosca, por muy ensimismada que estuviese frotándose sus sextos delanteros. Trató de concentrarse en lo que había escrito dedicándose a contar métricamente el verso, pero de nuevo apareció la mosca posándose en su mano izquierda. "¿Será la misma? – pensó -. ¿Porqué no se dedicarán los naturalistas a marcar moscas?. Así sería más fácil salir de dudas. ¿Pero que digo?. A veces creo que deliro." Se dio un manotazo sobre el dorso de la mano y siguió midiendo el verso: "otro

verso octosílabo, no sé como me las apaño que siempre me sale así. ¿Lo dejo o intento el endecasílabo?." Aquí tropezaba siempre Mario con la misma premisa. "A mí me gusta como me ha salido, ahora tengo que echar mano de la máquina de pulir, y ahí empieza mi calvario. Tengo que usar la cabeza donde manda el corazón. Creo que voy a seguir la técnica de siempre, que no es otra que la mía propia, al fin y al cabo soy consciente de que no escribo para pasar a la posteridad, sino para expresar un sentimiento que llevo dentro. Gusta hacerlo bonito – que duda cabe –, y teniendo en cuenta determinados principios, pero poco más. El genio que llevo dentro se ve que no anda por la labor, y en los momentos difíciles me deja más tirado que un trasto." Los dos siguientes versos, decían:

—a veces nada busco—
sabor a cucharilla y azúcar

El inconsciente, esa tremenda caja negra que todos portamos como una mochila, está siempre dispuesto a prestar la ayuda que haga falta. Mario se concentraba en esos primeros versos que habían salido de su pluma, y a continuación llegaban los demás hasta completar el sentido de lo que pretendía decir. Eso sí, en lenguaje poético. Su larga trayectoria como escritor le había enseñado mucho, y sabía que tenía que exprimir bien sus cinco sentidos para que no fueran banales sus palabras. Mario escribía con el corazón en la mano, y procuraba rodearse de todo cuanto le fuese necesario para tener la concentración necesaria. No confiaba demasiado en el golpe de inspiración, que le obligase a dejarlo todo para ponerse a escribir. Su forma de trabajar era más racional, tenía sus horas preferidas —eso sí—, pero si pasaba un tiempo y no conseguía articular un par de versos en condiciones, terminaba por abandonarlo todo hasta el siguiente día en que lo intentaría de nuevo. Hacia calor, ese calor que obligaba a permanecer a la sombra, sin camisa, en pantalones cortos y con un vaso de agua al alcance de la mano para no derretirse. La cueva —como él llamaba a su rincón favorito— le proporcionaba el frescor necesario para sobrevivir a la escritura y a las ansias de expresarse, y sólo allí se atrevía a hacerlo. Aquel rincón del patio le daba la tranquilidad suficiente, para concentrarse en su tarea y olvidarse de otros asuntos más terrenales, más duros de sobrellevar.

en una mañana de invierno.

Mario no llevaba bien el verano —ese larguísimo verano del Sur—, que a veces comenzaba en Abril y no terminaba hasta Noviembre; empezaba a creerse el cacareado cambio climático. Siendo como era de suelos asolados, habiendo mamado horas y horas de sol implacable, ¿cómo es que ahora no era capaz de soportar los rigores de la tierra que lo vio nacer?. Algo pasaba, y se negaba a cargar la culpa a la edad, que no perdona. Su porte, su físico no era para que le pudiese afectar tanto la inclemencia del Sol... Algo pasaba. Por eso le gustaba el invierno, y tal

vez compusiese sus mejores versos bajo la influencia de esa estación, pero nunca se paró a comprobarlo, ni le merecía la pena, ni tenía tiempo para ello. Lo importante era seguir en disposición de emborronar papeles buscando la composición imposible, esa que le pudiese dejar con la satisfacción de haber parido algo sublime, algo que le catapultase al estrellato.

Son las diecimedia en punto,
hora de alimentar el alma

Habían sido tantos años esperando ese momento para encontrar la bonificación de una buena charla, que algún día tenía que verse reflejado en sus versos. Mario amaba esos momentos tanto como a su propia vida, no sólo por hallarse frente a la persona admirada, sino porque

viendo la desnudez de la calle
reflejada en el jaspe de tu mirada.

un diálogo en el que cada cual sepa ocupar el lugar que le corresponde, sin avasallar, escuchando y dejando expresarse, le llenaba tanto que no le importaba llevarse horas y horas, pero cuando descubría que su interlocutor era incapaz de mantener las formas, se abandonaba y daba igual lo que le contasen. Su presencia era sólo física, porque su espíritu navegaba por otros mundos. Él no se irritaba, si tenía oportunidad dejaba que los demás continuasen con sus asuntos mundanos, mientras se ponía a hacer cualquier cosa que no admitía espera, si no le quedaba más remedio permanecía en su puesto, aunque su aportación se redujese a monosílabos o frases sueltas.

Es el momento grácil,
la fuente oculta entre el tráfico

Siempre se preguntaba si era tan importante la estética de los versos. A veces podía suponer un parón en la producción artística porque se enfrascaba- una vez más- con la deliberación sobre que era más importante, si la forma o el fondo. Todo es importante. Preguntaba a sus colegas, pero no le convencían sus explicaciones, tampoco se preocupaba demasiado de buscar en los manuales al uso. Crear, innovar, era dos verbos que le gustaba verlos activos, y una vez puesto a reflexionar y transmitir, si que tenía confianza en su genio oculto. Si bien no era capaz de tomar las riendas de inmediato, de acudir a la llamada urgente de la inspiración, se esforzaba al máximo cuando tocaba hacerlo en el momento que él consideraba adecuado.

donde saborear el agua más fresca
que manar pueda río alguno.

Se levantó de la silla, y se fue al salón de la casa donde tenía un viejo radiocasete emitiendo música clásica. La cinta había terminado de leer una cara y esperaba la mano de Mario, que le diese la vuelta para continuar reproduciendo sonidos de fondo. Era tal la afición que le tenía a este tipo de música, que le resultaba imposible trazar dos líneas sino era con el fondo adecuado. No tenía preferencias, tampoco formación musical, pero la necesitaba, formaba parte de la parafernalia indispensable para concentrarse en lo que escribía. La ausencia de ruidos en la casa lo llevaba mal, por eso procuraba que aquel achacoso reproductor estuviese siempre emitiendo sonidos. Se dio un ligero paseo por el pasillo hasta llegar a la puerta de la calle, la abrió, miró a derecha e izquierda (no había nadie) y a continuación regresó sobre sus pasos a la cueva del patio.

Tu presencia, tu palabra,
el gesto mecánico del camarero
y el amorfo escudo de mi camisa
dan vueltas en torno al mundo
hasta que llegan otras diecimedia.

Le salió del tirón, casi sin respirar. Se volvió a levantar y se fue a la cocina para buscar algo fresco en el frigorífico. El agua que tenía en la mesa no estaba en condiciones de ser tragada, por lo que la vertió directamente en una maceta. Aún había claridad en el segundo patio, pero en el primero – que es donde se hallaba la cueva –, le resultaba difícil leer lo que estaba escribiendo, así que tuvo que encender la lámpara que colgaba directamente sobre la mesa. Alguna mosca —francotiradora— le seguía dando lata y no conseguía centrar sus ideas. Tomó el paño preparado al efecto, y le dio la suficiente confianza al visitante para que se pusiese en un lugar visible. Lentamente fue alzando su mano derecha y cuando consideró que la tenía entretenida, con la mano izquierda, lanzó un rápido golpe tras el cual desapareció el bichito.

Calendario de vida intensa

Mario nunca se casó, vivía para escribir; bastantes problemas le reportaba sus relaciones con la editorial como para tener encima que cuidar de una familia. Se enamoraba casi de forma continua y de todas las relaciones que mantenía, sacaba algo positivo, que luego serviría para sus composiciones. Pero él necesitaba de la soledad y de muchos momentos de ausencia —de largas ausencias— para estar a gusto consigo mismo y llevar a cabo proyectos, que de otra manera consideraba que no sería posible verlos terminados. Esto le producía situaciones paradójicas, que le hacían sufrir y estancarse en el trabajo. Unas más que otras; las mujeres que iban pasando por su vida trataron de

—me fue marcada en el Olimpo—

que no tiene tardes ni noches,

hacerle ver la posibilidad de compaginar ambas tareas. ¿Porqué tenía que ser tan huidizo?. Parecía estar fraguando alguna misteriosa fórmula, que fuese a revolucionar el mundo, al fin y al cabo escritores había para dar y tomar, y él no era más que uno entre tantos, ni tan siquiera era famoso. Mario entendía que sin esa forma de ser y actuar, no sería capaz de componer ni un solo verso y a pesar de lo que pretendían hacerle creer, él tenía su público que era quien compraba sus libros y le mantenía viva la ilusión de seguir componiendo. Tampoco necesitaba estar todos los días en los telediaris, ni en las revistas del corazón —para eso están otros—. Ganaba lo suficiente para llegar al día siguiente y no pedía más. Lo importante eran sus versos, no él, y para que estos nacieran necesitaba llevar la vida que llevaba, no otra.

que aspira con fuerza el aire

No le gustaba dejar ningún poema inconcluso, podía llevarse más o menos tiempo delante del folio, pero al final algo tenía que salir. Luego vendrían las correcciones de todo tipo, pero lo que en ese momento estaba sintiendo tenía que salir ahora; no esperaba. Le daba vueltas y vueltas al verso, al monema, a la idea...

rastreando el perfume de tu piel.

Al día siguiente si en su lectura encontraba la satisfacción necesaria, el poema pasaba a engrosar la lista de afortunados, de lo contrario era destruido sin salvar ni una sola estrofa. Así era Mario, quienes le conocían bien pensaban que le había tocado vivir una época difícil para la poesía, y por difícil para sacar adelante sus proyectos. En cambio tenía otros talentos innatos, que no quería explotar, había cultivado otros géneros y todos reconocían que lo hacía bien pero la poesía era otra cosa y todo su esfuerzo lo vertía en ella, no le importaba lo raro del momento, ni su mayor o menor gloria, componiendo versos se hallaba en su salsa, y no tenía la menor intención de intentar otras aventuras.

Tal vez en alguna hora perdida
se hayan cruzado en el éter

Ahora queda pensativo, haciendo un rápido examen de lo que ha sido su vida, de sus idas y venidas, su soledad, sus escasos amigos, su corta familia, sus padres... y piensa si en algún momento no debió invertir el signo del destino y no dejarse llevar por el camino que parecía marcado para él. Pero ¿cómo saber cual era la opción válida?. ¿Porqué en aquella ocasión decidió actuar de esa manera y no de otra?. Nota que se pierde, que se le está yendo la mente por derroteros que le distraen y no le

permiten avanzar en la tarea que se trae entre manos

aromas y deseos
y nos hayamos visto los dos
sentados frente a frente, en el bar.

Se preguntaba Mario como era posible que le hubiese marcado tanto
aquella circunstancia y que a pesar de lo mucho que llevaba vivido, no
conseguía borrarlo de su cabeza, pero

Tañir de solitaria campana

siempre en el último momento, antes de que decidiese dejarlo todo, le
ocurría algo inesperado, que penetraba en él por algunos de sus sentidos
—siempre en alerta— y terminaba por darle forma a la estrofa que
perseguía

que llama puntual a la oración
mientras un caballo relincha
desprendiendo luz entre sus cascos.

Apuró el vaso de agua y se fue a la cocina con la intención de prepararse
una succulenta cena, que le reconfortase del esfuerzo empleado para dar
por concluida la jornada. Las sombras de la noche habían extendido su
largo manto con incrustaciones luminosas.

J.R. Infante

Capítulo 45



LA MONJA (1)

El hombretón que hacía guardia junto a la puerta de la habitación tenía claro que aquel preso no podía escapar salvo que saltase por encima de sus hombros, por eso se permitía dar un par de cabezadas cada noche, a sabiendas de su buena preparación física y psicológica para situaciones de este tipo. En el pasillo hacía calor porque la calefacción estaba dos puntos por encima de lo que sería normal para que estuviese en la temperatura adecuada. Así que relajado se había quitado parte de su uniforme reglamentario y aflojado un tanto el cinturón del pantalón. Dentro de la habitación, el único paciente que la moraba, miraba con impaciencia su reloj de pulsera esperando que las manecillas del mismo alcanzasen la hora prevista para iniciar lo que tantas noches había soñado: escapar. Sabía que su paso por el hospital era una oportunidad que no podía desaprovechar y bastantes magulladuras le había costado conseguir llegar a la situación en que ahora se encontraba como para dejar pasar la oportunidad que se le brindaba. Las tres de la mañana era una hora difícil

de superar para quien no tiene otra cosa que hacer más que esperar a que pasen las horas, así que aquel vigilante roncaba con placidez mientras que el preso se deslizaba de la cama, se quitaba los esparadrapos del brazo y se ataba el pijama con fuerza a la cintura. Con sigilo se aproximó a la terraza cuya puerta de rejas se encontraba sin el cerrojo echado y comprobó que en un rincón se hallaba un bulto con ropas tras un macetón de geranios. Miró al guardia, luego a su cama y por último cogió un extremo de aquel manojo de ropas y lo ató fuertemente a la reja de la terraza. Ni se paró a comprobar la solidez de aquella sogá textil que debería dejarle con un pie en el suelo; se hallaba en la tercera planta y desde allí no había forma humana de salir como no fuera de la manera que él lo estaba intentando: nada donde agarrarse, nada por donde deslizarse y por supuesto abajo una acera de losas cuadradas que en cualquier momento podían, si no llevarle a la tumba, al menos si dejarlo baldado para el resto de sus días. Tenía miedo, pero no le tembló el pulso a la hora de encabritarse en el borde de la terraza y enroscarse a la sogá como un naufrago a una tabla de salvación.

Se deslizó suavemente, calculando a cada instante cuando sería el momento oportuno de soltarse y tocar tierra firme. Como las zapatillas tenían suela de goma, apenas se oyó ruido alguno y en pocos minutos se encaramó a la tapia que separaba el recinto sanitario de la ansiada libertad. A esa hora apenas había tráfico en la avenida, por lo que todo lo aprisa que pudo se pegó a los soportales de los primeros bloques de piso que encontró para perderse como una sombra fugaz tras unos contenedores de basura.

En la habitación, mientras tanto, todo parecía normal –la almohada ocupaba su espacio–, salvo el pequeño detalle de la sogá atada a la reja y que el guardia no vio la primera vez que se asomó a comprobar que todo marchaba según las pautas previstas. En una segunda ocasión, tuvo necesidad de entrar en el servicio y mientras se enjuagaba la cara, porque pensaba que ya había dormido demasiado, se le vino a la mente alguna cosa rara que no le cuadraba del todo: consultó su reloj, las cinco de la mañana y tanta tranquilidad. Allí pasaba algo; se inquietó, tiró la toalla al suelo y clavó su mirada en la puerta de la terraza; sus ojos se fundieron con aquel punto blanco que le hizo dar un brinco, encendió todas las luces, se fue hacia el preso y se encontró con la almohada. En ese momento se acordó de su padre y de su madre –los del preso–, se cagó en los calzoncillos y no gritó porque no le salía la voz del cuerpo.

En la terraza recogió velozmente la sogá con todos sus amarres, miró a un lado y a otro para ver si el preso se encontraba desparramado por algún sitio, husmeó algún rastro, pero ni por asomo: la habitación era lo suficientemente pequeña como para que no hubiera duda, allí no estaba. Cerró la puerta luego de recoger su sillón y ponerse lo más decente que pudo y bajó hasta la parte trasera de las habitaciones para tratar de seguirle el rastro: nada. No había dejado ni una mala huella. Con la cara

blanca del susto y pensando en lo que se le venía encima, retornó a su puesto sin atreverse a preguntar a nadie ni a informar a sus superiores hasta estar convencido de que no se trataba de una pesadilla.
.../... Continuará

Capítulo 46



LA MONJA (2)

.../...

Cuando volvía a la habitación se encontró a un enfermero por el pasillo que al verle con aquella cara le preguntó: "¿Le pasa algo?" "No, no es nada -le contestó-", pero a la par que se acercaba a la realidad iba preparando su teléfono de contacto con la Central para informar de lo sucedido. Media hora más tarde tres patrulleros de la policía iluminaban con sus destellos todos los ventanales que daban a esa parte del hospital. El guardián detallaba con todo detalle al inspector lo ocurrido sin llegar a mencionar en ningún momento el asunto de los ronquidos; como no había testigos tampoco era como para preocuparse, pero no obstante sí se quedó un tanto sorprendido cuando el inspector le hizo mención a la monja. "¿La monja, qué monja?". El personal de servicio de la noche fue pasando por la mirada inquisidora del inspector que buscaba pistas, mientras otros compañeros se encargaban de escudriñar la habitación del

preso. Los familiares de los enfermos de ese ala, fueron todos interrogados, así como algunos de los enfermos que solían pasear por los pasillos. Una vez cumplimentados todos los requisitos, el inspector y su séquito salió del hospital a la espera de que llegasen los primeros resultados de las pesquisas para el esclarecimiento de los hechos. En el control de guardia daban el relevo el turno de noche con el primero de la mañana y los comentarios eran de todo tipo, tanto por la peculiaridad de la huida como por la certeza de que algún día pasaría algo por el estilo, como de que no tardarían en volver a echarle mano al preso y por supuesto casi todos coincidían en que aquel acontecimiento había que apuntárselo, una vez más, a la monja que era la que siempre ponía la nota pintoresca dentro del tedio general en el que se desenvolvía la vida en aquel centro sanitario.

La noticia no trascendió a los medios de comunicación, porque el reo en cuestión no tenía en su deber más que pequeños delitos, que unido al trapicheo de estupefacientes y su bajo poder adquisitivo, le habían llevado repetidamente a la cárcel. Como auguraban los sanitarios fue detenido en menos de veinticuatro horas porque sus pautas de conducta eran de sobra conocidas en la comisaría de policía de su barrio. Su guardián –el hombretón- estaba pasando un mal momento y rebajado de servicio acompañaba al inspector de un lado a otro porque había una instrucción abierta y aspectos muy extraños que emborronaban su hoja de servicio. Pasando por alto el asunto de los ronquidos ¿por qué estaba abierta la reja? ¿De dónde habría salido aquella soga textil? ¿Quién había ayudado a ese pobre desgraciado que no tenía ni donde guarecerse tras su huida? Demasiadas preguntas como para dejarlas archivadas, tragarse la sanción y dar por inevitable aquel borrón en el expediente. El guardián pensó que actuaría por su cuenta y como buenamente pudiese, pero aquello no quedaría así. Sus jefes lo apartaron del servicio, le negaron acceso a cualquier información y dieron por zanjado el asunto, puesto que el reo estaba otra vez entre rejas y el funcionario debidamente castigado.

Sin su uniforme reglamentario comenzó a indagar en el cotidiano devenir de la vida hospitalaria sin que nadie le preguntase qué hacía por allí. A veces se hacía pasar por familiar, otras por compañero, hasta que poco a poco llenó un cuaderno de apuntes. Luego se las ingenió para acceder hasta el preso y tratar de sacarle algo sobre la noche de su fuga, pero éste no estaba por la labor, decía no recordar nada y bastante tenía con sobrevivir como para ayudar a un policía. Por amigos dentro del Cuerpo supo que las declaraciones del preso tampoco eran como para tirar cohetes: llenas de contradicciones, no aclaraban nada sobre aspectos fundamentales de su huida; la soga estaba allí, la reja no sabía por qué estaba abierta y por supuesto no conocía a nadie en el hospital que le hubiese ayudado, salvo la monja, que según constaba en el proceso de investigación era un ser ficticio que tan sólo moraba en la mente de esa criatura. El guardián iba atando cabos y aquella monja se le estaba haciendo ya demasiado familiar como para dejar de tenerla en cuenta; la

mencionó el inspector antes de que hablase el preso, la escuchó el guardián en alguna conversación perdida de los enfermeros y ahora la descubre de nuevo como parte de la declaración del preso. ¿Quién era esa monja si allí ya no queda nada de la antigua comunidad religiosa que cuidaba a los enfermos? ¿O si quedaba?

Quedaba el ingenio del hombretón que puso sus cinco sentidos a trabajar, cambió parte de su fisonomía y se agazapó por las habitaciones ganándose la confianza de los enfermos como si de una familia más se tratase. Sabía que más pronto que tarde terminaría apareciendo lo que para él ya no había duda. Unió su sanción con las vacaciones oficiales e incluso consiguió una baja por depresión y durante todo ese tiempo no faltó ni una noche del hospital, hasta que la toca de una monja se deslizó inesperadamente por el silencioso pasillo. Como un resorte se incorporó de su asiento, se asomó con todo sigilo a la puerta y observó por donde merodeaba aquel misterioso ser: entró en una de las habitaciones, pero cerró tras de sí la puerta, con lo que el policía no llegó a ver nada de lo que ocurría en su interior; alguien hablaba en voz baja, otro roncaba y al sentir que se aproximaban a la puerta, corrió a refugiarse tras un mostrador. No había duda, allí estaba una monja ¿sería ese su objetivo? ¿Quién era? Posteriores investigaciones le llevaron donde el principio: el recinto hospitalario estuvo regido por una Comunidad Religiosa, que pasó a depender de la Sanidad Pública hasta que se fueron todas las hermanas del Centro, con lo que oficialmente allí no trabajaba nadie como tal. Podría tratarse de un familiar. O de una ayuda desinteresada. Pero ¿y las reglas de la Congregación?

.../...

Capítulo 47



LA MONJA (y 3)

Ya sabía que pista seguir...y la siguió. Y le llevó a darse cuenta que aquella religiosa formaba parte del personal de servicio, por su forma de desenvolverse, por los sitios donde entraba y salía y porque sólo se la veía durante determinadas horas. Ni quería preguntar más por ella para no levantar sospechas; a partir de ese momento todo estaba en sus manos, dependía de él mismo, tenía que pasar tan desapercibido que nadie podía sospechar la verdadera intención de su presencia en el hospital. Siguió tras la toga de la monja esperando que ésta le diese la siguiente pista, hasta que terminó por dársela casi en sus propias narices: en la habitación que le había correspondido ejercer de familiar de préstamo estaba solo, salió a la terraza a fumar y de pronto observó que alguien entraba en la habitación cerrando la puerta. Se agachó, miró por una pequeña fisura de la persiana y...allí estaba. Era ella, la monja.

La religiosa se acercó al enfermo para comprobar que dormía y a continuación se encaramó en una silla para manipular el aparato de televisión que había en la sala, desconectar un cable que le unía al depósito de las monedas que hacían posible su funcionamiento y, para asombro del policía, llevarse casi toda la recaudación manipulando hábilmente el receptáculo de las monedas. Volvió a ponerlo todo como estaba y en pocos minutos se hallaba de nuevo en el pasillo como si de un fantasma se tratase. El hombretón la siguió y al comprobar que se introducía en el control de las enfermeras, decidió detener sus impulsos y

esperar otro momento más adecuado para poner fin a aquella pesadilla. Y no tardó en llegarle la ansiada oportunidad puesto que a la noche siguiente, la monja volvió a las andadas, sólo que en esta ocasión y sin que ellase diese cuenta era seguida hábilmente por el policía que ya sabía cuales eran todas sus artimañas: esperó que saliera del control de enfermería, se colase en una habitación, cerrase la puerta y le dio tiempo para que preparase sus herramientas de trabajo; se acercó con sigilo a la puerta de la habitación, pegó la oreja y con el más exquisito de los sigilos fue abriendo la hoja hasta distinguir a la religiosa enfrascada en sus quehaceres nocturnos.

Cuando ya lo tenía todo claro, no lo dudó: abrió con energía la puerta y al grito de “¡Alto policía!” dejó a la monja pegada al receptáculo de las monedas. No dejó ni que volviese la cara, se puso a su espalda, le sujetó las manos y en un minuto la tenía reducida, arrodillada en el suelo y con las manos esposadas por las muñecas en su propia espalda. Le pidió que se incorporase para darle la vuelta y poder ver su cara, pero no le dio tiempo de asombrarse ante el rostro masculino de la supuesta monja, porque en ese mismo momento, en la puerta de entrada a la habitación se oyó otra voz, que le resultaba de sobra conocida al policía de amplios pectorales.

—¡Está bien Gutiérrez! ¡Déjenos a nosotros!

Se trataba del inspector, de su jefe, que ante la cara de susto del hombretón, tuvo que realizar un esfuerzo y esbozar una sonrisa para evitar que el subordinado pudiese saltarse alguna que otra norma y despertar a medio hospital como mínimo. A la mañana siguiente, a las diez en punto, en el despacho del inspector-jefe en la Comisaría de Policía se dieron las explicaciones pertinentes:

“La supuesta monja no era tal, sino un enfermero que disfrazado de esa guisa y aprovechando la broma del resto de sus compañeros, se dedicaba desde hacía tiempo a aligerar de peso la caja de monedas de las televisiones de las salas, hasta que un día, en una de las visitas que el preso fugado realizaba al hospital, lo sorprendió en su celestial dedicación y para evitar males mayores, no le quedó otro remedio que llegar a un acuerdo con él y facilitarle su intento de fuga. El inspector, ante las denuncias de la firma explotadora del negocio de la televisión por pago, se puso a trabajar. Tenía sospechas, pero no había podido probar nada, le faltaba...le faltaba esa persona adecuada, con la motivación suficiente para coger con las manos en la caja al desdichado, que por unos pocos euros se estaba jugando su puesto de trabajo. Conocía a Gutiérrez y sabía que no se iba a conformar con el cierre del caso de la fuga del preso, por eso permitió que se le sancionara, para herirle más su orgullo y sobre todo para vigilar al vigilante desde el mismo momento en que se le comunicara la decisión tomada por la Jefatura. Alguien como el hombretón infiltrado y herido por entre las paredes de ese hospital era justo lo que

necesitaba para descubrir qué había de cierto en esa monja de la que hablaba el preso y de paso dejar a cada cual en el lugar que le correspondía.”

J-R. Infante